



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuérne, Ardañaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanalana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Aseñio (D. Pedro), Camposamor, Camus, Canalejas, Canete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Caívo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Coimero, Correa, Gasta, Cuetto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Aseñio (D. Gonzalo), Cañamaque, Ibacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillón, Estrada, Echevarría, Eguiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Rios, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueras (Angosto Suarez de), García Gutiérrez, Gavangos, Gaiete de Moína (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incensa, Haritzensuch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macanaz, Marias, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Mereio, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olsaga, Pañacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sacarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Enero de 1883.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—El Jurado en Inglaterra, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Alianza hispano-americana, por D. M. Perez Ruano.—El espíritu de la revolucion antes y despues de 1789, por D. Eusebio Asquerino.—Cuadros romanos, por D. Emilio Blanchet.—Francis Bret Hart, por D. Tristan Medina.—Las grandes cacerías, por el general Marquerite.—El Hada de los Cangrejos, por E. de Laboulaye.—Memorias de un loco, por D. Pedro Arnó.—El centenario de Bolívar, por D. Héctor F. Varela.—El Carnaval, por D. Nicolás Diaz y Perez.—Irma (conclusion), por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Pocas situaciones habrá habido más amenazadas de una crisis que la creada el 8 de Febrero. Apenas se convencieron de que no representaba más que un cambio de personas, aun aquellos mismos que saludaron su advenimiento con gran regocijo, hicieron profetas de desgracias y la auguraron vida tan breve como desprovista de significacion. Desde entonces el fantasma de la crisis, semejante á una pesadilla, no se apartaba un solo instante de la imaginacion de los ministeriales amargando las dulzuras de los que viven del presupuesto; no se dejó pasar un acontecimiento sin ponerle como término de la fusion y plazo fijado indefectiblemente para renovacion total ó parcial del Gabinete. Sujetos por los lazos centralistas los francos movimientos de los constitucionales y pugnando los más avanzados de éstos por romper tales trabas para hacer solos su camino, la situacion de los ánimos daba fuerza á la opinion de los impacientes y á los temores de los pesimistas. Pero á pesar de todo, y aunque fuera tambaleándose y corriendo á merced de las olas en medio de fuerte borrasca, muchas veces sin timon, las más de ellas sin rumbo fijo, la nave seguía sin hundirse en el abismo que la llamaba, soportando valientemente el empuje de todos los vientos. Siempre era inminente el peligro, constante y en igual medida el riesgo, pero siempre tambien la situacion salía de todos sus malos pasos, perdiendo aquí parte de la tripulacion, allí parte de la arboladura, más allá la brújula que debía dirigirla. Y así pasó el fin de una legislatura, el principio de otra, los proyectos de Camacho, el alumbramiento de la reina, puntos todos señalados como de término para tan azarosa vida.

Y ha sido preciso que llegase un dia en que no hablara nadie de ella, que á fuerza de oírse y oírse repetidas veces ya nadie hiciera caso del rumor, para que la crisis estallase, crisis verdadera y de

esas que no se resuelven con la salida de un miembro del Gabinete, sino con la acentuacion de una política. Más que nunca parecia asegurada la paz del Ministerio—paz de sepulcro, pero paz despues de todo—cuando un dia, al fin de un Consejo, empezó á correr el rumor de que habia crisis. Un proyecto de enagenacion de los montes del Estado presentado por el ministro de Hacienda no habia podido obtener la aprobacion del ministro de Fomento, y ya en disidencia el Gabinete habia presentado la dimision que fué admitida por el poder moderador, el cual encomendó al Sr. Sagasta la formacion de nuevo Ministerio. Tres dias despues se hallaba este constituido. Martínez Campos, Vega de Armijo conservan las carteras que en el anterior Gabinete desempeñaban. Romero Giron, Gamazo, Pelayo Cuesta, Gullon, Nuñez de Arce y Rodriguez Arias sustituyen en sus respectivos departamentos á los Sres. Alonso Martínez, Albareda, Camacho, Gonzalez, Leon y Castillo y Pavía. Aquel mismo dia juraron su cargo los nuevos ministros, y la laguna ministerial, una vez sosegada la natural agitacion, tornó á su calma de costumbre.

Todavía no han salido á luz los verdaderos motivos de la crisis. El motivo que hicieron público los diarios oficiosos—único que ha declarado el Sr. Sagasta—no era en realidad suficiente para ocasionar un cambio tan extenso. Por cosas de mayor gravedad ha atravesado el Gabinete del 8 de Febrero sin perder por eso su integridad. Cuando más, la divergencia pudo ocasionar la salida del Sr. Camacho—si su proyecto no se aceptaba—y la del Sr. Albareda por motivos de delicadeza en atencion á haberla provocado; pero en ningun modo la de los demás ministros, y, sobre todo, la del Sr. Alonso Martínez, á quien su carácter de alma del centralismo daba importancia excepcional en el seno de un Gabinete fusionista. De aquí que nadie crea la crisis cuestion de personas, y todos la miren como crisis puramente política, traída por la necesidad de liberalizarse un tanto que sentia el Sr. Sagasta para responder al nacimiento de la izquierda.

La significacion de algunos de los nuevos ministros puede dar fuerza á esta opinion. Aunque separado del partido á que antes pertenecia, el Sr. Romero Giron es de abolengo liberal y reformista, y tiene sérios compromisos contraídos con su conciencia y con el país para que reniegue en un dia de todos ellos; el Sr. Gamazo parece, por su parte, representar en el Ministerio la tendencia del Sr. Navarro y Rodrigo; los centralistas—que han perdido la cartera que desempeñaba el señor

Alonso Martínez—no han obtenido nada en cambio que les sirva de compensacion. Lo cual parece significar un paso dado hácia adelante por el señor Sagasta, y una pública manifestacion de su deseo de separarse de los centralistas, que en tan mal hora para la libertad le prestaron la sombra de su bandera, que ha sido para el jefe de los constitucionales más aciaga que la sombra del manzanillo para los que á ella se acogen.

Pero si esto es así, si tal es la explicacion que ha de darse á la crisis, es preciso reconocer que no ha tenido el conveniente desarrollo, que se ha quedado á la mitad del camino que hubiera debido recorrer. En la conviccion de todos está la tendencia doctrinaria que el centralismo lleva á donde quiera que se dirija, y por otra parte, hasta los mismos conservadores reconocen en estos momentos la necesidad de atender las aspiraciones liberales del país. Si el Sr. Sagasta queria francamente dirigirse á las reformas prometidas, aun á riesgo de caer, pero del lado de la libertad,—como ofreció en ocasion solemne—debió haber prescindido en absoluto del apoyo centralista, y formar un Ministerio reforzado con los elementos democráticos que últimamente han prestado adhesion á la monarquía. Y de este modo, y cumpliendo una por una las promesas hechas en la oposicion, se atraía á los disidentes, hacía totalmente inútil la formacion de la izquierda, y siempre seria de empeño para él poder decir que los demócratas que creian accidental la forma de Gobierno habian venido á la dinastía durante su permanencia en el poder. ¿Qué hace el Sr. Martínez Campos, qué hace el marqués de la Vega de Armijo, en un Ministerio de que forma parte Romero Giron, y en el que está representada la tendencia del Sr. Navarro Rodrigo? Concertar tan opuestas opiniones, fundir en una sola aspiraciones tan diferentes, es tarea superior á lo que un hombre puede conseguir. Falta de decision, de energía: hé aquí el capital defecto del Sr. Sagasta. Por esa indecision, por esa falta de energía subió al poder con la coyunda de los centralistas, y toleró al Sr. Martínez Campos, fiador de su lealtad, con lo cual expuso á su partido á una grave crisis, que terminó con sensibles desprendimientos. Y esa misma poquedad de carácter le ha impedido hoy romper la tutela y prescindir de esos elementos que en nada cooperan á la gran obra reformista reclamada por el país, antes bien sirven solamente de obstáculo para llegar á ella cuanto antes.

El dualismo, pues, existe, ahora más marcado que al empezar el año, entre los elementos que componen el Gabinete. De un lado los elementos

liberales, tratando de satisfacer las necesidades públicas en el sentido que la lógica reclama; de otro lado, los elementos doctrinarios oponiéndose á que se dé solución francamente liberal á todas las cuestiones pendientes, que tanto tiempo llevan sin resolver; y en medio de esas dos distintas tendencias, el Sr. Sagasta, pretendiendo unir lo que no puede ser unido, y conciliar lo que es de todo punto inconciliable. Está fuera de duda que una de estas tendencias ha de arrastrar á su contraria, porque el equilibrio es cosa de suyo tan frágil que el más ligero soplo basta para romperlo; la vida del nuevo Gabinete pende de cuál tendencia sea vencedora. Si los elementos liberales consiguen contrastar la fuerza de los reaccionarios, el Ministerio se habrá salvado, y podrá plantear las reformas que crea necesarias al estado de los ánimos y al espíritu del país; pero no saldrá íntegro de la lucha, y será preciso que un general de prestigio y un hombre público de talla tomen á su cargo la carteras de Guerra y Estado; si, por el contrario, los centralistas, fuertes con el apoyo de la corona, llevan la mejor parte, los ministros liberales, y sobre todo los de procedencia democrática, tendrán que dejar su puesto á otros más simpáticos á la obra de la fusión; y en este último caso, nos hallaremos como antes de la crisis, y, por tanto, abocados á un cambio, no en las personalidades, sino en el sistema político del Gobierno. En esta hipótesis, el Ministerio actual no sería más que un Ministerio de transición, tan corto de vida como pequeño de espíritu, y destinado á ocupar un lugar harto humilde en la larga lista de los Ministerios españoles.

Pronto, pues, hemos de ver el resultado de la crisis por que atraviesa la fusión planteada, mas no resuelta por la dimisión del anterior Gabinete. Para nosotros, hoy como el día 7, como el día 8 del que cursa, el Ministerio está en crisis. No se sabe quién formará el nuevo Ministerio; no se sabe qué ministros van á salir del banco azul, pero está en el ánimo de todos que alguien debe salir, que alguien debe entrar, y que las coaliciones, buenas solo para la lucha, cuando los ánimos se sosiegan tienen que dejar su puesto á situaciones homogéneas.

Buena prueba de cuanto llevamos dicho, es que desde el día en que el nuevo Ministerio se dió á luz no ha pasado uno solo sin que se hable de la dimisión del general Martínez Campos ó del señor marqués de Vega Armijo. Y es que el ménos enterado en achaques políticos comprende lo falso de la posición que ocupan dichos señores en el Consejo de la corona. Si el Sr. Sagasta persiste en la marcha, en mal hora emprendida, por los derroteros á donde le dirigía la fusión, sobran los nuevos ministros; si se arrepiente y quiere tomar otro camino, para nada tiene necesidad de los antiguos.

Y apoyan esta última opinión, á más de la presencia de Sr. Romero Giron en el Gabinete, la distinción de que ha sido objeto el señor marqués de Sardoal, elevado á la primera vice-presidencia de la Cámara, para hacerle olvidar el desaire de no habersele concedido una cartera en la pasada crisis. La situación tiende á respirar auras de libertad; ¿qué hacen, pues, en ella el señor ministro de la Guerra y el señor ministro de Estado?

Sin embargo, el presidente del Consejo, como muchacho prudente que lucha entre el deseo de abandonar los andadores y el temor á romperse un brazo, quiere ir muy poco á poco en esto de acentuar su política. Dígalo, si no, la solución que ha dado á la cuestión del juramento que era un verdadero peligro para el ministro de Gracia y Justicia, colocado entre sus declaraciones recientísimas como senador y sus compromisos como consejero de la Corona. El juramento es para los católicos, para los que puedan poner la mano sobre los Evangelios, sin que creencias contrarias á ellos se lo impidan; los judíos, los mahometanos, no tienen obligación ninguna de prestarle. Y como en España los que no son católicos son indiferentes que en virtud de su indiferencia no se toman el trabajo de abjurar la religión de sus mayores, queda lo más conseguido en detrimento de lo ménos. Buena ocasión para el señor Sagasta la del juramento para exponer en voz alta y á la faz del país su nuevo punto de vista; pero la ha dejado pasar, no queriendo declarar su juego por ahora. No importa que no quiera declararlo. Los acontecimientos tienen una lógica terrible, y, á pesar suyo, los acontecimientos se le impondrán, sin que él tenga más remedio que seguir, como mandatos, sus indicaciones.

¿Cuál debe ser ante el nuevo ministerio la actitud de la izquierda? De benevolencia dicen unos, de abierta oposición, añaden otros. Fúndanse los primeros en las grandes reformas que en Gracia y Justicia y Ultramar esperan de los señores Romero Giron y Nuñez de Arce; apoyanse los otros en la poca decisión que ven en el Sr. Sagasta para llevar á cabo las reformas en cuya defensa se constituyó el nuevo partido. Estos eran partidarios de que se provocase la cuestión del juramento para ver y juzgar el criterio del Gabinete; aquellos querían evitar todo motivo de crisis antes de que el nuevo ministerio dé señales de sí. Para nosotros, alejados de la lucha de hoy, aunque con más simpatías por unos que por otros combatientes, la actitud de los demócratas monárquicos debe ser de espectación. Considerando, como consideramos, la situación en crisis, y el ministerio como no for-

mado hasta que sus elementos tengan la homogeneidad que juzgamos indispensable á su existencia, creemos que los partidos liberales deben hacer lo que hacen las Cámaras en semejante caso: suspender sus deliberaciones y esperar la constitución del nuevo Gabinete para apreciarle, y censurarle ó aplaudirle. Repetimos lo que hemos dicho ya con respecto al Sr. Sagasta. Los acontecimientos vendrán bien pronto á dar nuevos factores á la fórmula y, en uno ú otro sentido, á provocar su inmediata resolución.

\*\*

Esperando la intervención poderosísima del tiempo para el arreglo definitivo de la política española, vamos á dar nuestro paseo acostumbrado por Europa, más provechoso hoy que otros días por los muchos sucesos que atraen de todas partes nuestra atención.

En Francia empieza á dar sus frutos naturales la muerte de Gambetta. Aun no se habían cubierto de tierra los restos del que fué en vida tan distinguido orador y renombrado hombre político, y ya asoman sus repugnantes cabezas, burlándose del dolor de la república, las amenazas de Bismarck y los manejos de la reacción. Roto el poderoso dique que las servía de muralla, inundaron las olas cenagosas el muelle, cual si quisieran hacer valer más y más á los ojos de la nación francesa, la gran pérdida que acababa de sufrir.

Revelase el primer conflicto en la extrema irritación que ha producido en el Canciller la conducta de los diputados alsacianos y loreneses acudiendo todos, como unidos en un mismo sentimiento de cariño al amigo y de protesta al contrario, á rendir el último tributo al gran patriota, y depositando en su sepulcro un puñado de tierra violada, pero no subyugada, por el germanismo. La policía se ha puesto en campaña para descubrir el nombre de los que á tanto osaron atreverse, cosa que no la será muy difícil conocer, pues los culpables,—si así pueden llamarse,—no se ocultan; crece la efervescencia entre los serviles aduladores de Bismarck, que no admiten la existencia de un sentimiento desinteresado y noble, tal vez porque, envilecidos en la servidumbre, son incapaces de comprenderle; y el Reigstach, influido por el enemigo tenaz y constante de Francia, dicese que piensa expulsar de su seno á los diputados tan franca y tan abiertamente gambettistas, cortosanos de una tumba,—acto de demencia que no conduciría á nada, pues los electores renovarían el mandato de esos diputados, enviándoles otra vez al seno mismo del Reigstach. Que llega á tanto el delirio de los hombres á quienes ciegan la soberbia y la fortuna: á creer que basta su voluntad omnívota para desmembrar pueblos y romper nacionalidades.

Son señales del segundo conflicto, el manifiesto del príncipe Napoleon y la existencia de una vasta conspiración legitimista.

Es el príncipe Napoleon un personaje á quien no toma nadie en serio en Europa. Mal querido de sus propios partidarios, desconocido en el exterior, la relación de sus hechos públicos bastaría á enajenarle toda simpatía, si por acaso fuera capaz de inspirar alguna. Amante desenfrenado del poder y la fortuna que le huyen cuanto más se afana él en perseguirlos, no hay partido, desde el más liberal al más reaccionario, que no le haya contado entre los suyos. Enemigo de su primo el emperador, se hizo cortesano suyo desde que se vió legítimo heredero del imperio, y se alejó de él cuando el nacimiento del príncipe Eugenio le arrebató sus esperanzas. Hízose nuevamente republicano, y á la muerte de su sobrino tornó otra vez á sus aficiones, declarándose único representante del poder legítimo, y poniéndose enfrente de la República, que desde entonces le contó como enemigo. Nuevo Felipe Igualdad, como algunos han dado en llamarle, combate hoy á su hijo de la misma manera que combatía ayer á su sobrino, y poco antes á su primo Plon-plon le llama el pueblo que con este apodo ridículo representa el desprecio en que le tiene. Los más sinceros imperialistas le aborrecen, y miraron la muerte del príncipe Eugenio como dos males para Francia: su muerte en primer lugar, y en segundo, las pretensiones del príncipe Napoleon, á que iba á dar nueva vida.

Pues bien, este hombre tan desautorizado dentro como fuera de su país, se ha atrevido á dar un Manifiesto á Francia, reivindicando sus pretendidos derechos, y proclamando la apelación al pueblo, como si el pueblo que tan bien le conoce y tan bien conoce al imperio pudiese darle sus sufragios y suicidarse matando la República para ir en derechura hácia Sedan.

Europa entera ha prorrumpido en una homérica carcajada, dando tal acogida á la nueva. El mismo gran diario inglés *The Times*, ha perdido la gravedad característica á su país y empezaba así el artículo en que ponía al corriente á sus lectores de lo que allende el Estrecho ocurría: «Si nada que se refiere al príncipe Napoleon pudiera tomarse en serio, las noticias de Francia serían alarmantes.» Ese desgraciado miembro de la familia imperial, dando señales de sí sobre el sepulcro aún no cerrado de Gambetta, é invocando en su favor al pueblo, es cosa tan poco seria que no es extraño nueva á risa á todo el mundo.

Por desgracia, las Cámaras francesas no lo creen así, y con una ligereza harto lamentable, se han dejado llevar por las primeras impresiones

hasta el punto de pretender que, reconocido culpable, el príncipe Napoleon sea juzgado por el Senado, prerrogativa á que le dan derecho las condecoraciones que debió, ya que no á su mérito, á la munificencia de su primo. Y los que esto sostienen, y esto apoyan, no ven que rebajan mucho á la República, poniéndola á nivel de cualquier pretendiente que quiera hacer hablar de sí. No es de grandes instituciones descender á tamañas menudencias, y no debían los hombres públicos de Francia, cuidarse de las inocentes calaveradas de un príncipe que se cree heredero de un imperio imaginario. ¿A qué castigar al loco que juzgándose Dios, recorre las calles concediendo puestos de honor y preeminencias en el Paraíso y dirigiendo su voz al tropel que le sigue, mofándose de él, más bien que prestando crédito á sus locuras? Si el infeliz, llevado de su manía, comete actos que le trasformen en reo de un delito, ó si llega á creérsele un peligro para la sociedad, bueno será que ésta se defienda, privándole de la libertad y los medios de hacer el mal, pero en tanto esto no suceda, más loco que él, está quien en él se preocupa.

Hay asuntos tan íntimamente entrelazados que no puede tocarse á uno de ellos sin que inmediatamente surjan uno tras otro los demás. Y esto es lo que ha sucedido en Francia. Ya fija la atención en el príncipe Napoleon, ha venido á las mientes de los representantes del país el recuerdo de otros príncipes no molestados hasta ahora, y que ejercen altos mandos militares—los príncipes de Orleans—y alguien ha tenido la malhadada idea de privarlos de sus empleos y darlos de baja en el ejército francés. Diferencias de apreciación sobre este punto de índole tan delicada han provocado una crisis en el Gobierno, crisis que no sabemos cómo se resolverá. Esta cuestión y una proposición en que se pide sean expulsados de Francia todos los pretendientes á un trono que no existe, peregrinos de una Jerusalem hija de los calores de su fantasía, traen con cuidado á cuantas se interesan en el porvenir de la República francesa. De lamentar son los hechos que han dado margen á estas dificultades, pero no es ménos lamentable la precipitación y ligereza con que han obrado los pro-hombres de la República dando armas á sus enemigos y descendiendo de su altura para igualarse con ellos.

Conserven los príncipes de Orleans el mando militar de que hoy disponen, recobre el príncipe Napoleon su libertad, y viva tranquilo en su palacio, en tanto que unos y otro no atiendan á la vida de la institución republicana. Si esto llegase á suceder, hágase entonces uso del rigor que hoy se pretende desplegar, pero solo en ese caso. Fuertes en la bondad de sus principios, en la fe de sus ideas, los republicanos no tienen por qué temer nada de sus enemigos. El pueblo, aleccionado ya por la experiencia, sabe que la República es la paz, la prosperidad, la fuerza: sabe también lo que le puede dar la monarquía, y no ha olvidado aun las humillaciones de que es deudor al imperio. Aquí, en esta íntima convicción del pueblo francés, está el decreto de proscripción de todos los pretendientes, decreto de proscripción, tanto más terrible cuanto que trunca para siempre los viejos ideales que acarician esos frios representantes del pasado.

Así lo hubiera comprendido Gambetta, y todos los más acreditados periódicos parisienses están conformes en que si viviera el ilustre orador, la Cámara no se hubiera dejado sorprender, como lo ha hecho, por esas proposiciones que, si no dañan á la República, tampoco favorecen á sus amigos.

Y lo mismo puede decirse de esa ridícula conspiración legitimista, que bajo el nombre de *Alianza Católica* organizaba el general Charette, y de la que dan detalles minuciosísimos los diarios de París. Treinta y dos mil hombres hay ya dispuestos á echarse al campo, y á la sazón se está preparando el millar trigésimo tercero. Todo lo tienen previsto; cuentan con armas, municiones, dinero, fe y esperanza... La República lo vé, y no se cuida de ello; Europa lo sabe, y hace como la República.

Pero, así como las primeras oscuridades de la noche hacen más manifiesta la ausencia de la luz en el momento en que ha dejado de brillar, así también estas baladronadas germánicas, estos insensatos proyectos, estas descabelladas intenciones, ponen más de relieve la gran pérdida que con la muerte de Gambetta ha sufrido la Francia. Sus enemigos, que ántes callaban dócilmente, se atreven hoy á la República, porque la ven privada de su más ardiente, de su más decidido defensor, y cuervos que durante el riesgo se ocultan, aparecen despues de la batalla á disputarse los restos del botín. Por fortuna, si los hombres mueren, y pasan como el polvo del camino, las ideas son inmortales, eternas, como emanación de Dios, y nada basta á aniquilarlas.

Podrán, si, padecer eclipses de más ó menos duración, como el sol mismo—con ser el rey de nuestro sistema planetario—los padece de tiempo en tiempo; pero pronto se funden las tinieblas, y más hermosos, con más vida, con más fuerza, con más calor y con más luz, vuelven sus rayos á fecundar la tierra y á iluminar el cielo en que fulguran.

\*\*

A pesar de la calma que los Gobiernos italianos se esmeran en extender por los espíritus, agítanse,

y se revuelven los partidarios de la *Italia irredenta*, que no dejan pasar una ocasion de protestar contra la dominacion austriaca.

La ejecucion de Oberdanck, el jóven regicida que disparó su revólver contra el emperador Francisco José y que ha sido últimamente ahorcado en Trieste, ha dado nuevos motivos á estas francas manifestaciones de odio, á estos escapes de gases revolucionarios, á duras penas contenidos por la mal cerrada válvula, présagos del volcan que ha de estallar en dia no lejano. Conságrase la memoria del fanático como la de un mártir, hácese suscripciones para erigirle un monumento, cómprase su busto para que adorne los despachos de los *irredentistas*, y el otro dia llevó uno de estos su entusiasmo hasta disparar sobre el escudo del embajador austriaco. Que tal es la virtud del amor pátrio, que convierte á un criminal en un mártir y á un loco en un santo.

Signos son estos terribles, pues así es, poco á poco, como se acumulan los vapores que luego se desarrollan en tempestad que todo lo arrasa y todo lo trastorna. Estas, que hoy parecen insensateces de unos cuantos cerebros acalorados por amor á la grandeza y la libertad de su país, constituirán mañana la suprema aspiracion de todo un pueblo. La Italia, rota ayer en pedazos, dividida como presa de guerra entre sus enemigos, se ha hecho una y grande. Luego de ser una, quiso á Roma, y la obtuvo; el dia que reclame las provincias que Austria retiene, ese dia, indudablemente, las obtendrá tambien, pese al Austria y Alemania, como recobró su capital á pesar de las protestas de todo el mundo católico.

Tornan otra vez á solicitar nuestra atencion los asuntos de Egipto. En el interior, lo mismo que en el exterior, suceden cosas sumamente graves y que pueden tener gran importancia para Europa.

Es el primero la nota pasada por Mr. Grandville á las potencias, manifestando las intenciones que Inglaterra abriga respecto á Egipto. En esta nota, á que ha contestado ya con su protesta el Gobierno del sultan, declárase una vez más que Inglaterra no pretende quedarse con Egipto; que, por el contrario, desea llegue el momento de dar término á la ocupacion; pero que no puede prescindir de ayudar á Tewfik con sus consejos valiosísimos, por lo cual tendrá cerca de éste un delegado, sin más atribuciones, fuera de esto, que las que tiene un embajador cualquiera. Dánse en la nota extensas instrucciones, destinadas á asegurar la neutralidad del canal, caso de una guerra europea, y causa risa ver el cuidado que ponen los ingleses en que no sean violadas las aguas del canal, despues de haber sido los primeros en violarlas cuando convino así á sus planes. Toda la nota, en una palabra, tiende á manifestar que, como ya habian previsto en Europa aun los menos previsores, Inglaterra se queda con Egipto, dando al acto la forma de un protectorado, ya que no de una anexión. Y las demás naciones, que pudieron impedirlo y no lo impidieron, no tienen, hoy por hoy, más remedio que conformarse á los deseos de Inglaterra, tan abiertamente manifestados.

Por lo demás, la obra de los ingleses de hacerse simpatías con el país, va muy despacio. Para los egipcios, serán siempre sus dominadores, jamás sus amigos.

De aquí que, segun los últimos telégramas recibidos, hayan acogido con gusto la noticia de las disensiones que entre Francia é Inglaterra levante la decision de ésta de suprimir la intervencion francesa en la Hacienda de aquel país, reforma de la que los ingleses esperan resultados sumamente provechosos para los acreedores de la Deuda egipcia. El Gobierno francés ha protestado contra este decreto dado en menoscabo de sus intereses, y ha llamado á su representante del Cairo. Pero de poco servirá esta protesta. Inglaterra manda allí, y culpa es de Francia si no divide ese poder. En mal hora negó su concurso para la obra de la pacificacion. Hubiese tomado parte en ella, y otra sería su situacion respecto á Egipto, y otro tambien el estado de sus intereses en Africa.

Crecen fuera del vireynato las complicaciones con las noticias que se reciben del Sudan. Engañóse el Gobernador musulman de esta provincia al suponer en sus partes deshecho y roto el ejército que seguía al Profeta, y este mismo se encarga ahora de desmentirle, presentándose pujante, al frente de una multitud fanatizada que le respeta como enviado divino y le obedece como á ser sobre-natural que salda con partes de Paraíso las deudas de gratitud que pueda contraer en esta vida. Ya ha destrozado á los egipcios que se le opusieron, y tan grave cariz presenta la cuestion, que ha salido del Cairo Baker-bajá con grandes refuerzos y orden de destruir á toda costa tan poderoso enemigo.

Gran confianza tienen los egipcios en su general, pero entretanto que llega, el falso profeta avanza y ya tiene puesto sitio á una ciudad importante, Obeid, que es de temer se vea precisada á rendirse antes que lleguen los refuerzos que al Sudan conduce Baker.

HOE.

## EL JURADO EN INGLATERRA.

No conoce las leyes de un pueblo quien ignora el espíritu con que las ejecuta y las aplica. Esto ha dicho un escritor francés enviado expreso á

la Gran Bretaña para estudiar su legislacion en materia de procedimientos. Y de ese estudio hecho á conciencia, al lado de los tribunales, y con el auxilio de los jurisperitos más notables, vamos a servirnos para reseñar lo que es el Jurado en Inglaterra y lo que al Jurado debe ese gran pueblo.

Para comprender mejor lo que vamos á decir, convendra mucho tener en cuenta que el Gobierno inglés está basado en el privilegio; pero, más bien que una mesocracia, es una geocracia; los privilegios, más que á la persona, van afectos á la tierra. Sin embargo, aquella aristocracia territorial se ha convertido en aristocracia del mérito. Los poderosos no se han entregado allí al *dolce far niente*; trabajan y se afanan y se ilustran; y á fuerza de eso mantienen su preponderancia y su poder. El talento, el mérito y los servicios elevan allí á los más humildes por el nacimiento ó la fortuna, y sostienen en las alturas á los descendientes de los señores de territorio.

El derecho de primogenitura (1) contribuye á mantener la influencia territorial; y los *free-holders* y *copy-holders* (2) llevan en su renta el título de suficiencia para formar parte del cuerpo ó comision importantísima de los jueces de paz.

Hay, además, que tener en cuenta el indecible apego que el pueblo inglés tiene á la tradicion, á los antiguos usos y costumbres; apego tenido con empeño por todas las clases, y cuasi convertido en un verdadero culto. «¿Quién no alcanza, decia lord Brougham en su célebre discurso sobre el *examen de los abusos en la administracion de justicia* (3), quién no alcanza los malos efectos que pudiera producir el que el vulgo se apercebiera una vez de que el Código penal se hallaba expuesto á los trastornos de una reforma?» De ahí la resistencia inveterada á la codificacion, y el tenaz empeño de regirse por el derecho consuetudinario, plagado como está de incongruencias, de contradicciones y de dificultades sin fin.

Y no es que sus hombres se nieguen á todo espíritu de reforma, y sean refractarios á todo progreso; no por cierto. Pero á las innovaciones y á la codificacion prefieren los tribunales de equidad, las ficciones de derecho, la misma arbitrariedad judicial y los subterfugios más cándidos ó más ingeniosos.

Las clases inferiores tienden, como es natural, á elevarse jurídica ó socialmente; y no faltan allí corazones generosos y almas de elevacion bastante para prohiar y sostener, con perseverancia y con fervor, las aspiraciones y los derechos de esas clases. Pero en las luchas que esas pretensiones producen, hay de notable que el general apego á lo tradicional, á los usos y costumbres, que allí se hermana, si es que no se confunde, con el amor al país, contiene á todos en los límites de la prudencia; y ni la resistencia es tenaz, ni las pretensiones exageradas. Las altas clases ceden poco á poco, si es que no se adelantan, á las exigencias de la opinion y de los tiempos; y las humildes se avienen con las más pequeñas concesiones. Ellas bastan, sin embargo, para marcar un progreso no interrumpido, aunque lento.

Y eso no depende del clima ni de la especial idiosincracia de la raza anglo-sajona, como es de moda aseverar por no inquirir el fondo de las cosas: depende de que el pueblo inglés goza, desde inmemorial tiempo, de costumbres y de instituciones que mantienen vivo el amor á la libertad; costumbres é instituciones propias de los pueblos que conservan la virilidad de su origen, el valor, la independencia y la dignidad personales.

Esas instituciones y costumbres les han producido tales beneficios, y las aman tanto, que el riesgo de perderlas hace huir á todos de atrevidas innovaciones y de toda honda perturbacion. ¡Bello y buen ejemplo de la gran verdad que entraña el principio de que la libertad es hermana del orden, y que el mejor medio de mantener éste, es asegurar aquella!

El pueblo inglés se ha negado tenaz y constantemente á aceptar la legislacion romana y, con ella, los resabios del despotismo imperial. Y ved aquí las consecuencias. Nosotros, que aceptamos, no voluntariamente, aquella legislacion y aquellos resabios, hemos conseguido poner de un lado la *autoridad*, y de otro lado el pueblo; de una parte la *justicia*, y de la otra el pueblo; y tambien enfrente del pueblo, la *administracion*. De ello ha resultado lo que no podia ménos de resultar: hacer la autoridad despótica; la justicia, arbitraria é inquisitorial; la administracion opresora y corrupta.

En Inglaterra, la autoridad y el pueblo, la justicia y el pueblo, la administracion y el pueblo no son cosas opuestas ni enemigas; son la misma cosa. El pueblo hace autoridad, hace justicia y hace administracion.

No quiere esto decir que no haya en Inglaterra autoridades especiales, tribunales de justicia y fun-

cionarios del orden administrativo: los hay, y en parte alguna son más respetados que allí. Lo que quiere decir es que el pueblo interviene, de una ó de otra manera, en el gobierno, en la administracion y en la justicia. Derechos preciosos que todos los ciudadanos, altos y bajos, saben allí lo que valen, que todos ejercitan, que todos procuran conservar á toda costa. Vamos á ver cómo y de qué modo, pero limitando nuestra demostracion á la administracion de justicia en lo criminal, exclusivo asunto de este libro.

La primera, y tal vez la principal, rueda de la justicia y aun de la administracion en Inglaterra son los jueces de paz. En cada condado hay una comision ó cuerpo de jueces compuesto de los ciudadanos más calificados. Todo propietario, mayor de edad, que goza de una pequeña renta ó propiedad, es apto para entrar en la comision de paz; y si desea formar parte de ella lo solicita al canceller, por medio del lord teniente del condado; solididad que por maravilla deja de ser atendida. El número de ciudadanos admitidos á la comision de paz varía segun la extension, riqueza y poblacion de cada condado, sin que ninguna ley le determine.

Hay comisiones compuestas de cuatrocientos, de quinientos y hasta de seiscientos y más ciudadanos. Los príncipes, el canceller, los primeros pares de Inglaterra están comprendidos en las comisiones de paz del reino. Muchos propietarios se contentan sólo con ver sus nombres en las listas de la comision; pero otros, celosos de sus derechos y ganosos de distinguirse ejerciendo el cargo, piden certificado de su admision, prestan el juramento requerido y entran en funciones.

Hay en cada condado ciento, doscientos y á veces trescientos jueces de paz efectivos, cuya jurisdiccion se extiende á todo el condado. Encargados de mantener el orden público, bajo su estrecha responsabilidad, pueden corregir, multar, exigir fianzas; prender, si es caso; hacer casi todo lo que está entre nosotros á cargo de los alcaldes, de los comisarios de policía y de los jueces municipales. Hablemos de estas últimas atribuciones.

Los jueces de paz ejercen su autoridad, segun la naturaleza de los negocios que van á decidir, de tres distintas maneras. En cuestiones de orden público, de policía y de administracion, como visita de establecimientos públicos, de cárceles, casas de correccion, etc., funcionan solos. En asuntos judiciales, ya sean civiles ó criminales, funcionan en corporacion ó tribunal. Se necesitan, por lo ménos, dos para las Audiencias menores (*petty sessions*), que se celebran cada quince dias, ó más frecuentemente, segun la importacion de la poblacion. Y para las Audiencias mayores (*general quarter sessions*), que se celebran cada tres meses, se reúne un número indeterminado. En las primeras juzgan de plano, oyendo á las partes y á los testigos. En las últimas, por vía de *indictment*, mediante querrela ó acusacion en forma, y formando el proceso verbal que deben leer al Jurado.

En estas audiencias trimestrales en que se suelen reunir doce, veinte, treinta y á veces cuarenta jueces de paz, deciden en juicio oral las apelaciones interpuestas contra las resoluciones de las audiencias menores, *petty sessions*; y además, resuelven y fallan, con asistencia del Jurado, todos los asuntos correccionales del condado y los criminales que no son de gravedad. Las causas graves, como luego veremos, se fallan en las *assises* semestrales, tambien con asistencia del Jurado.

Las audiencias generales de trimestre se cuentan entre los tribunales mayores de Inglaterra. Los ingleses los llaman *Cours of record*; porque tienen su archivo, donde se protocolizan todas sus decisiones.

El sheriff, jefe superior del condado debe asistir á esas audiencias, como á las *assises*, por sí ó por su delegado; y asisten, además, los constables, los coronarios, los bailíos y demás funcionarios del orden judicial, policía judicial.

Hay ciudades que gozan el privilegio de elegir sus jueces de paz, á los que se le da el nombre de *aldermanes* (nuestros antiguos regidores), los cuales, bajo la presidencia de un *recorder* (juez letrado) tambien elegido por la ciudad, ó por ellos mismos, celebran sus audiencias del mismo modo y en las mismas épocas que las *general quarter sessions*.

Las sesiones de estas audiencias suelen durar de dos á diez dias; y cuando no bastan para el despacho de todos los negocios pendientes, los jueces de paz ó los *aldermanes* las prorogan por uno ó más dias.

Las audiencias ambulantes ó mayores (*assises*) se celebran dos veces al año en todos los condados de Inglaterra; excepto el de Londres y Middlessex, donde se celebran al año ocho audiencias. A cada uno de los circuitos envía la Corona dos jueces ó magistrados superiores, para conocer y fallar, con asistencia de los jurados, todos los negocios civiles y criminales pendientes. Cada uno de esos dos magistrados preside su audiencia: uno la de lo civil y otro la de lo criminal, con sus respectivos jurados.

El dia de la apertura de las audiencias mayores, ó *assises*, dia que los jueces tienen buen cuidado de señalar y publicar con antelacion, todo está en movimiento en Inglaterra. Los abogados salen de Londres, donde residen habitualmente, por lo general en compania de los magistrados,

(1) En Inglaterra el primogénito sucede en todo el inmueble del padre.

(2) *Free-holds* equivale á feudo franco, especie de dominio señorial representado por un homenaje ó tributo que le paga al dueño el usufructuario de la tierra. *Copy holds* equivale á la renta ó cánon que percibe el señor del dominio directo.

(3) Cámara de los Comunes, sesion del 7 de Febrero de 1828.

para sus respectivos circuitos. Y los sheriffs (gobernadores civiles, como si dijéramos), los jurados, los constables mayores, los jueces de paz, acusados, acusadores y testigos, todos se apresuran á llegar á la ciudad donde deben celebrarse las audiencias respectivas.

El sheriff sale á recibir á los magistrados á su entrada en la ciudad, y le acompañan todos los notables del condado que allí se han reunido al efecto, enviando sus mejores carruajes y sus lujosos troncos y libreas, para dar realce al acto y rodearle de prestigio y de respeto.

A su entrada en la población se tocan las campanas; y al acompañamiento precede la escolta del sheriff con sus cornetas y sus largas picas: escolta de doce á veinte hombres lujosamente uniformados, que el sheriff deja al servicio del tribunal, mientras duran las sesiones.

El día de la apertura, uno de los dos magistrados va con el sheriff á la audiencia; lee el decreto de su comision, y declara abiertas las *assises*. Al siguiente día, los dos jueces y el sheriff se presentan con todo aparato para abrir una audiencia de lo civil, y el otro la de lo criminal, con la cual permanece siempre el sheriff.

Esta audiencia se abre leyendo los nombres de todos los individuos que componen la comision de paz, los de los coronarios y constables mayores. En el mismo acto van los jueces de paz presentando en la mesa los procesos verbales que han instruido y de que debe conocer el Jurado; y los constables presentan sus informes sobre el estado de las parroquias de que están encargados en lo concerniente al orden público. Acto seguido son llamados á comparecer los miembros del Jurado mayor y menor.

El primero, que es de acusacion (gran Jurado), se compone de los principales propietarios del condado y de todos, ó casi todos, los que son miembros de la comision de paz. No hay leyes que determinen los requisitos y cualidades que han de reunir los miembros del Jurado mayor; pero es costumbre formarlos de los ciudadanos más distinguidos por sus riquezas y por su reputacion.

Las listas de los jurados las forma el sheriff ó su *attorney* (especie de asesor ó secretario general); luego diremos cómo. Pero hay que tener en cuenta que el sheriff inglés se parece en muy poco al prefecto francés y al gobernador civil español. El cargo de sheriff es honorífico, gratuito y anual. Antiguamente los nombraba por eleccion el condado. Hoy los nombra el Gobierno, á propuesta del Supremo Tribunal, despues que sus magistrados han celebrado las *assises*, recorrido los condados y pulsado la opinion. Y el cargo no sólo es gratuito, sino que su desempeño suele costar al que lo ejerce de 15 á 20 ó 25 000 pesetas. No pueden ser reelegidos, ni lo desean; y siendo la única utilidad que pueden sacar de su empleo el aumento de su reputacion en la provincia, hacen todo lo que pueden para satisfacer la opinion pública y para evitar todo lo que pudiera desconcepcionarles.

El sheriff presenta á los jueces una lista, á veces de cien nombres, para el Jurado mayor, que sólo se compone de 25 individuos. Pero el sheriff no forma arbitrariamente ni por sí sólo las listas de los jurados. Cada año, por San Miguel, los constables menores forman la lista de todos los ciudadanos de su parroquia que están en condiciones de ser jurados (ser mayores de edad y pagar cierta cuota de contribucion), y esa lista, formada escrupulosamente por los padrones oficiales de impuestos y de parroquia, se fija al público por espacio de veinte días. Todo ciudadano que se crea con derecho, puede reclamar la inclusion ó la exclusion; y si el constable se obstina en mantener esta ó aquella, puede ser acusado ante los jueces de paz; recursos que se fallan en las sesiones trimestrales, imponiendo á veces al constable una multa que puede llegar á 20 chelines.

Los constables menores envian su respectiva lista á los mayores, bajo juramento, prestado ante el juez de paz, de que han formado aquélla en conciencia y segun su leal saber y entender. El constable mayor pasa todas aquellas listas al secretario de la justicia de paz en el condado; el cual, previo juramento de que son las mismas que ha recibido, y sin alterarlas, forma de todas la general, que envia al sheriff en día determinado. Este mismo alto funcionario sería multado en veinte libras esterlinas, si se probase que habia añadido ó suprimido un solo nombre á esa lista general. Y de ella escoge y forma la del Jurado mayor y menor, que envia á los magistrados ó á los jueces de paz para cada respectiva audiencia.

Verdaderamente no es una, sino varias listas, las que el sheriff envia al tribunal. Porque como funcionan al mismo tiempo el gran Jurado y el pequeño Jurado; como la competencia de éste se extiende á lo civil, y los dos funcionan á la vez; y como, al propio tiempo que las *assises* ó audiencias semestrales, se reúnen tambien los jueces de paz en las *quarter sessions*, donde tambien juzgan y fallan asuntos criminales con asistencia del Jurado... el personal de jurados es numeroso, y el sheriff le designa con separacion. La lista para el gran Jurado, el de acusacion, la forma, como hemos dicho, con los nombres más conceptuados y más irreprochables: grandes propietarios, ricos comerciantes, industriales de mérito, profesores y personas de notoria reputacion. Para el Jurado de las semestrales, que conoce de causas y pleitos graves, que viaja más y necesita hacer más gastos, designa personas de holgada posicion. Para el Jurado

que ha de funcionar con los jueces de paz, en las audiencias trimestrales, la lista se forma de nombres de todas clases: tenderos, labradores, artesanos, propietarios, etc.

Ya hemos dicho que la lista para el gran Jurado suele contener hasta cien nombres, aun cuando lo legal es que se componga de 23. Dice es el número necesario para constituir Jurado; y para que haya *veredicto* es indispensable la unanimidad de 12. lo mismo en el grande que en el pequeño Jurado. Pero como el derecho de recusacion es amplísimo, las listas que el sheriff pasa á los jueces contienen por lo ménos *veintitres* nombres para formar el Jurado de acusacion, y *carenta y ocho* para cada uno de los Jurados de sentencia.

Hemos dicho que es amplísimo el derecho de recusacion; y, en efecto, sería prolijo el detallar los diferentes medios, modos y motivos de recusacion que tienen así el acusado como el acusador. Puede recusarse total y parcialmente, con causa y sin ella, perentoriamente y mediante justificacion. Pero esto se limita al Jurado de sentencia; porque en el gran Jurado es inusitada la recusacion. Aun respecto al del juicio, sin embargo de concederse tanta amplitud y facilidades, es muy rara la recusacion en la práctica. Porque los sheriffs tienen mucho cuidado, al formar las listas, de evitar todo motivo de recusacion, para lo cual oyen á los coronarios, y la operacion se ejecuta con tal imparcialidad y tal método, que no sólo se evitan las recusaciones, sino las incompatibilidades y las excusas.

Ningun inglés, á no ser por causa de fuerza mayor, deja de concurrir al desempeño de su cargo. Y cuenta, que casi todos los cargos no permanentes son allí gratuitos, y su desempeño cuesta más ó ménos, pero es siempre gravoso. Ya hemos dicho lo que suele costar al sheriff el suyo, que es anual. Pero el inglés, celoso como nadie de sus derechos, hace una religion de su deber, y le rinde culto. El cargo de jurado es, sin embargo, de una importancia tal para todo inglés, que su exactitud para desempeñarlo raya en lo increíble. El marqués de *Woscarter*, primogénito del duque de *Beaufort*, uno de los más altos señores de Inglaterra, nombrado en una ocasion Presidente del gran Jurado en *Glocester*, debia, como militar de alta graduacion, salir á incorporarse con el ejército que mandaba el duque de Wellington, en Bélgica; y todo preparado para su salida, la suspendió por no faltar á ninguna sesion del Jurado; prefiriendo no presentarse á tiempo en la revista general, que dejar á otro durante su ausencia el honor de presidir el gran Jurado. Y de estos casos pudieran citarse muchos.

Si, á pesar de eso, ocurre, por excepcion, que algun Jurado deja de asistir á la Audiencia sin excusa ni causa fundada, sufre inexorablemente un castigo, que, aunque reducido por la ley á una multa de dos á cinco libras esterlinas, en algun caso se la ha hecho llegar á 12.000 pesetas, citando al jurado no asistente repetidas veces, é imponiéndole en cada una el *maximum* de la pena. Esas multas, dice el testigo á quien nos referimos, se exigen rigurosamente, se apremia al castigado para la exaccion, y el público las aprueba con aclamaciones, porque las mira como indices del amor que los jueces de derecho tienen á la institucion del Jurado, al que todo inglés considera como la más firme columna de su libertad.

En la primera sesion, el Magistrado presidente dirige la palabra á los jurados, recordándoles los principios que deben dirigirles en el cumplimiento de su cargo, haciéndoles una sucinta reseña de los negocios ó causas pendientes, y enviando al de acusacion á su respectiva sala, con la recomendacion de que se ocupe prontamente del primer negocio de que se le dé cuenta, para que el Jurado del juicio pueda comenzar sus tareas.

No necesitan allí los Magistrados presidentes hacer á los jurados prolijas explicaciones. De tal modo están habituados á la institucion todos los ingleses, y tan bien conocen sus derechos y sus obligaciones en esa parte, que es muy raro hallar uno que no sepa lo que su país espera, en tal ocasion, de su celo y de su probidad.

El Jurado de acusacion oye el proceso verbal, oye al querrelante ó acusador, si le hay, y á los testigos; y sin más discusiones, ni Abogados, ni nada, falla si debe ó no proceder criminalmente contra el acusado (*true bill* ó *no bill*); la acusacion es admisible y procedente, ó no lo es.

En caso afirmativo, las partes y los testigos pasan en el acto al Jurado del juicio; y allí ya asisten Abogados y todos los funcionarios de la policia judicial.

Lo notable, lo grandemente digno de observarse y de meditar, por nosotros sobre todo, los que estamos habituados al procedimiento inquisitivo, que bien pudiera llamarse inquisitorial, es la lenidad con que la justicia trata en Inglaterra á todo acusado. En vez de esta especie de ensañamiento con que acá entre nosotros se persigue al procesado; en vez de la animosidad con que le miran y le tratan el fiscal, el juez y hasta el escribano y los alguaciles, en todos los cuales se advierte una especie de compromiso de honra en vencer de criminal á todo encausado y cierta fruicion cuando logran enredarle en contradicciones ó arrancarle una confesion, por cualquier medio que sea; en los tribunales ingleses se considera cosa indigna y nefanda hacer cargos á un acusado; se huye hasta de preguntarle si ha cometido el delito que se persigue; y llega la benignidad de

los jueces, de los jurados, de los abogados mismos que sostienen la acusacion, hasta el punto de temer que el procesado confiese su delito y se acuse á sí mismo. *Nemo auditur perire volens*, es la gran máxima de que allí están poseidos, no tan sólo los que administran justicia, sino el público mismo.

«Se dice en Inglaterra y se repite en Francia, dice el testigo á que nos venimos refiriendo, que los jueces ingleses son los defensores de los acusados. Esto, que se oye hasta en labios del vulgo, demuestra bien hasta qué punto ha puesto la Nacion inglesa su confianza en la rectitud, dulzura y humanidad de sus magistrados. Pero por más expresiva que sen aquella frase, todavía no revela bastante todo el amparo que allí presta el juez al procesado. Durante el proceso, durante todo el juicio, le trata como á un sér desgraciado; y en esos sentimientos acompañan al juez los jurados, los abogados y el pueblo.

Castigan, sin embargo, y á veces con rigor excesivo; pero sólo por el interés público, no por su indignacion contra el delincuente. A juzgar por la frialdad con que miran los delitos, parece que los consideran ménos como resultados de perversidad natural del delincuente, que como consecuencia casi necesaria de su miseria, la cual es, por lo general, efecto ó de la casualidad ó de la mala organizacion social. Por eso creen que no interesa al público el castigar todos los crímenes, temiendo debilitar el efecto del castigo reiterando los suplicios. Por eso reservan su severidad para los desgraciados contra quienes existen pruebas irrefragables, y dejan impunes aquellos cuya culpabilidad no se ha evidenciado con testimonios bastante positivos. Inexorables contra el convicto ó el cogido *infraganti*, son humanos con el que está amparado por una sombra de duda que sea. Aun en las causas graves, si los presos ó acusados son inocentes, se anhela por todos el momento de verles en libertad; y si son culpables, se les compadece, y aun puedo añadir que se desea su perdon.»

Compárese ese modo de sentir y de proceder con el nuestro; y al notar tan contrarios efectos, se verá cuánto humanizan y dulcifican las costumbres de un pueblo el Jurado, el derecho de acusar y el juicio oral y público; y cuánto contribuyen á agrarlas, á depravarlas, á hacer feroz á un pueblo, ó, por lo ménos, duro, implacable y enconoso, el procedimiento inquisitivo y secreto, el juicio escrito y la ausencia del Jurado.

De las mismas causas proceden estos otros encontrados efectos. Nosotros tenemos miedo de denunciar un crimen, y entregamos la acusacion y la defensa de la pública vindicta á un agente fiscal; nuestras curias, nuestros juzgados, nuestras salas de audiencia no se acostumbran á ejercer sus funciones en público; instruyen los procesos en secreto, y poco ménos que en secreto y á solas deliberan y fallan; nadie se atreve aquí á ejercer sus derechos ó cumplir sus deberes á la luz del día: hasta los electores votan en cédulas dobladas y como á escondidas. Todo lo contrario sucede en Inglaterra, donde el valor civil no cede la primacia al valor militar. Cada cual arrostra sereno y á la faz del público la responsabilidad de cuanto piensa, dice ó hace, ya sea como ciudadano, ó ya como funcionario. Las diligencias sumariales se instruyen á la luz del día; los testigos deponen en presencia de acusados y acusadores; los jueces deliberan en alta voz, y los jurados mismos no vacilan en dar á conocer el juicio que cada cual ha formado acerca del negocio en que se le consulta. Los electores votan públicamente á favor del candidato que les acomoda, y por votaciones nominales resuelven las Cámaras las cuestiones más importantes. Consecuencia de ello es que todas las opiniones, todas las capacidades y todos los deseos sean conocidos y puedan ser bien apreciados, y que todos sepan á quién deben estimar ó aborrecer, á quién dar ó retirar su apoyo ó su voto.

La justicia en Inglaterra no solamente es pronta y fácil; no solamente es desapasionada, suave y sin ceño; es, además, gratuita. El servicio de los abogados, de que se precinde en infinidad de negocios pequeños, es el único que cuesta á las partes, y cuesta allí mucho. Todos los demás funcionarios sirven sin exigirles nada. Los jueces de paz, los constables mayores, los coronarios, los jurados desempeñan sus respectivos cargos *gratis et honore*. Los sueldos de los jueces de derecho los paga el Estado. Y todos los demás gastos los sufraga el condado, incluso los que haya tenido que hacer el acusador por sí y por sus abogados, é incluso tambien los que cause la indemnizacion á los testigos, á los cuales se abona siete y medio chelines por día y, además, los costes de viaje. ¡Qué extraño, pues, que allí los tribunales de justicia exciten sólo respeto, amor y veneracion... mientras que los nuestros infunden miedo, si es que no espanto y horror!

Pero, entiéndase bien, aquel amor y veneracion lo ganan en Inglaterra los tribunales del fuero comun, que conocen siempre en juicio oral y público y con asistencia del Jurado. Hay todavía allí tribunales privilegiados, restos añosos del feudalismo, que juzgan *modo canonico*, huyendo de la publicidad y del Jurado: á todos los cuales se les mira allí de mal ojo y con desfavorable prevencion. De lo cual se infiere, sin gran esfuerzo, que lo que ha conquistado el amor y el respeto á los tribunales de justicia, es la bienhechora institucion del Jurado.

Enero 6 de 1883.

Sr. D. Enrique Taviel de Andrade:

«Muy señor mio: He tenido la honra de recibir el número de LA AMÉRICA que Vd. tuvo la fineza de enviarme, y en él he visto con sumo agrado el artículo firmado por Vd., Abundando Vd. en los mismos sentimientos de amor y unión que hoy dominan en todas las Repúblicas Sur-americanas, y muy especialmente en la que tengo la honra de representar en esta corte, no puedo menos que aplaudir con toda la efusión de mi alma, la expansión de esos sentimientos con frases tan correctas y galanas. Por lo demás, me parece que cada día se va haciendo más notoria la necesidad en que estamos las antiguas colonias americanas y la madre patria de estrechar nuestras relaciones, de robustecer los vínculos que nos unen y de ayudarnos recíprocamente para llegar al puesto que nos corresponde, si se tienen en cuenta nuestro número, la extensión del territorio que ocupamos, y sobre todo, las cualidades viriles de nuestra raza.

¡Quiera Dios que las ideas por Vd. expresadas sigan teniendo en este país el desarrollo que han empezado a tener de algunos años á esta parte, para que veamos pronto convertidas en realidad éstas que hasta ahora no pasan de ser generosas aspiraciones de patriotismo.

Reciba Vd. mis sinceras felicitaciones y créame su muy atento y seguro servidor Q. B. S. M.,

CÁRLOS HOLGUIN.»

Como se ve, españoles y americanos, ligados por una tradición común, prestan su concurso á la propaganda iniciada por el Sr. Varela hace dos años con ardor y entusiasmo; propaganda que tiene por objeto establecer una alianza perdurable entre las Repúblicas americanas y España.

M. PEREZ RUANO.

## EL ESPIRITU DE LA REVOLUCION ANTES Y DESPUES DE 1789.

## I

El siglo XVIII se resume en una idea.

Los filósofos Voltaire, Rousseau, Diderot han dicho á los reyes y á todas las clases privilegiadas: vosotros no merecís el honor de gobernar, de dirigir á los hombres, porque no sois ni los más laboriosos, ni los más ilustrados, ni los más amantes de la humanidad.

Este pensamiento fué desarrollado bajo mil formas en todas sus obras; y el pueblo, instruido, educado por ellos, destruyó el poder de los que aquellos grandes pensadores habían representado á sus ojos como egoístas y como tiranos.

La Revolución francesa no fué solamente una Revolución política, sino una Revolución en el orden moral, porque cambió las condiciones fundamentales de la sociedad, y redujo á polvo el orden social, teológico y feudal de la Edad Media.

El siglo XVI había producido sucesivamente el Renacimiento, la Reforma y la Filosofía; fué la época de los sábios, de los artistas y de los filósofos, de Rafael y de Lutero, de Shakespeare y de Galileo, de Moliere y de Leibnitz, hasta el siglo siguiente. Entonces los hombres comenzaron á dudar de lo que habían creído: Shakespeare concibió la duda, representada por Hamlet, como más tarde Werther y Fausto, Child-Harold y D. Juan siguen la sombra de Hamlet.

La filosofía de la duda, la poesía de la duda, se extendieron por la Europa; la duda les inspira, como inspiró Goethe y Byron.

La última consecuencia del protestantismo de Lutero y la última consecuencia de racionalismo de Descartes es, después del escepticismo absoluto de Hume, la demostración dada por Kant, que la razón pura no puede absolutamente demostrar nada.

De suerte que, por lo absoluto de este principio, la razón humana ha sido conducida, de Lutero á Descartes, de Descartes á Hume y Kant, á la duda más absoluta.

Y este principio, tomado absolutamente, en filosofía destruye la razón, y en política destruye la libertad, por más que tremolen sus estandartes.

Duda, incertidumbre, fatalidad; ved la razón profunda de toda cosa en este tiempo.

En el siglo XVII Pascal es insensible á las tentaciones de reformar las leyes que habían surgido una á una en el espíritu de Montaigne, pero acepta todo su escepticismo sobre la ley natural, condensa y redobla cada una de las mofas de Montaigne, funda como éste la legislación sobre las costumbres; habla de la fantástica justicia que limita un río ó una montaña; verdad más allá de los Pirineos, error más cerca, son rasgos transportados de los *Essays* de Montaigne á los *Pensamientos* de Pascal.

En el siglo XVIII, al contrario, todos los argumentos críticos de Montaigne contra las leyes escritas de su tiempo, son propagados; pero los filósofos refutan su negación de la ley natural. Voltaire lo dice, Rousseau lo repite, dirigiéndose directamente á Montaigne, y encuentra en el hombre los derechos que le pertenecen; afirman este gran principio, esta gran creencia de una ley natural para todos los hombres que, una vez reconocida, obliga á todos, y de la cual dimanar los derechos que ningún poder puede arrebatar á la conciencia humana.

Es una idea que desde la antigüedad romana proclamó el poeta Terencio en su famosa máxima: *Homo sum, nihil humani a me alienum puto.*

«Todas nuestras instituciones, dice un escritor inglés, las más sabias y útiles de nuestras leyes han sufrido embates y desperfectos por parte del despotismo ministerial. Todas las obras exteriores de nuestra Constitución fueron muchas veces destruidas por los aunados esfuerzos y mañosas arterias de los enemigos de la libertad, y no pocas veces llegaron á socabar los cimientos de las fortalezas que nuestros antepasados levantaron para defensa de nuestros derechos. Un sólo fuerte resistente y ha venido de generación en generación, erigido é incontrastable, resistiendo á las tempestades y los asaltos. Si la Inglaterra es aun nación libre; si es rica y se ve floreciente más que otros Estados de Europa, se lo debe á esta fortaleza del pueblo, á este inconquistable alcázar de la Constitución inglesa, á la institución del Jurado, que cada inglés debe defender hasta el último aliento de su vida.»

Pues téngase en cuenta que esa opinión no es peculiar de los escritores públicos y de los hombres políticos, no: de esos mismos sentimientos, de esa misma convicción participan en Inglaterra los altos y los bajos, el pueblo y la aristocracia, los que juzgan y los que pueden ser juzgados, todo buen inglés. Véase en que términos se expresa acerca del Jurado, Blakstone, que era uno de los magistrados más respetables y respetados del que pudiera llamarse en Inglaterra Tribunal Supremo: el del Banco del Rey:

«Hemos explicado menudamente la excelencia de ese modo de proceder en los asuntos civiles; pero esa excelencia es mayor, si cabe, en los negocios criminales. En tiempos de turbulencias deben temerse más la arbitrariedad, y la prevención y los desafueros, por parte de los jueces de nombramiento real, en la decisión de las causas criminales, que en la resolución de las cuestiones civiles. Por eso nuestras leyes colocaron sabiamente ese doble muro, el Jurado de acusación y el de sentencia, entre la libertad del pueblo y las prerogativas de la Corona. Era necesario, para conservar nuestra Constitución, dar al Rey el poder ejecutivo; pero este mismo poder hubiera sido peligroso para la misma Constitución, si obrase arbitrariamente, por medio de jueces y magistrados de su elección, que pudieran, como sucede en España y en Turquía, prender, desterrar y aún condenar á muerte á cualquier hombre sospechoso para el Gobierno, sin más requisito ni otra fórmula que la de *Entiendo que debo condenar y condeno*, etc. Los fundadores de nuestra Monarquía constitucional han establecido, con sabia prevision, que ninguno sea obligado á responder ni comparecer en juicio, á instancia del ministerio fiscal ó del poder real, por delito alguno, sin que previamente se estime justa y procedente la acusación por el Jurado mayor y por el voto unánime de doce ciudadanos; quedando después sujeta esa misma acusación al juicio, también unánime, de doce iguales vecinos suyos, elegidos por suerte y exentos de toda sospecha. Hé aquí el *paladium* sagrado é inviolable de nuestras públicas libertades, que no podrán ser destruidas mientras sepamos defenderle, no sólo contra los atentados descubiertos, que de nadie, por muy temerario que sea, deben temerse, sino contra todas las secretas maquinaciones, por medio de las cuales quisiera intentarse el menos-cabo ó la ruina de nuestras liberales instituciones.»

Dichoso país, en el que los más poderosos, las ilustraciones y las riquezas, se aunan con el pueblo y rivalizan con él para el sostenimiento de instituciones y para la adopción de leyes y de mejoras que mantengan vivo el fuego del amor á la libertad y á la patria!

TOMÁS RODRIGUEZ PINILLA.

## ALIANZA HISPANO-AMERICANA.

Llega á nuestros oídos una noticia que nos llena de placer, no solo porque una vez realizada será el complemento de la propaganda que estamos haciendo en LA AMÉRICA desde su fundación, sino porque su realización importaría para España otra conquista, que podría completar el descubrimiento de América hecho bajo sus auspicios.

La noticia es esta: varios españoles y americanos, de alta posición los unos, patriotas todos, van á fundar una asociación—que tendrá su órgano oficial en la prensa—con el objeto de trabajar por la gran alianza hispano-americana, alianza de todas las Repúblicas entre sí y de esta vieja España, que les dió la sangre, el idioma y tradiciones. que á pesar de la lucha pasajera de la independencia, son tradiciones comunes á todos los pueblos de raza española.

Una primera reunión ha tenido lugar ya en casa del conocido publicista argentino, Sr. Varela, á la que nos cupo el honor de asistir.

El pensamiento no puede ser más hermoso, más patriótico, más español, ni más oportuno el momento para realizarlo.

De continuo ocupados de nuestras cuestiones políticas, apenas si de vez en cuando volvíamos la vista á las Repúblicas americanas, y si lo hacíamos era para ocuparnos de sus luchas y trastornos, jamás de sus progresos y adelantos, y mucho menos de la transformación completa operada en muchas de ellas, donde el establecimiento de Go-

biernos regulares, elegidos en nombre de la libertad del sufragio amparado por la ley, ha venido cimentando el orden y la paz de que en la actualidad disfrutan casi todas esas Repúblicas.

Pero de dos años á esta parte sucede entre nosotros todo lo contrario, y la prensa española se contrae con verdadero interés á ocuparse, no sólo de la situación de aquellos pueblos, hijos nuestros, sino de los hombres, haciéndolos conocer aquí, donde antes ni su existencia era conocida.

Esta actitud de nuestra prensa ha dado por resultado práctico que en España se conozca y comprenda la importancia que la América tiene: el desarrollo fabuloso de su comercio, los millares de millones que su producción representa, el aumento siempre creciente de su población, los progresos que allí se realizan—habiendo capitales que tienen ya tanta población como Madrid—el grado de cultura que han alcanzado y el valor intelectual de los hombres que figuran en la política, la literatura, la ciencia, la poesía y las artes.

Ante la evidencia de esta realidad consoladora, los hombres pensadores de uno y otro país, de España y América, han comprendido que llega el momento histórico de iniciar una alianza franca y cordial entre las repúblicas sud-americanas y España, alianza que á nadie conviene más que á las primeras, y que debe empezar por celebrarse entre ellas mismas, acabando con el aislamiento en que hoy viven, aislamiento que las deja constantemente expuestas á ser víctimas de la arrogancia y los ataques de los que creen que la justicia está en los cañones, y hacen figurar bombardeos como el de Alejandría en la categoría de los acontecimientos que el derecho internacional prescribe y justifica.

Celebrada esta alianza entre las Repúblicas americanas, vendría la alianza de éstas con España. Es la tarea que van á iniciar los honorables patricios que tuvieron ya una primera conferencia en casa del Sr. Varela, tarea á la que desde luego prestamos nuestro apoyo más caluroso, comprendiendo todas las ventajas que para nuestra patria tendrá ese gran concierto de voluntades entre hombres que tienen un mismo origen, hablan el mismo idioma y llevan en sus venas la misma sangre.

Campeón entusiasta de estas ideas el señor Taviel de Andrade, acaba de recibir las dos cartas, cuyas copias nos ha facilitado, que gustosos insertamos á continuación, una del ministro de Venezuela, del colombiano la otra.

Dicen así:

«Sr. D. Enrique Taviel de Andrade.

Muy señor mio y estimado amigo: Con plena satisfacción he leído el patriótico y elocuente artículo que ha escrito Vd. y publicado en LA AMÉRICA última, con el noble propósito de afirmar cada vez más la paz y estrechar la unión y la concordia de la raza española esparcida en ambos continentes. Verá Vd. muy en orden las felicitaciones cordiales que por ello me apresuro á tributarle, desde que traiga á la memoria que soy el representante de la nación sur-americana que más ha trabajado en ese sentido, y que mis actos oficiales y amistosos desde que me hallo en Madrid, vienen dando testimonio de que me complace en ser intérprete leal del espíritu que animan acerca de este punto, al Gobierno y al pueblo de Venezuela.

Después del hecho harto significativo de haber sido Venezuela la primera república hispano-americana que tendió mano de amiga á la antigua madre patria, desarraigando del ánimo,—para relegarlas exclusivamente á la historia,—todas las extrañezas y desazones que hubiera engendrado la época de la revolución independiente, su actitud en todas las circunstancias y sucesos posteriores que hayan podido tener alguna relación con España, le ha conservado una fisonomía invariable, armónica en un todo con aquel espíritu y propósitos que dejo relacionados.

Hoy mismo, en la lamentable diferencia surgida entre Venezuela y su hermana Colombia acerca de la delimitación de sus respectivos territorios, ha sido de la España de quien primero se ha acordado Venezuela para poner en manos de su ilustrado Soberano la decisión del punto controvertido, y se adelantó á proponerle como árbitro *juris* á su contrinente, y así tiene Vd. ya en Madrid á los Plenipotenciarios de una y otra República solicitando del Jefe de la nación española que acepte ser el mediador y el juez en las cuestiones que perturban á las antiguas hijas de esta Metrópoli que pobló aquellas regiones con su propia raza y las dotó con la misma lengua y la misma religión,—lazos que no rompe la discrepancia de conceptos políticos ni aún en el seno de una misma nación. Y no puede esperar Venezuela, ni Colombia á su vez, sino que la presurosa diligencia de S. M. el Rey en manifestar su asentimiento, dé prenda, á una y otra República, de que los sentimientos de España armonizan con los fraternales de unión, concordia y solidaridad que inspiran á los pueblos de la América española.

He querido espaciarme en las anteriores consideraciones para que comprenda Vd. bien, señor de Andrade, cuán estrecho y leal es el apretón de mano que le doy al ver que continúa Vd., como de antiguo, poniendo sus grandes talentos, su legítima influencia y el notorio patriotismo de sus altas miras, al servicio de propósitos en que están vinculados el porvenir, la gloria y la salvación de nuestra raza.

Sírvase Vd. aceptar la expresión de sincero afecto con que me suscribo, su más afectuoso y seguro servidor y amigo Q. B. S. M.,

EDUARDO CALCAÑO.»

Aquel estado de duda no podía durar. Se ha llegado á creer que sería útil al género humano emplear un sistema uniforme de pesos y medidas; ¡y cómo no se había de sentir la necesidad para una nación de tener un sistema uniforme de creencia moral y un criterio común de verdad y de certidumbre!

El espíritu humano no puede concebir la realidad sin el ideal; no concibe el desorden, sino porque aspira al orden; no cree en la casualidad, porque está en su naturaleza de creer en la Providencia; no es ateo, porque está grabada en su conciencia la inmortalidad del alma y la creencia en Dios.

Todas estas ideas de finito absoluto, de presente absoluto, de desorden absoluto, de causalidad absoluta, de ateísmo, en fin, son ideas negativas, que no tienen por ellas mismas ninguna existencia.

El verdadero carácter de la Revolución francesa, abstracción hecha de la forma que revistieron los sucesos, no fué más que un conflicto armado de las diversas opiniones religiosas y filosóficas del siglo XVIII.

En esta lucha terrible es fácil de reconocer las doctrinas divergentes y confusas, aunque tendían al mismo fin, que habían ocupado el espíritu humano antes de 1789.

A pesar de las transformaciones que sufrieron para pasar de la esfera de las teorías á la realidad viva de los hechos, se ven marcadas las tendencias de principios contrarios: el ateísmo de Holbach, el deísmo epicúreo de Voltaire, el deísmo cristiano de Rousseau y todos los matices de estos principales sistemas.

La Convención, á la cabeza de sus tablas de la ley, grabó estas palabras:

«El pueblo francés proclama, en presencia del Sér Supremo, la declaración siguiente de los derechos del hombre y del ciudadano.»

Robespierre, inspirado por Rousseau, quiso poner en práctica las teorías del filósofo.

En el proyecto de *Declaración de los derechos*, adoptado en la Sociedad de los Jacobinos en la sesión de 21 de Abril de 1793, y presentado á la Convención en la sesión de 24 de Abril, Robespierre pronunció estas palabras:

«No en vano la Convención ha proclamado la declaración de los derechos del hombre en presencia del Sér Supremo. La idea de un gran sér, que vela por la inocencia oprimida y que castiga el crimen triunfante, es popular. El ateísmo es aristocrático (*Vivos aplausos*). El pueblo, los desgraciados me aplauden; si yo encontrase censores, sería entre los ricos y entre los culpables...»

Este sentimiento está grabado en todos los corazones sensibles y puros; él anima en todos los tiempos los más magnánimos defensores de la libertad...

El último mártir de la libertad exhalaría su alma con un sentimiento más dulce, descansando sobre esta idea consoladora... La idea de su poder incomprendible, el espanto del crimen y el sosten de la virtud, á quien se complace de rendir homenajes, que son otros tantos anatemas contra el crimen triunfante.»

En un discurso pronunciado en la Convención, decía: «No tengo necesidad de afirmar que no se trata aquí de hacer el proceso á ninguna opinión filosófica en particular, ni de negar que tal filósofo puede ser intruso, cualesquiera que sean sus opiniones, y, aún á pesar de ellas, por la fuerza de un natural feliz ó de una razón superior; se trata de considerar solamente el ateísmo como antinacional y ligado á un sistema de conspiración contra la República...»

La idea del Sér Supremo y de la inmortalidad del alma es una apelación continua á la justicia; ella es, pues, social y republicana.

No digas ¡oh Brutol! que la virtud es un fantasma.

Y vosotros, fundadores de la República francesa, guardaos de desesperar de la humanidad, ó de dudar un momento del éxito de nuestra grande empresa... *El fundamento único de la sociedad civil es la moral.*

Este discurso se fundaba sobre *La necesidad de las ideas religiosas y morales* (7 de Mayo de 1794), y la Convención decretó varios artículos sobre la institución de fiestas dignas para elevar el pensamiento del hombre á la divinidad y á la dignidad de su sér, que recordasen los sucesos más gloriosos de la Revolución, las virtudes más útiles al hombre, de los más grandes bienhechores de la humanidad.

Las fiestas eran las siguientes: Al Sér Supremo y á la Naturaleza.—Al género humano.—Al pueblo francés.—A los mártires de la libertad.—A la libertad y á la igualdad.—A la República.—A la libertad del mundo.—Al amor de la patria.—Al odio de los tiranos y de los traidores.—A la verdad.—A la justicia.—Al pudor.—A la gloria y á la inmortalidad.—A la amistad.—A la frugalidad.—Al valor.—A la buena fé.—Al heroísmo.—Al desinterés.—A la fé conyugal.—Al amor paternal.—A la ternura maternal.—A la piedad filial.—A la infancia.—A la juventud.—A la edad viril.—A la vejez.—A la desgracia.—A la agricultura.—A la industria.—A nuestros abuelos.—A la posteridad.—A la felicidad.

¡Magnífico esfuerzo, candor sublime del alma de aquellos gigantes actores del terrible drama de la Revolución!

La Asamblea Constituyente fué la mezcla confusa de opiniones heterogéneas, entre las cuales, si alguna dominaba, era el deísmo epicúreo de Voltaire, cuyo espíritu se había propagado y mantenido, aún en el seno mismo de la Convención, en el partido de los girondinos.

Después del 31 de Agosto, signo de la destrucción del antiguo régimen, vino el 31 de Mayo, la Constitución definitiva del régimen republicano, y la desaparición de los girondinos; la Convención se dividió todavía, porque Hebert, Chaumette y la commune, de un lado, representaban un ateísmo sistemático; Danton, Camilo Desmoulins y los franciscanos representaban un materialismo que no tenía la pretensión de ser un sistema, y cayó, por consecuencia, en la corrupción y la impotencia; en fin, Robespierre, Saint Just y los jacobinos eran deístas, discípulos de Rousseau, y tuvieron la osadía de querer introducir, por la fuerza, la religión formulada en *El Contrato social*, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, contando constituir sobre esta base, que creyeron sólida, todo un sistema moral y político.

Apenas Hebert, Chaumette y sus partidarios, Danton, Camilo y sus adherentes fueron inmolados por el Comité de Salud Pública, Saint-Just presentó á la Convención un proyecto de ley sobre las instituciones civiles, porque sin ellas, dijo, no podía existir libertad duradera. «El espíritu humano está hoy enfermo. No imiteis nada, pero no despreciéis nada del que ha existido antes de nosotros. Así fundareis un poderoso imperio con la audacia del génio y el poder de la justicia y de la libertad vencedoras, para extenderse por el mundo. La aristocracia está de duelo é indignada, porque habéis reconocido la divinidad.»

Billaud-Varenes expuso la teoría del gobierno democrático, definió la idea de sociedad y de República, mostrando la solidaridad social.

La sociedad es un cambio diario de socorros recíprocos. La República es la fusión de todas las voluntades, de todos los talentos, de todos los esfuerzos, de todos los intereses. Haced desaparecer la lepra de la indigencia, ahorrad al indigente la necesidad de hacerse culpable. Tomad al hombre, desde su nacimiento, para conducirlo á la virtud. ¡Que la patria madre común estreche indistintamente en sus brazos á todos sus hijos! ¡Que sus desvelos se extiendan hasta los últimos días de la existencia!

Robespierre presentó un magnífico proyecto sobre la necesidad de las ideas religiosas y morales, en armonía con los principios republicanos.

Todo lo que el siglo XVIII había producido de ideas orgánicas, estaba agotado. La escuela de Rousseau había venido después de la escuela de Voltaire y de la escuela de Montesquieu. Por Robespierre y Saint-Just, la Revolución salida del siglo XVIII llegó á su zenit, y es el honor histórico de los jacobinos el de haberse elevado á la más alta concepción del carácter de la Revolución.

De todos los hombres que surgieron entonces para destruir el pasado, Robespierre y sus amigos fueron los únicos que se atrevieron á concebir lo que Robespierre nombró la ambición generosa de fundar sobre la tierra la primera verdadera República, y que intentaron elevar al estado de religión «este amor sagrado de la patria; este amor más sublime y más santo de la humanidad, sin el cual una Revolución no es más que un crimen que destruye otro crimen.»

Quiso constituir la majestad de un gran pueblo feliz por el digno sentimiento de su fuerza, de su gloria y de su virtud.

## II

Mucho se ha hablado y se ha escrito de este gran siglo, empujado por unos, menospreciado ó maldecido por otros; pero el siglo verdadero permanece en pie sobre su inquebrantable pedestal, respetado y bendecido por las inteligencias dignas de comprender los inmensos beneficios que produjo á la humanidad, emancipada del yugo ignominioso de vetustas supersticiones y de nefandas servidumbres; que escribió el grandioso preámbulo de la declaración de los derechos, el prefacio magnífico de la Revolución francesa, que le ha hecho inmortal.

No se puede negar con justicia que Fontenelle ejerció notable influencia sobre su siglo, que preparó el camino para el porvenir, porque su *Historia de los oráculos* ofreció campo anchuroso á reflexiones útiles. A pesar de su circunspección proverbial, que se explica perfectamente, atendiendo á la época en que él escribía, expresó opiniones que contenían en germen temeridades filosóficas; popularizó y secularizó las ciencias, demostrando que podían y debían unirse á las letras y á la filosofía; y esta idea fué la base misma de la *Enciclopedia*, del gran monumento del siglo, y de la organización del Instituto por la Convención, el que fué, como se ha dicho, la Enciclopedia realizada.

La vida del abate de Saint-Pierre está compuesta de contrastes. Nacido en Normandía, publicó un proyecto para disminuir el número de los procesos. Vivía bajo el reinado de Luis XIV, y propuso la gran idea de la paz perpétua; había sido discípulo de los jesuitas, y su carácter era independiente; prelado, fué un libre pensador; en fin, aunque hijo de un marqués, declaró su hostilidad contra la nobleza hereditaria.

El abate de Saint-Pierre tuvo el mérito de pro-

poner la sustitución de un estado jurídico al estado de lucha y de barbarie, que, después de haber reinado entre los individuos en la Edad-Media, reina y reinará todavía entre las naciones.

Soñó otras reformas, que hoy, en parte, se encuentran realizadas. La del catastro, la del impuesto, la publicidad oficial, el *Monitor*, la extinción de la mendicidad, la de hacer los caminos practicables en invierno; la enunciación de esta idea demuestra claramente el estado deplorable de las vías de comunicación. El abate olvidó la libertad de la prensa, y se mostraba en esto sólo fiel á la tradición, porque quería hacerlo todo por el gobierno, y no pensaba en el partido que se podía alcanzar de la iniciativa individual ó colectiva.

El juicio severo que pronunció después de la muerte de Luis XIV, tuvo una gran resonancia, y produjo un verdadero escándalo. «Se podrá bien, decía el abate, dar á Luis XIV el sobrenombre de Luis el Poderoso, de Luis el Temible, porque ninguno de sus predecesores ha sido tan poderoso, ni se ha hecho tan temido; pero los menos hábiles no le darán nunca el nombre de Luis el Grande, y no confundirán nunca el gran poder con la verdadera grandeza.»

Es que este gran poder, á menos que no haya sido empleado en procurar grandes beneficios á los hombres en general y á los súbditos y á los vecinos en particular, no harán nunca un hombre muy estimable. En una palabra: ¡el gran poder solo, no hará nunca un grande hombre!

«Vosotros os habeis estremecido, señores, al oír este pasaje,» gritaba el cardenal Polinac, invitando á los académicos á la expulsión de su colega.

Fontenelle votó solo contra la expulsión. Los académicos que habían incensado al monarca vivo, debían adularle muerto, para justificar, al menos, sus serviles lisonjas pasadas; pero el regente, duque de Orleans, sin atreverse á defender al abate, no permitió que la Academia le eligiera sucesor.

Voltaire declaró la guerra más encarnizada á los abusos y á las preocupaciones de toda especie; lo que constituye su gloria y justifica el odio siempre vivo que va unido á su memoria y á sus obras, que las más inofensivas, en apariencia, como la *Historia de Carlos XII*, no pudieron ser publicadas libremente en Francia.

Este filósofo se preocupó de las reformas que debían realizarse, de la práctica sobre todo; defendió la libertad de la prensa, la libertad de conciencia; protestó contra la barbarie del procedimiento criminal, contra la esclavitud y la servidumbre.

La verdadera filosofía de Voltaire tendía á la acción, y era fecunda en beneficios para la humanidad. Fué encerrado en la Bastilla, la fortaleza del despotismo, demolida por la revolución.

El amigo del gran Federico de Prusia publicó numerosas obras literarias y filosóficas; y cuando la opinión pudo tomar la dirección de los negocios públicos, ya se encontraba esclarecida sobre las reformas posibles y necesarias. Los cuadernos de los Estados generales atestiguaron, por la unanimidad de votos, á qué punto de madurez había llegado el espíritu público, y con qué precisión y claridad la Francia de aquella época sabía lo que ella quería; y lo que quiso desde luego, lo había aprendido en la escuela de Voltaire.

Hemos dicho que este filósofo había sido encerrado en la Bastilla, y debemos notar que tenía entonces veintidós años, y sufrió esta iniquidad por una composición en verso, que terminaba así:

J'ai vu ces maux et je n'ai pas vingt ans.

En la Bastilla compuso su poema la *Enriada*, é hizo estos dos versos sobre su domicilio:

Dans cet affreux chateau, palais de la vengeance,  
Qui renferme souvent le crime et l'innocence.

Voltaire guardó largo tiempo rencor contra sus perseguidores.

Se decía de la Bastilla, que era el hotel de los grandes señores y de los literatos.

Saint-Evremond, Mirabeau, Voltaire, Diderot, Marmontel, D'Arnaud, fueron encerrados en ella. Mirabeau, que la habitó, así como otras prisiones, elevó á un millar el número de las personas presas por la arbitrariedad real ó ministerial. Cuenta que encontró tres maridos, cuyas mujeres habían obtenido del Gobierno la orden de prisión de *estos criados condecorados*. Así calificaba Mirabeau, en su estilo, á los grandes señores.

El siglo XVIII fué un siglo de independencia absoluta y de crítica universal. Llevó el espíritu de exámen á todas las cuestiones; conmovió todas las bases del antiguo orden social; pero sobre las ruinas del mundo viejo, que pretendía destruir, aspiraba á crear un mundo nuevo. Se marcan dos períodos en su historia: el uno más literario, el otro más filosófico; el primero se distinguió por el *Gil Blas*; las *Memorias*, de Saint-Simon; *El siglo de Luis XIV*, la *Historia de Carlos XII*, *Zaira*, *Merope*, de Voltaire; *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu; las *Reflexiones*, de Vauvenargues, y la *Teoría de la tierra*; el segundo resaltó por el famoso libro del *Espíritu*, de Helvétius; la *Historia filosófica*, del abate Raynal; la *Moral universal*, de Holbach; la célebre *Enciclopedia*, de Diderot y de Alembert; el *Contrato social*, de Rousseau, del gran ciudadano de Ginebra, embriagado de virtud, que tenía la sed de la verdad. Rousseau y el abate Mably fueron los imitadores de la antigüedad; su sueño fué el de transformar á los franceses de aquella época en romanos y espartanos; la escuela inglesa era representada por Voltaire y Montes-

quieu; Voltaire representó mas especialmente la libertad religiosa, y Montesquieu la libertad política; y ejercieron tan grande influencia en la Revolución, que los discursos de Robespierre estaban inspirados en el *Contrato social*, y los de Mounier en el *Espíritu de las leyes*, de Montesquieu.

Los pensadores del siglo pasado quisieron resolver los grandes problemas de religion, de filosofía, de economía política y de legislación. Había entre ellos deístas y ateos, espiritualistas y materialistas, partidarios de la protección y apóstoles de la libertad de comercio.

¿Qué poderes, qué institución, qué autoridad era entonces respetada y respetable? Instituciones y personas, todo estaba corrompido y despreciado, y reclamaba una reforma, digamos más bien una regeneración completa. ¿Qué hombre de buen sentido, de rectitud, de conciencia, podía inclinarse delante de la monarquía, encarnada en Luis XV, y de su favorita la Dubarry?

Para apreciar á Montesquieu, si se consulta la historia contemporánea, se admira la base filosófica que daba á la justicia y á las leyes, cuando se oye al abogado general Seguier gritar en pleno Parlamento: «Léjos de nosotros el pensamiento de hacer prevalecer las ideas de equidad natural.»

Hay que tener cuenta de las preocupaciones que reinaban en aquel tiempo, para comprender su valor, luchando contra los abusos y los vicios más inveterados. El escritor que los denunciaba se exponía á ser desterrado ó preso, y se veía obligada á imprimir sus obras en el extranjero; así, el *Espíritu de las leyes* fué impreso en Ginebra, *Cartas persas* en Colonia y la *Enriada* en Londres.

El Parlamento perseguía sin piedad lo que no era de su agrado. Dió un ejemplo cruel en el célebre proceso de Dupaty, abogado del Parlamento de Burdeos, que hizo una Memoria sobre tres presos condenados al tormento de la rueda, que él juzgaba inocentes; el Parlamento hizo borrar de la lista al abogado, y su Memoria fué quemada.

La justicia criminal era, después del impuesto, la parte más mala de la legislación. Es preciso llegar hasta Montesquieu para encontrar un publicista que protestara contra la crueldad de las penas. Montesquieu fué el primero que encontró la ley filosófica del derecho penal.

El génio de Montesquieu inspiraba á Beccaria, cuando pidió penas más dulces. A los filósofos franceses, porque Beccaria fué su discípulo, se debe la introducción de las leyes de humanidad en las leyes criminales, y la soberanía en la vida civil y política.

No hay en el siglo XVIII un libro de que la Francia se honre, que no haya sido proscrito. Voltaire vivió en el destierro; Montesquieu se vió reducido á imprimir sus obras sin poner su nombre. Diderot y Rousseau fueron perseguidos como criminales.

Pero todas estas persecuciones fueron impotentes para matar las ideas que, comprimidas por la violencia de poderes opresores, produjeron grandes catástrofes y revoluciones sangrientas, que convirtieron en ruinas y en polvo las viejas instituciones. Esta es la lógica inflexible de la historia.

EUSEBIO ASQUERINO.

## CUADROS ROMANOS.

### YUGURTA.

*Lento gradu ad vindictam sui  
dixino procedit ira, tarditatem  
supplicii, gravitate compensat.*  
V. MÁXIMUS.

### I

#### CONSEJOS.

Acababa de perecer Numancia, la heroica ciudad apellidada por Bossuet *Segundo terror de los romanos* (1). A la luz del sol que se trasponía, estaba contemplando Scipion Emiliano con lástima intensa, hasta con remordimiento, los carbonizados restos de su víctima sublime y pensaba que era demasiado singular, demasiado terrible destino el suyo, que por base de su renombre ponía la destrucción de dos memorables ciudades (2). Exaltándosele la imaginación, le parecía ver en las paredes que á lo lejos se alzaban téticamente sobre los escombros de los edificios, espectros que, clamando por venganza, tendían al cielo sus brazos; los susurros del aura le sonaban como gemidos exhalados desde aquel ensangrentado cementerio, desde aquel tremendo altar erigido á la libertad. «¡Roma, angusta madre, exclamó Scipion, como hijo y militar, te obedecí extrictamente, exigiendo á Numancia su independencia ó su vida; mas ¡cuánto deploro que no le hubieses brindado tu amor, que tan bien merecía! ¿Nos perdonará Nemesis esta inmolación?»

Acercóse en esto á Scipion un jóven de moreno y admirable rostro, de ojos donde fulguraban la resolución y la inteligencia, de cuerpo en el

cual se reunían el vigor y la gracia: era Yugurta, sobrino del rey númida Micipsa. Ningun ginete de su patria, con tenerlos tan hábiles ésta, manejaba como él un caballo; ningun guerrero le superaba en intrepidez ni en el uso de las armas; no conocían los tigres y leones más feliz enemigo. En la tienda de campaña y el taller, en el palacio y la choza, narrábanse sus proezas, se enaltecían sus dotes, lamentaban que no rigiese el Estado un héroe capaz de proporcionar á Numidia deslumbradores días de gloria y poderío.

Sentáronse en una piedra Yugurta y el ilustre caudillo romano. Así habló éste con solemne tristeza:

—Yugurta, ya he cumplido contigo como jefe tuyo, participando al Senado cuán preciosos servicios te debe Roma; felicitando á tu tío por tener sobrino de tanto mérito y ciñendo tus sienes con bien ganada corona.

—Tu aprobación y tu afecto son para mí la más alta recompensa.

—Ahora llega el turno del amigo, del que te profesa leal y profundo cariño. No puedo verte partir sin hacerte advertencias que dirigiría á un hermano, á un hijo. Los dioses te han concedido magníficas dotes de cuerpo y alma; pero, ¡ay! han permitido que con ellos se mezcle la ambición. Más difícilmente la vencerás que á las fieras de tu país; pero, si quieres, tuya será la victoria, que en tu corazón cabe esfuerzo para las más graves empresas. Es la ambición una hidra que señala con catástrofes su paso. Ahí tienes á Numancia: florecía venturosa, llena de vida y dignidad: la ambición de Roma clavó en ella sus ávidas pupilas y desapareció Numancia envuelta en sangre y llamas. ¿Qué ha ganado Roma? Destruir á la que hubiera podido convertir en excelente aliada, dar un paso más hacia el abismo en que ha de sepultarse. Sabe Júpiter con qué desolación de alma lo preveo. Medita, medita, caro amigo, la tragedia de Numancia, que mucha enseñanza contiene.

Sé que varios intrigantes de mi ejército han estimulado tu ambición, te han aconsejado que, al morir tu tío, olvides que deja dos hijos, y empuñes el cetro, para el cual es tan á propósito tu diestra.

—¿Me crees capaz de una usurpación?

—La embriaguez de la pasión y los malos consejos hacen prodigios. Desecha nocivas sugestiones, respeta el derecho, respeta á Roma que, en medio de su creciente corrupción, en medio de sus crímenes, aun conserva virtudes, aun recuerda que es la madre de Cincinato. Pactos antiguos la ligan con Micipsa, y sabrá cumplirlos. Si, como te han dicho, hallarás senadores á quienes sobornar, tropezarás con otros que reprueben la usurpación, apoyados por el pueblo. En cuanto á realizarla á viva fuerza, pugnando con Roma, ni lo sueñes; tanto diera luchar con Júpiter.

Mil ocasiones de obtener fama te reserva tu mérito, el cual es imposible que te deje en la oscuridad. Piensa en la íntima y serena satisfacción que nos ofrece el voluntario cumplimiento del deber; piensa en la gloria del varón que, á la manera de Cincinato y Epaminondas, es la providencia de su patria en días de tribulación; y dispada ésta, es en el hogar un modelo que, llenas de veneración, admiran las familias. La justicia humana dormita á veces; Némesis, ¡nunca, nunca!

Tras haber lidiado juntos y haber disfrutado juntos de gratas horas, nos vamos á separar acaso para siempre: tal es la vida. Recuerda mis consejos; recuérdalos en obsequio mio siquiera. Mi alma te seguirá desde lejos para llorar tus extravíos, ó regocijarse con tu cordura, con tus proezas.

—Ilustre amigo, jamás olvidaré tus consejos, te lo juro.

En esto pasó por encima de Numancia una lechuza, lanzando siniestro chillido. Sobrecogiéronse ambos guerreros,—que era extremada la superstición en aquel tiempo—y silenciosos, pensativos, se encaminaron al campamento.

### II

#### CARTA DE LUCIO BALNEATOR.

Lucio Balneator á su caro amigo M. Bibulo, salud

Al salir de nuestra humilde Pompeya para visitar por vez primera la grandiosa metrópoli de tantos pueblos, no sospechaba que en breve presenciaria nada menos que el triunfo de Mario y la degradación del rey númida Yugurta. Te escribo profundamente impresionado y sintiendo que no corresponda al asunto la pobreza de mis frases.

Sabrás que el rey númida Micipsa, notando el prestigio y la impaciente ambición de su sobrino Yugurta, creyó preservar á sus hijos Hiempsal y Adherbal, nombrando coheredero al popular guerrero, tan señalado ante Numancia. Mas éste, no satisfecho, por medio de unos asesinos hizo degollar al mayor de sus primos y arrollando la resistencia del menor y sus partidarios, se vió dueño de toda la monarquía. Invocada entonces por Adherbal la intervención de Roma, ésta dividió entre los competidores el reino; pero, gracias al soborno, consiguió Yugurta la porción más ventajosa. Sin embargo, con un pretexto, declaró pronto la guerra á su primo y la continuó á despecho de la mediación romana, que distraía con efugios y embustes. Habiendo capitulado en Cirta Adherbal, le hizo matar con torturas extraordina-

rias. ¿Quién hubiera imaginado tanta perfidia y crueldad en el brillante amigo de Scipion Emiliano?

Irritada Roma con el descomedimiento del rey africano y la inmolación de los descendientes de sus buenos aliados Masinisa y Micipsa, envió á Numidia un ejército regido por el venal Calpurnio Bestia, cuyo valor y pericia se aletargaron con el oro de Yugurta. El cónsul Albino, y, más tarde, su hermano Aulo probaron á costa suya el denuedo, la diligencia y astucia de su antagonista; la deshonra del yugo fué impuesta por éste á las legiones de Aulo. A vengar la afrenta voló el íntegro, hábil y valeroso Metelo con tropas superiores á las númidas en esfuerzo y disciplina. En dos reacias batallas conoció la importancia de su enemigo, en ambas venció; pero, después de la segunda,—que duró dos días,—levantó el sitio de Zama. Entonces trató de acabar la guerra seduciendo á Bomílcar para que entregase á Yugurta, de quien era favorito; pero frustróse el proyecto, acarreado la muerte del traidor. ¡Cuán terrible se hizo la situación del usurpador: por un lado, iba perdiendo terreno; por otro, el temor de nuevas felonías le atormentaba de día y, por la noche, perseguíale con horrosas pesadillas! Agravó la turbación de su ánimo un prodigio; hallábase en Thala, previendo con deleite la destrucción del ejército romano que, buscándole, había osado internarse en un vasto desierto. Ya las abrasantes arenas, el sol y, más aun, la sed, la apremiante sed, hacían inevitable la catástrofe, ya no abrigaban esperanza alguna ni jefes ni legionarios, cuando sobrevino copiosa lluvia, más rara allí que amigos en la desgracia. No concluyó todavía la prolongada lucha: Bocco, rey de Mauritania y suegro de Yugurta, dió á éste refuerzos, además de asilo. Thala, antes que rendirse, pereció en las llamas, heroísmo que ha permanecido oscuro, porque la gloria, al premiar, padece distracciones como los soberanos.

Reemplazó Mario á Metelo, y tuvo que hacer grandes esfuerzos de inteligencia y bravura para quebrantar á Yugurta. Sila, notabilísimo teniente de aquel, tan consumado en armas como intrigas, consiguió que Bocco entregase cargado de cadenas á su aliado, á su yerno! Por medio de la traición se había apoderado de Adherbal el usurpador; por medio de la traición había quitado á Hiempsal la vida. Todos estos datos he juzgado oportunos antes de bosquejarte, Bibulo, la ceremonia de ayer: el triunfo de Mario.

Desde el campo de Marte hasta el Capitolio, principio y término de la procesion respectivamente, ¡qué muchedumbre, tan alegre como curiosa, bullía en calles, árboles y tejados! El aroma de flores, profusamente regadas en el suelo, mezclábase con el olor del incienso quemado en numerosos altares. Cesó de improviso el fragor de océano producido por los movimientos, gritos y palabras del incalculable gentío: empezaba el acto. Aparecieron primeramente músicos y cantores, bueyes destinados al sacrificio, los despojos cogidos en la campaña, cuadros con vistas de Numidia, y después, después Yugurta cargado de prisiones! ¡Qué caída, qué magnífico porvenir deshecho! Su rostro parecía petrificado; en sus ojos se descubría un abismo de odio y desesperación impotentes. ¿Cómo vivía ese hombre? Tras él venían lictores con haces coronadas de laurel, hombres disfrazados de sátiros, un pantomimo que con miradas y gestos insultaba al prisionero, individuos con pebeteros encendidos. Estrepitosas aclamaciones saludaron á Mario, que se mostró luego en un carro dorado, del cual tiraban cuatro caballos blancos.

Llevaba una toga de púrpura bordada de oro; en la cabeza, una corona de laurel; una rama de este en la diestra, un cetro de marfil en la siniestra; en el cuello, una bola de oro, como preservativo de la envidia. Un esclavo, ricamente ataviado, se acercaba con frecuencia al oído del general para decir estas palabras: «Acuérdate de que eres hombre.» Rodeaban el carro triunfal ciudadanos vestidos de blanco, los tenientes y tribunos del ejército victorioso. Este, coronado de laurel, ya gritando: ¡*Io triumphe!* ya cantando alabanzas á sí propio y á su caudillo; ya lanzando á éste alguno que otro epigrama, cerraba la procesion. Al avistarse el Capitolio, mandó Mario suspender la marcha para que los lictores condujesen á Yugurta á la cárcel Mamertina, donde según sentencia del Senado, ha de morir... ¡de hambre! Probablemente muchos senadores comprados por él cuando poseía tesoros, apoyaron con su voto tan execrable fallo. Los lictores desgarraron su túnica al prisionero y á empellones le llevaron al lugar designado. Allí, con feroz precipitación le arrancaron los extremos de las orejas por quitarle cuanto antes unas argollas de oro, le desnudaron y, por una abertura practicada en el techo, única que tiene ese calabozo lóbrego ó, más bien, tumba, le arrojaron como una piedra en una sima. ¿No te horrorizas, Bibulo? ¡Oh contraste! Mario, entre tanto, siguió hacia el Capitolio, donde, habiendo depositado una corona de oro en el regazo de Júpiter é inmolado víctimas, disfrutó de soberbio banquete. Después le acompañaron á su morada con música y antorchas encendidas. Los plebeyos están locos de júbilo con la grandeza, la casi apotheosis de un hijo del pueblo; los patricios rabian, pero disimulan. Sila se queja de que su general le haya usurpado el premio.

(1) Por las siguientes palabras, tomadas de la oración *Pro lege Manilia*, se comprenderá qué importancia daba Cicerón á Numancia: *Duas urbes potentissimas, que huius imperio maxime minabantur, Carthaginem ac Numantiam.*

(2) Cartago y Numancia.

Te he escrito una carta inmensa; más confío en que no me censures, en gracia del motivo. Vale.—  
Kalendas de Enero.

## III

EN LA CÁRCEL MAMERTINA.

«Dos días deben haber trascurrido ya desde que esos inexorables romanos me sepultaron en esta lóbrega y helada tumba, donde en breve yaceré sin vida. Sí, esta sed que reseca y abrasa mis fauces, mi boca; esta hambre que me tortura con aceras garras, acabarán pronto mi existencia. ¡Oh! ¡cuánto diera por agua, por un poco de agua fresca, pura, brillante! Cómo incita el agua, ¡qué bella es! Y nunca más la veré, nunca más humedeceré con ella estos labios, más secos que las arenas de Libia!... ¡Agua, agua, por compasión!... ¿Quién va á oírme?... ¡Ay! ¡qué vértigo! ¡Cómo se debilita mi cabeza!...»

«Envidio las fieras del circo que perecen peleando ante inmenso concurso, á la luz vivificante del sol, sin lenta agonía. ¡Ni á los esclavos matan de este modo!... ¡Madre mía, madre mía, si me vieras ahora!... desde el otro mundo, á donde te lanzó un asesinato, ¿qué piensas de esto, Scipion? Trágico fin ha cabido á los dos héroes de Numancia, ¡pero cuánto más á mí! Si hubiera seguido yo tus consejos...»

«Cobardes, infames, ¡á traición me hicieron prisionero; con la crueldad de los cobardes me quitaron la vida! ¡Oh! si yo tuviese aun mis aguerridos soldados, mi caballería, impetuosa y formidable como el simón! Quiero probar nuevamente fortuna, quiero poderío, quiero... ¡Ay! ¿A dónde corro? Me niegan paso á estas paredes, infernalmente impasibles y duras! ¡Y he de morir así, cuando mi juventud, mi energía, mi inteligencia, están pidiendo espacio, empleo! ¿Por qué se agotaron mis tesoros? ¿Hubiera acabado de comprar á ese Senado romano, tan corrompido como altanero!»

«Y no hay lenitivo á este fuego que me consume las entrañas!... ¿Y cómo olvidan esos ingratos romanos mis hazañas en el sitio de Numancia? ¡Dioses, devolvedme la libertad y mis huestes para que me vengue yo de Roma, y luego, indemnizaos, si os place, con siglos de tormentos en el Averno!... ¿Qué lucecillas son estas que vagan en torno mio?... ¡Ah! mi vista se resiente de mis padecimientos.»

«¿Quiénes sois vosotros que venís á contemplarlos? ¡Te conozco, implacable diosa: eres Némesis; y tú Hiempsal, y tú Adherbal! ¡Ay, ay de mí!... ¡Con qué fruición me estais mirando en este abismo de torturas y vergüenza y dolor, rivales míos! ¡Pero aun estoy vivo; con mis brazos os ahogaré con mis uñas os desgarraré! ¡Vais á verlo! ¡Ah, huí! ¡Cobardes siempre! ¡Oh, rabia! No puedo tenerme en pie... ¿Y volveis, sombras abominables? ¡Ni una gota de agua, ni una! ¡Con los dientes me abrí las venas y engañaré con sangre esta sed! ¡Némesis, aun más apetece?...»

A los seis días de suplicio, espiró Yugurta, rey de Numidia.

EMILIO BLANCHET.

FRANCIS BRET HARTE,  
NOVELISTA CALIFORNIANO.

A D. Eugenio de Olavarría y Huarte, mi amigo.

## I

Hace tiempo, amigo mio, que en cumplimiento de un deber de los que nunca me son difíciles ni me piden el menor esfuerzo, quería darle un testimonio público de mi gratitud, por el que Vd. me tiene dado de su simpatía. Pienso principalmente en cierto favor, con tal delicadeza prestado, que no me atrevo á declararlo en estas líneas destinadas á ver la luz pública en LA AMÉRICA. Las flores de esta clase son pudorosas de corazón, más que la rosa que lo es por el color únicamente y porque los poetas así lo dicen.

Si yo estuviera hoy en Madrid, cerca de Vd. y de Olavarría I, iríamos á celebrar el nuevo vínculo de amistad, cordial, desinteresada, que espero nos una para siempre, á algún sitio ameno, nuevo y flamante, de los que ahora empiezan á abundar en la corte y en sus alrededores ya menos áridos, y á propósito para celebrar novedades de vida, bautismos de afectos naciendo, consorcios espirituales. Allí partiendo del mismo pan, bebiendo de la misma copa, viviendo de la misma alegría, unificando nuestros pensamientos con la contemplación nunca muda, de un sol en el ocaso, convertiríamos en gabinete de familia, en cuarto de estudiantes, sobre las fronteras, no del cielo, como cualquiera guardilla parisiense ó madrileña, sino del mismo sol, como un nido de golondrina en lo más alto de un campanario ó del Observatorio astronómico del Retiro; convertiríamos, digo, en cuarto de estudiantes con su atmósfera de afectos, descuidos y nobles confianzas, bullicioso de recuerdos, de promesas de dudoso cumplimiento, de mentiras dulces (por las que el engañador resulta gustosamente ser el más engañado), el saloncillo de un restaurant público, no siempre purificado de tan sana manera, ni apropiado á dulces intimidades con tan impecable intencion, por los tros huéspedes que suelen alquilarle diariamente con mayor detrimento de sus bolsillos, aun-

que tambien con más descalabros para el hosteler.

Pero estamos ausentes y no queremos esperar la hora de volver á vernos, para reunirnos sin eso por un par de horas. Haremos el convite en una cámara ideal. Las páginas de algunos periódicos sino de todos, aparentan ofrecer más de una cámara alta y de un cenáculo á propósito para consagrar afectos y celebrar la ganancia recientemente hecha de un corazón más, de una virtud bien personificada que hasta ayer nos era desconocida, de un hermano sincero que nos ayude á tener por madre la sociedad en que vivimos.

Aquí, en este salón que digo para nuestro banquete, todo plan viene del pensamiento, las ideas á veces presentadas en formas mucho más brillantes y transparentes que los cristales de Bohemia, brindan un vino generoso de alegría que bien aceptado sabe á sangre del alma amiga, corriendo á vincularse con la nuestra en nuestro propio torrente circulatorio, sabe á real eucaristía de la amistad.

Hablo de las dedicatorias literarias en general, no crea Vd. de ningún modo que trato de ponderar la presente. Ni ésta, más allá de cierto límite, ni ningún otro producto ó dádiva de mi mano ó de mi pensamiento.

Para determinarme á llamar dádiva y á pedirle á Vd. que tenga por tal este cortísimo trabajo sobre el novelista Bret Harte, y el cuento que le sigue inspirado por uno de los suyos; he necesitado detenerme en el recuerdo de otro amigo mio, que desde el año pasado vive en otro mundo, pero que todavía baja con frecuencia á visitar el de mis memorias escondidas. Pensando en él, y como él, he llegado á convencerme de que con dedicarle á Vd. estas noticias y muestras de la literatura californiana, satisfago lo mejor que puedo mi deuda de gratitud.

Usted tambien pensará como él y como yo sobre este punto. Lo que en la vida corriente, al ménos hasta ahora, se acostumbra escoger para regalo á los amigos, suele ser en los más de los casos poco digno de figurar como testimonio oportuno, fehaciente, de singular aprecio. Frios, sin vida, sin sello del corazón, hasta insultantes por excesivamente pomposos, comprados como productos de ajena industria, lo que primero revelan dichos agasajos es que no son parte integrante de la vida del donador. Hagamos una ligerísima excepción á favor del relicario de oro, dentro del cual escondió ella la trenza perfumada que regaló á su elegido.—Pero fuera de esto, el relicario ó el marco de oro son inútiles y profanos. En sus centros, ménos valiosos que el exterior, no reviviría nunca con milagrosas intermitencias, la lágrima ó la gota de sangre que infundimos en nuestro regalo, como dicen que revive y palpita la sangre de San Genaro y de San Pantaleón en las respectivas redomas que las guardan.

La dádiva de gran precio no ha de haber salido de ningún mostrador comercial, no ha de haber engalanado antes ningún escaparate de tienda, sino llevar un sello único, indeleble, tal, que solo un corazón sepa descifrarlo, solo él averiguar su sentido; dádiva que acredite hasta en las horas del olvido de parte del agraciado, ser emanación prestigiosa, constante, de la persona que la dió, no pudiendo dar su propio corazón de sangre y fuego.

Regale el pobre agricultor, en uno de sus pañuelos queridos, una porción pequeña, pero escogida, grano por grano, perla tras perla, del trigo que ha cosechado. Que el minero, oscuro trabajador en las entrañas de la tierra, no ponga en el altar de la amistad más ofrenda que alguna de sus piedras preciosas, pero sin pulimento, tal y como él la sorprendió en la hora feliz del descubrimiento y del trabajo de más lágrimas y sudores.

Que el marino solo regale cosas que por siglos acaso guardó el abismo sobre el cual ó dentro de cuyas profundidades ha luchado; una perla, pues, un coral, una concha, cualquier rareza de ese mundo submarino tan lleno de misterios todavía para el hombre; y cuando no una preciosidad de esta clase, algo sin duda más precioso por haberse quedado á la vez que con mucho de la inmensidad inexorable del mar, con otro tanto de la agonía del naufragio; algo en que se vea lucir la vida de una lágrima vencedora en combate con las olas enfurecidas, parte del equipaje, resto averiado, una astilla de la balsa que le trajo á tierra, madera bendita, excelente para labrar un crucifijo, adorno y decoro de la cámara donde los recuerdos terminan en oraciones.

¿Y el afamado pintor que inventa dioses y retrata á reyes, ó inventa lisonjero retratos de reyes y reproduce con verdadera vida celestial á los dioses? Regale al amigo alguno de sus bocetos, ó de sus borroneos si quiere, y firme más claramente aquel que menos quisiera firmar. El que revele juntamente con las torpezas ó impaciencias del principiante, sus horas de desaliento y desesperanza, ese será sin duda el más cariñoso, por lo mismo que es la obra más infantil del artista. ¡Cuánto gana entonces la generosidad con tan humilde confesión de modestia! Aún en este caso, toda dádiva fastuosa antes parece préstamo que dádiva, si no ya cosa vendible con cuyo precio se quiere comprar un corazón. Regale, pues, el escritor sin miedo alguno, cualquiera de sus recuerdos tristes, en una prosa abandonada, sin flores artificiales, sin música zalamera; en un estilo donde resplandezca cierta osadía, y cierta esperanza y cierta resig-

nación, algunas ilusiones si quiere, algunos errores más acariciados que las verdades que los corrigen, conservados por seguir creyendo libremente en algo, á pesar de los rudos combates de la vida. Regale el poeta, el más pobre de los seres, que se creen, sin embargo, obligados á regalar, y á quien acosa más obstinadamente la necesidad de darse á sí mismo como el mar en el flujo y el reflujo sobre la aridez ingrata de las playas; regale una de sus congojas, una de sus quejas, una espuma de sus llantos del alma, una melancolía de sus ponientes interiores en dos ó tres estrofas simúlcaentes, en un estribillo forzosamente *cantabile*.

Así pensaba mi amigo muerto, y así pienso yo al ofrecer mi regalo al amigo ausente, con lo cual quiero que este último entienda que va tambien en el regalo al hermano de hoy, una buena parte del alma, del pensamiento, de la estimación y de la perseverancia de mi hermano de ayer, con lo mejor de mi pasada vida.

## II

Mi regalo, amigo Olavarría, es un cuento, ya creo haberlo dicho, que escribí durante las últimas Navidades en las minas de Riotinto, inspirándome en la riquísima colección de cuentos escritos por Bret Harte en las minas de California.

Este autor inglés de la América Occidental, era apenas conocido de dos ó tres cajistas de imprenta, cuando el incendio y destrucción de Chicago, era la única noticia de la gran federación norteamericana que interesase á Europa.—Hoy sus libros son los principales adornos de las librerías de Londres.

Francis Bret Harte no nació en San Francisco, ni en tierra californiana, sino en el Estado de New York. Salió muy joven, y tan pobre como el que más de la capital de su país, huyendo de los ócios que condenan al hambre, y corriendo en busca de una muerte pronta y sin rodeos en los terribles desiertos de la Sonora, ó de unos nueve millones y novecientos mil dólares en oro virgen en aquella parte del Nuevo Mundo, cuyas montañas todas se decía que eran, y con efecto resultaron serio, Etnas y Vesubios de oro, volcanes crisoles como los que pudieran haber soñado los alquimistas de la Edad Media y de la precedente, que creyeron en crisoles capaces de convertir en barra del precioso metal cualquier rayo del sol del cielo, cualquier emanación de los anillos de Saturno, ó de las pedrerías del arco iris.

Por mucho tiempo el Bret-Harte aventurero no hizo más que permanecer estático de admiración, y por lo tanto, en ayuno cuadragesimal ante la promisión de aquella tierra mágica, en donde veía desde luego surgir un hombre nuevo y envidiable de los harapos de cada bandido, último resto, pavesa, de una serie de generaciones degradadas; y de cada peñasco un Líbano florido y místico, y de cada lodazal una aldea de Arcadia, y de toda desolación una vida pujante, avasalladora, pero con tal riqueza de originalidad, que el joven en quien el hambre completaba y confirmaba los dones de poeta soñador que de la naturaleza había recibido, se olvidó de arrepentirse de su viaje y de haber dejado tan atrás á New York, teniéndose por bastante feliz con morir mirando á aquello que él llegó á estimar como la revelación de una nueva era de progreso en la vida humana, á la vez que en la misericordia divina, y por tanto no progreso limitado á este bajo mundo, sino al invisible, incluso el Bártaro en donde podrian tambien surgir oro y pedrerías como para reedificar una nueva Jerusalem apocalíptica, así de las llamas atormentadoras como de las buenas intenciones de que están empujados aquellos fondos. El pasmo y admiración de nuestro poeta contemplativo, fueron mayores que los del caballero ó soldado Matamoros, que por solo contemplar á su sabor el volúmen y las luminarias de un monumento en la catedral de Sevilla, mereció que Cervantes perpetuara en un soneto su inútil prosopopeya, y aquel aire majestático de baladron con que, por fin de fiesta,

*Caló el chapeo, requirió la espada,  
Miró al soslayo, fuese y... no hubo nada.*

Pero no, no se dejó ir á semejante nada la admiración del joven viajero, que por fuerza ha de ser más fecunda la admiración que se aplica á maravillas nuevas, que aquellas con que se eternizan en la inercia algunos pueblos, parándose ante los monumentos y glorias de su historia muerta.

Bret-Harte trabajó.—Se hizo limpia-botas de los mineros.

Dejó el cuidado de seguir admirando más fructuosamente la sublime emergencia del sol ó del oro californiano, á los pueblos que hasta entonces se creían los más ricos y civilizados de la tierra y de la historia; pues, con efecto, así la vieja Inglaterra, como el Nuevo-Mundo sintiéndose igualmente viejo, en presencia del pueblo niño á orillas del Pacífico, que asustaba como todos los niños precoces, como todos los monstruos *d'ingegno*, como el Issá del Alcorán, como el *Giordige*—cuya larga historia leen los musulmanes, cuando quieren embriagarse de admiración, en su *Sahih al-Bokháire*, libro sagrado—como el Cristian Heineken, de la república de Lubeck, que hizo de su cuna una cátedra y leía á los veinticuatro meses la biblia cual nunca lo hizo doctor exegeta, y como el niño en fin que Leopoldo Mozart paseaba por las cortes y los pianos europeos; declararon que aquel pueblo de California no debía denominarse de otro modo sino

la Nueva-América, como si dijéramos, lo novísimo, lo último y más nuevo de la novedad.

Y eso que aun no se habían fijado ni podían fijarse en lo más sorprendente de aquella naciente civilización que, semejante a la fecundidad nativa del terreno, apenas necesitaba del dos horas para convertir una semilla en árbol; que semejante al árbol árido y seco, no necesitaba tampoco más que de un simple aguacero, de un riego como el que piden para macetas de balcón, para volver a eruirse, reverdecer, servir de sosten a plantas nuevas, cubrirse a la vez de follajes de flores y frutas exquisitas.

Lo que más asombraba allí desde un principio, no era tanto la rapidez abrumadora de la vida material, ni la difusión instantánea de una idea útil, de un progreso, de un incendio; no, tampoco la propiedad, que allí la luz y el fuego aparentan haber robado a los misterios simpáticos del sonido, a las leyes que rigen la acústica, y según las cuales, así como de tres arpas templadas al unísono hasta herir tal cuerda de la una para que vibren las similares de las otras dos, así es peligroso que uno que se va a acostar aplique el fósforo a la bujía de su alcoba, porque luego al punto todas las bujías de la misma fábrica, encajonadas en millares de almacenes y lonjas, se sienten llamadas a arder a la vez y seguir viviendo hasta en las cajas que las guardan, y en todo el combustible de las tiendas que las expenden, y en barrios enteros de una capital, de un Chicago, por ejemplo, hasta los bosques circunvecinos. No, tampoco lo que más asombra allí es lo expeditivo de la justicia en competencia con lo expeditivo de la industria y del comercio locales, que estampan en cuanto Dios creó, como el César su efigie en toda moneda, carteles, reclamos, *trade-marker*, avisos de compras, de ventas, de espectáculos, de remedios, de venenos, de amores, de divorcios, de duelos, sin exceptuar ningún rincón, ni siquiera de la iglesia, ni aun la llaga del costado en los Cristos de talla; y esto, por lo que hace a la justicia, sin necesidad de pintar la tradicional manecilla, complemento de los antiguos avisos y reclamos, con su índice apuntando al lugar a que se llamaba la atención, puesto que ahora en todas las esquinas y rincones hacen oficio de tal, golpeando los carteles con los pies los ajusticiados de cada mañana, columpiándose en las improvisadas horcas de Lynch. Lo que más asombra allí, no es esta tan excesiva pujanza de vida hasta en la madera de los cadalsos, hasta en la propagación de los bosques de horcas racimiferas, no, sino los delicados elementos de vida intelectual de un orden superior, de una literatura ya hecha, poética, robusta, con sus tendencias ya idílicas, ya épicas, ya pindáricas, mostrando nuevas Américas sobre los viejos Parnasos hundidos como Pompeya, a las imaginaciones activas, a los desbordamientos de ternuras, a las necesidades altísimas del pensamiento y del corazón de los nuevos americanos. —Hay que añadir que el asombro provocado por semejante evolución de lo tangible a lo inmaterial, de los sentimientos más egoístas a las aspiraciones más generosas, de la vida utilitaria con todos sus refinamientos de brutalidad a los arrobamientos por ideales más puros y amores los más castos; sube de punto al considerar que la rica literatura, el siglo de oro de aquel pueblo, no viene a iniciarse sino cuando dicho pueblo llegó a parecer más negado a las condiciones de una gran civilización, a ser más híbrido, más heterogéneo, más babélico, más caótico. —Pues este milagro ha sido la obra que Bret-Harte, viviendo en el mismo Occidente, y Ralph Waldo Emerson con otros atenienses de la célebre Academia trascendentalista de Boston, desde las capitales más sabias de la Unión han realizado en los últimos confines anglo-americanos. Este fué el oro que extrajo Bret-Harte de su patria adoptiva, ó más exactamente, la mina que él creó sobre las que allí atesoraban las extensas cordilleras.

¿Cómo pudo salir de tanta confusión una literatura original y progresiva, cuando hasta ahora estimábamos la de otros países como producto de cierta unidad y síntesis de una civilización perfecta?

La isleta de Curazao, ese soberbio azabache de las Antillas del golfo mejicano, entre las cuales Cuba es la perla, dicen, y Puerto-Rico, el diamante, creo, y Santo-Domingo el carbunco; —isleta cuyo nombre es una contradicción, (1) un sacrilegio en el imperio soberano de las aguas, ¡*cura asado!* fué descubierta, poblada y civilizada por gentes semejantes a las que hicieron de la California lo que es, por corsarios, piratas, bucaneros, cimarrones de la Luisiana, mulatos demasiado mulos, interesados a jura de Dios en que el mundo reconozca y declare ser el color de la cera amarilla superior en belleza al de la cera blanca, y la Vénus de ámbar más pura que la calipigia griega u otra Vénus cualquiera de Carrara, y la palidez y el pudor del mestizo más apreciable como tintes poéticos que el *album graecum*, suministrado v. g., por los perros de Acteon. La isla de Curazao que ha sido, en cuanto a esta fuerza absorbente y aglutinante para fundir y unificar tantos elementos repulsivos, como el índice ó si se quiere el paradigma de la civilización californiana, —no ha conseguido hasta hoy, por todo progreso ascendente, más que la creación del *papiamento*, es decir, de un idioma de remiendos, de

un verbo lo más absurdo que puede dar de sí el pensamiento humano. Es el tal un velo, una sábana, una colcha hecha de retales escogidos en basureros por manos mal intencionadas, en lo peor queremos decir, de todos los idiomas y dialectos del mundo, en las más despreciables superfetaciones de las lenguas europeas, y en lo menos comprensible de las que aullan varias tribus africanas. Felizmente en aquella espelunca de palabras, el castellano figura como estalactitas luminosas; de aquellas ruinas algunas expresiones nuestras son las risueñas cimbararias. En el *papiamento* (que este es el nombre que dan los de Curazao a su llamante jerga) la frase más tierna y delicada es esta que corresponde a los afectos maternos: —«Yú, fica de mi mondongo!» —«¡Ay, hija de mis entrañas!» Pero no callaremos otra singularidad, cual es que aquello que entre nosotros es frase ó interjección mal sonante, *sicote* de la lengua, hebraísmo profano, en el *papiamento* suele entrar como componente de las frases más galanas y expresivas, y aun de las más devotas jaculatorias. Acaso se deba este capricho a que los fundadores de aquel pueblo creyeron al pié de la letra en la definición que de varios idiomas europeos hizo no sabemos quién ni cuándo, y de la cual se quiere que resulte probado que sólo el italiano canta como los ángeles, el holandés como las ranas, y el inglés cruje, el alemán estalla, el francés enamora, el español reza. El caso es que el Omnipotente es *Topotroso* en Curazao, y el Credo todo está traducido y rezado con idéntica insolencia. En un buen Diccionario poliglota los significados correspondientes a aquella lengua fanerogámica, tendrían que expresarse por medio de circunquios decentes más que docentes.

¡Qué diferencia en el país del oro instantáneo y de la horca *ad-ivitum!* Aquí se ha inventado una lengua por otro estilo pintoresca, gráfica, lapidaria, con más oro que cobre, con un diamante indispensablemente entre los dobles de sus menores joyas. Y aun así no merecería el título de lengua peregrina, si a poco de formada no hubiese dado origen a una literatura nueva, enamorada de la perfección, es decir, a un verbo digno de ser enclavado y perpetuado en el libro y de propagarse en las mil lenguas pentecostales del periodismo. Aquí también por dicha y como compensación de lo que sufre en el *papiamento*, el lenguaje español ha prestado su concurso por medio de Méjico y de las Antillas mayores, con las palabras más graciosas y reverentes, lo cual sería poco si estas palabras de elección no hubieran pasado a aquella civilización trasatlántica sin perder su sentido recto, su aroma y su peregrinidad. Allí, por ejemplo, es frecuente oír a lábios húngaros ó carabaleses ó japoneses, entre una frase casi inglesa y otra casi árabe, un delicioso *si te amo*, como puede pronunciarlo un niño de Madrid con arpegios de ruiseñor.

Por eso, y porque el idioma californiano, especialmente cuando lo habla, ó lo escribe, ó lo flora, ó lo reza el Carlos Dickens de Nueva-América, nuestro simpático Francisco Bret Harte, —tiene lágrimas de corazones cubanos, y acentos del Cauto, del Tinima y del Canasi, ríos demasiado palpitanes de los que sacan fuera el pecho y el corazón, remedando al Tajo; por eso digo, me he atrevido a dar alma española y dejos cubanos a un cuento californiano del autor de *Miss*, y de *La Princesita Bob* y sus *Amadises*.

Bret Harte, el fecundo novelista, hoy ya tan celebrado en Inglaterra, como ayer en el célebre país del oro, aun no hace doce años que escribía para que muy pocos le leyeran y pronunciaran su nombre.

### III

Empezó de gacetillero, con el encargo además de preparar las candilejas de la destartada redacción, en un diario, no, miento, que no fué sino en una hoja bisemanal de San Francisco de California; y mintiendo allí, mejor que yo, sin equivocarse, mintiendo en el seno de una sociedad en que todo lo bueno y grande parecía mentira, consiguió en menos de nueve meses parirse asimismo, (empiezo a hablar como él) al mundo envidiado de la notoriedad. No hubo ya mostrador de *pulpéria*, ni de *Bar*, ni de *Public-House*, ni de Lonja de *guachinangos* mejicanos que no sirviese de cuna a la fama de ese galopin Francho Bret. Hasta entonces los miles y miles de ejemplares de su malandante hoja bisemanal solo habían corrido por allí para servir a la venta de víveres averiados.

El *chico*, el ya *good boy*, tardó en adelantar lo que el *express* de New-York en atravesar sin peligro por las comarcas de Pieles-Rojas, sin que las flechas de estos pieles alcance la de los viajeros del tren. La fama de Bret convertido ya en director de *El Overland Monthly*, nueva publicación de importancia, sostenida por una compañía de editores californianos, comenzó a gatear por los pupitres de las universidades de Boston y Filadelfia, y muy luego a dar puntapiés por los ricos almacenes del Broadway, a las eminencias en voga de la metrópoli norte-americana. La América toda reconoció que lo que pensaba y escribía aquel literato, venía impregnado, no del humo de la lámpara de estudio, sino de algo vital, así como el olor acre y confortante del pino salvaje, pero de especie desconocida que había que estudiar. Y al punto los encargados de servir de nodriza a las famas nacentes y vigorizar un renombre y de

proclamar a los cuatro vientos las excelencias de un descubrimiento nuevo, cuando no de una nueva falsificación, se dieron a analizar al nuevo literato, como se analizan y prueban allí las cosas utilizables, químicamente, como pudiera hacerse con la sávia, la madera, las propiedades, en fin, de un pino de especie desconocida.

Francisco Bret Harte, que empezó escribiendo versos malísimos, como una oda a los niños limpia botas, es decir, *A los angeles del Betun*, y otros peores como la indispensable elegía *A la luna*, y noticias disparatadas, y artículos sin articulaciones, fué por la asiduidad de un año ó dos, digno de que le victorearan de un extremo a otro de la federación como un narrador de los más originales, fecundos, intencionados y entretenidos en la patria de los Cooper, de los Irving, de los Poe, de los Hawthorne, de los Beecher-Stowe y de los Longfellow.

Pero tampoco es de extrañar la rapidez con que el talento naciente fué reconocido como tal talento de primer orden, por sus conciudadanos, por sus contemporáneos, si nos fijamos en que al mismo tiempo, si no fué poco antes, le presintió ó le reconoció del otro lado del Atlántico, y saludó con gritos de victoria, otro talento de valor indiscutible, otro genio a quien su patria, la Albion de Milton y Shakespeare, estimaba hasta entonces como inimitable y sin segundo. Era este el rival de Walter Scott, de Bulwer y de Thackeray, era el mismo Dickens, quien pocos meses antes de morir, decía leyendo un cuento de Bret Harte: —«Mi rival comienza a lucir en América. Es de mi familia. Gozo reconociendo en tan ameno escritor, al heredero de mi gloria.»

Bret Harte ha confesado por su parte que debía su vocación y el secreto de narrador interesante, al autor de los cuentos de navidad más tiernos y profundos que han celebrado los sábios hogares ingleses. Pero Bret Harte, a pesar de esta confesión debida a la modestia inherente al genio, es en realidad no tanto un segundo Dickens, como el Dickens de otra literatura nueva y sorprendente que los lectores del que hoy duerme en Westminster no podían sospechar.

### IV

El ilustre californiano, —como observa Bentzon que ha vertido al francés, aunque no con la fidelidad con que debiera y podía haberlo hecho, alguna de sus narraciones, —nos inicia en un mundo desconocido, estereotipando en sus más animadas páginas, con una verdad llena de energía irresistible, la era de las primeras emigraciones a San Francisco, la cual era parece a algunos que está tocando a su fin en nuestros días. Ella fué grande en todo, pero aunque en los años que duró, lo más visible fué siempre el lado peor, desórdenes sin cuento, crímenes atroces, violencias increíbles, groserías y brutalidades no registradas sino en la historia de las ciudades malditas, es innegable que abundaban también en medio de aquellas sombras, rayos de luz interesados en hacerlas incompletas, hechos heroicos de primer orden que la futura historia de estos países tendrá que escribir con reflejos de grandeza homérica.

Bret nos introduce en los centros mineros que aquellos ingleses de nuevo cuño designan con el vocablo español de *campos*; en los antros de emigrados, en los caseríos compuestos en su origen de garitos, burdeles, vayuncas gitanescas, cantinas para la espendición de bebidas peligrosas y otras pocilgas de mala muerte y de peor vivir, en donde la fiebre del oro sobreescitaba como en ninguna otra parte, como en ningún otro tiempo, los apetitos comunes a las bestias feroces y a los hombres sin más que el semblante de tales.

El novelista historiador nos deja ver en sus narraciones palpitantes de verdad y de realismo instructivo, lo que fueron en sus primeros días esas que hoy se levantan como por milagro, sin una señal de sus primitivas miserias, ciudades florecientes y fastuosas, empedradas, ó más bien, pavimentadas con el arte del mosaico, hasta en los suburbios más retirados, con alumbrado de gas ó eléctrico, con baños públicos pomposos, como las Ecbatanas antiguas y las ciudades griegas, y además con calefactorios públicos y otros lugares de comodidad, que los antiguos no habían previsto; capitales, en fin, como las córtes más espléndidas de Europa, atesorando todo lo que la civilización ofrece al lujo, al bienestar y a la protección de la vida. De aquel progreso, lo que más celebra nuestro entusiasta, cuanto imparcial apologista, es lo que podemos considerar hoy como el asunto de historia ó novela ó poema, más a propósito para conmover a las almas de gran temple, a saber, la lucha titánica del hombre con la naturaleza, del desgraciado contra la desgracia, del huérfano contra el anatema que le sirve de lepra, sacando de este conjunto de esfuerzos, pintados al vivo, efectos sorprendentes de incomparable belleza.

Hasta aquí participo de la opinión de Mr. Bentzon, cuando se propone dar una idea de la fudole y de los distintivos prominentes de las obras de Bret Harte: pero no se crea que acierta ni que deja de ser crítico muy francés, cuando anuncia que los críticos de la vieja Europa han de censurar necesariamente en el narrador que él traduce, cierto desdén mal sano de la moral sancionada por los pueblos cultos, y con esto la manera alarmante de escasear sus apreciaciones de los hechos humanos como autor psicológico, y de esquivar a lo mejor su individualidad reflexiva y docente, de

(1) Tal vez *Curacao* signifique para un portugués *curacion*.

jando que tal ó cual accion se desarrolle aislada, sin precauciones que velen el descuido ni sirvan de atenuacion al cinismo. Porque, si bien es cierto que al lector de nuestros dias agrada sobremanera presentir la presencia del novelista entre el espectador y los personajes en espectáculo, nunca es de tal suerte que el autor sea por todo concepto el *Deus ex machina* de la obra. Place ver en manos del narrador el espejo mágico que refleja los varios acontecimientos y caracteres interesantes expuestos á nuestro estudio ó deleite; pero no lo que pretende Bentzon, no que el narrador, detrás del espejo, retire en algunos puntos el azogue de este cristal, para que entre las figuras reflejadas se distinga también la nariz, el ojo, la sonrisa ó el gesto adusto del que tiene el espejo en sus manos. Basta que al autor se le oiga en ocasiones, pero hablando en voz ténue y no dominando con su moral propia ni con su filosofía especial la trama de los acontecimientos con que impresiona.

Este prurito de moral previsor, que corrija las asperezas, que disimule lo más arriesgado de la narracion, este pudor artístico, colgando velos ó fundas en todos aquellos personajes, tipos de brutalidad y de cinismo con que un autor osa conmovér á inquietar á sus lectores hasta infundirles miedo nervioso, panofobia, ó deleite sensual y gélismo de *ivre-mort*; esta precaucion extemporánea en Bret-Harte, sería más justo que el crítico Bentzon se la aconsejara al novelista Zola.

No rechacemos el moderno naturalismo con ciega severidad. Toda novedad de esta clase en literatura, toda tendencia naturalista, semejante poco más ó menos á la que Zola quiere imponer al arte, proceden, no de ningún capricho de autor, sino de una intencion superior que palpita en la atmósfera de tal ó cual arte, aunque no todos los autores que trabajan en esa atmósfera participen de todo lo sano y puro de ese *quid* intencional. En una época como la nuestra, en que á la vez que las mayorías avasalladoras sienten la conveniencia de ser hipócritas, los individuos que las componen creen en su propia infalibilidad; en una época en que la herejía de la infalibilidad, en política como en todo, predomina con tal tiranía, el naturalismo y el realismo pueden ser también soberanos correctivos, que vienen á satisfacer los generales deseos y conveniencias vitales de la sinceridad, de las verdades desnudas, de las desnudeces del alma, de todo lo opuesto, en fin, á las tiránicas imposturas. El realismo crudo y el naturalismo descartado que informa la moderna literatura, no es más ni menos importuro, no es más ni menos censurable que las tendencias de las sociedades cristianas á vivir del sentimiento de la naturaleza exclusivamente, cansadas de haber atravesado por una época de excesivo artificio, amaneramiento, vida convencional, moral acomodaticia, bizantinismo dogmático, sin la menor luz de cordialidad.

Pero fuera de esto, reconozcamos que en el realismo de Bret Harte, las desnudeces completas participan por exquisito arte del encanto de los mármoles de Fidias y Cleómenes. El exceso de idealidad inefable que el artista griego había cincelado, digámoslo así, con el mismo cincel que aplicaba á la piedra, en la luz misma que había de alumbrar su obra, vela, salva la desnudez de sus Vénus y de sus Apolos.—Hay asimismo un miedo y terror ideales que salvan por igual manera las desnudeces del Laoconte. Bret Harte posee en su pluma la gracia de aquellos libres cineceles; y así como Cleómenes en la luz, Bret cincela en las almas de sus lectores el secreto de lástima púdica con que desea se contemplan los desvarios é intemperancias de sus personajes. Pero en el realismo de Zola, por todo extremo parisiense, las estatuas no son de mármol, no son estatuas; las más desnudas son más bien autómatas con resortes picarescos para movimientos impúdicos. Si la musa de Bret Harte diera brazos á la Vénus de Milo, la estatua alzaría el ropaje que solo la cubre la parte inferior del cuerpo, para velar su superior hermosura. Pero si el milagro lo hiciera la musa de Zola, la estatua entonces dejaría que acabase de caer la clámide, para quedar completamente *inpirobis*. El realismo de Bret Harte es escusable y hasta pertinente, como que solo se propone ser exacto historiador de un pueblo nuevo, pueblo con las mismas candideces, hasta en sus vicios, de las edades primitivas. Ni es tampoco el de Zola realismo, propiamente dicho, sino *carnealismo* con algunas insolencias de la satyriasis.

Hay que tener en cuenta además, y no momentáneamente y para desatenderlo luego,—como lo hace Bentzon, sino para acallar constantemente nuestros escrúpulos respecto á la moralidad del novelista americano en sus libros—que este novelista originalísimo, previendo los susodichos cargos y censuras, tiene buen cuidado de manifestar que sobre la moral, no quiere, ni cree oportuno aceptar como narrador, la inmensa responsabilidad que cualquier propósito de moral dogmática le impondría, si al escribir se interesara más en ser autor docente, que simple narrador de las cosas que ha visto.

En uno de sus prefacios dice el autor de *Migles* lo siguiente:

«Entre los primeros medios empleados para moralizar la California, recuerdo que uno fué la série de estampas de color subido, inspiradas por los dibujos humorísticos de Hogarth, y que llevaban este título elocuente: *Efectos del trabajo*, las

apologéticas, y *Efectos de la ociosidad* las amenazadoras, digámoslo así. Dichas estampas representaban las carreras respectivas del minero, decidido á ser trabajador honrado, y del minero esclavo perpetuo de los vicios; este último retrogradando á través de las fases sucesivas del descuido, la imprevisión, la embriaguez, las enfermedades vergonzosas, la vida con hastío y la muerte con todo el aspecto de una condena; el otro elevándose por sus grados correspondientes de virtud en virtud, hasta las botas de becerro, la camisa limpia, el arca repleta de bolsas y una muerte feliz como reposo lícito, y premio á tiempo del trabajo honrado.»

«La perfeccion de aquellas pinturas, demasiado gráficas, podía ser dudosa y aun de resultados negativos como representacion artística, pero es innegable que la intencion moral saltaba allí á la vista, daba en cara á todo bicho viviente. Pues, sin embargo, resultó contraproducente, porque la reforma solicitada con tantos dibujos todavía se está haciendo esperar, no de los mineros, sino de los sábios y previsores maestros californianos; debiéndose tal vez semejante derrota á que los mineros en su mayoría se negaron á reconocerse así en el uno como en el otro de aquellos dos tipos absolutos del bien y del mal. Las estampas destinadas á servir de ejemplo al trabajador sin vocacion y vicioso, dejaban traslucir como una impresion vaga de circunstancias atenuantes que descartaban del todo la responsabilidad del infeliz allí estereotipado. Decía un minero á otro, examinando estas estampas en la tienda:—*Aguáita*, hijo, *aguáita*, (por decir *repara*, *observa*, en el lenguaje de ellos no pocas veces intraducible) *aguáita* como en los *monos*, (por *estampas* ó *pinturas*) de la vida del hombre malo, el titiritero del pintor no ha querido jugar limpio. ¡Esta sí que es injusticia! Arrepara como fué y le pintó todos los triunfos y cartas mejores al tunante del hombre honrado, y las sotas y los doses los reservó para encajárselos á este *pijirigüa* sin fortuna.—Con este ejemplo, siempre á la vista, heme abstenido de formular en mis escritos cosa alguna que trascendiese á moral positiva. Fácil me hubiera sido, en verdad, retratar mis foragidos con los colores más lúgubres, y tan lúgubres que los originales se hubieran tenido por virtuosos comparándose con mis *monos*. Yo hubiera podido acentuar el fatalismo y hacer imposible en el desgraciado vicioso toda rehabilitacion, y aun el cumplimiento de una sola accion levantada; y por este sistema de simplificacion, evitar la confusion moral que resulta del estudio de móviles complejos contradictorios, de cualidades heteróclitas en amalgama de laborioso deslinde. Pero procediendo así, procedía contra mí propio, cargando con la responsabilidad de creaciones imaginarias calumniosas.»

Por tanto, distan asimismo de la verdad las afirmaciones de Bentzon, cuando dice que el gran pintor de costumbres á quien admira censurándole, nos *arrastra* y *constríne* á indulgencias excesivas, á simpatías de aquellas que nos cuesta confesar en voz alta. Lo que el novelista americano hace es corregir el espíritu crítico, tan abundante entre los lectores interesados en pedir á una obra de arte más de lo que ella y el arte en general pueden dar de sí; corregir, sobre todo, el desaliento con que miran á los seres caidos aquellas mismas eminencias que en las modernas sociedades afectan interesarse por los miserables á quienes reconocen, sin embargo, como de imposible curacion é incapaces de sacramento. Lo que, sin tener intencion de ello, consigue Bret con sus producciones, es rebajar el orgullo de los implacables, y conjuntamente las deficiencias de la caridad aparatosa, tan mezquina como el desdén aristocrático en otras cuestiones sociales. Califica por igual modo de equivocacion, ó más bien inspira á sus lectores calificaciones así contra el prurito de buscar en clases elevadas, de falsa devocion, de instruccion y educacion superficiales, de esplendores postizos, virtudes honrosas al linaje humano, que sólo hallarian los diógenes del filantropismo si convirtieran sus ojos hácia los miserables fatalizados y las buscasen con ahinco en las profundidades de aquella miseria. Bret pinta la perla divina existente en todos los basureros humanos; pero enseñando, no de qué suerte el que la lleva escondida entre sus harapos y sus estigmas la trae de allí para lucirla sobre su frente en áurea corona, sino de qué temores, de qué desconfianzas, de qué fatuidades, de qué estigmas y de qué harapos y dones averiados necesitan despojarse los limpios, los críticos, los maestros, para descubrir la margarita singular en donde yace perdida, y luego ir al perdido que así la posee para ayudarle á desbrozarla sin que el misero lo haga por sí solo para entretenimiento de los espectadores pasivos, y con esfuerzos que sean para estos tales entretenidos trabajos de prestidigitacion.

Una gran prestidigitacion de esta especie es la que instruye deleitando, como no sea más justo decir que deleita, sin dar ninguna instruccion de oportunidad sobre el gran tema del pauperismo—en la obra magna de Victor Hugo sobre el *Ananké* de las leyes sociales. El ilustre autor ha querido pintar la manera de rehabilitarse un miserable á sí mismo, pero destruyendo al que no es miserable de su especie, resultando la instruccion completamente nula, por cuanto los miserables típicos que presenta Victor Hugo no son miserables de veras, no lo han sido casi nunca ni en los peores momentos de su vida. Juan Valjean y los otros personajes principales que dan título y argumen-

to á la epopeya doméstico-social, son casi todos ricos, riquísimos de inventivas y recursos para aparentar miseria cuando les place y surgir de aquella miseria cuando se les antoja con un prestigio teatral deslumbrador. Casi todos llevan en su bolsillo del chaleco, ó en su escapulario si son muberes, en vez del reloj ó la sagrada reliquia, la estrella de sus propios destinos. Los antiguos saltimbanquis en sus juegos de circo llamaban la atencion con uno que todavía hace pocos años era el asombro de los niños y ocasion de lástima hasta las lágrimas para las nodrizas. Consistía en colocarse el maromero que acababa de hacer prodigios de equilibrio en la cuerda tensa, tendido, horizontal, como en el aire, sin apoyar más que la cabeza en una silla y los talones en otra, soportando en el vientre una piedra descomunal, para que el payaso, armado de un formidable martillo de hierro, procurase desmoronarle á golpes... el peñasco. Toda la miseria de los héroes de Victor Hugo en su segundo *Ananké*, todo el *Ananké* social de sus miserables, se reduce á un peñasco y á un martillo semejantes al de las sorpresas de un circo.

Los *Miserables* de Bret-Harte son verdaderos condenados á la miseria. La piedra dura irreductible la llevan éstos dentro del pecho, sobre el corazón, dentro del cráneo, aplastando el cerebro. La rehabilitacion de estos lapidados de la suerte no es debida á ningún *teatrismo* fanático, á ninguna virtud fantasmagórica, sino á una nueva nocion la más elevada y eficaz de la vida, del don de la vida presente; á la conciencia que el más miserable, con solo un poco de instruccion, puede formarse hoy de las excelencias del vivir y de la nobleza superior vinculada á las rudezas de la lucha por la asistencia. Todo lo que corresponde enseñar al pintor Bret-Harte en sus pinturas narrativas, está dicho en dos palabras, que aparecen sobrentendidas en todos sus libros. «Ama la vida, y espera en ella.»

Juan Valjean no inspira el deseo de correr a socorrerle.—Echaríamos á perder sus cálculos, se dice el lector, una vez dentro de la atmósfera ideal creada por el libro, por mucha que sea la vida de fervor que le preste.—Dejémosle que prosiga su plan él solo desembarazadamente, pues sabe mejor que yo á qué fin utilísimo conspira. Pero los Juan Valjean ó los *Champmatieu* de Bret-Harte, *Los Expulsados de Poker Flat*, por ejemplo, infunden el deseo vivísimo de volar en auxilio de todos, de correr á los que sufren como ellos, ó más de lo que la realidad viviente, de descubrir á los que gimen en los últimos pozos de nuestro bajo mundo para precipitar su salvacion con nuestras simpatías y nuestros brazos.

## V

¿Cómo aprecian los ingleses á este *yankée*?

Los héroes y heroínas de nuestro autor, según los críticos ingleses, no son ni muy elevados, ni muy de envidiar: son de aquellos desheredados, por sentencia humana, de los bienes que habian recibido de un padre celeste. Otros pertenecen al grupo de los que han cometido el pecado, imperdonable á los ojos del mundo, de haberse separado de las sendas trilladas, para buscarse á sí mismos ó sobre sí mismos elevarse. Pero con esto nunca aparecen como maniqués instructivos: son hombres que piensan, mujeres que lloran, mortales de carne y hueso.

Sus alegrías son contagiosas, su sangre corre hirviente, sus rudos esfuerzos y sus tristezas agónicas los anonadan de veras cuando caen vencidos por la siempre inesperada desventura. Pero sean cuales fueren los deslices de aquella gente, todo aparece armónico en aquellas historias, y rara vez la trama oscura de aquellas vidas atormentadas, deja de ostentar algunos hilos de brillante oro con algunas hebras de seda azul celeste ó color de rosa.

Un volumen nuevo de Francis Bret Harte, el *Franchó* de 1868, ofrece siempre á sus lectores de Lóndres nuevas y sorprendentes emociones. Y aunque satírico y hasta cínico, y hasta amargo, á la vez que filósofo caviloso y poeta adolorido, no es posible acabar de leer cualquiera de sus animados cuentos, ninguna de sus rarísimas historias, sin renovacion profunda en la fé que tenemos en la naturaleza humana, sin una nueva seguridad de que nadie es malo por completo, nadie, nadie puede serlo para siempre; antes, los más condenados por la estimacion inválida del mundo, tienen puntos redentores muy visibles á los que saben descubrir estrellas en la frente más sombría.

Ahora, mi querido Olavarría, vamos á mi cuento de una *navidad en California*

Pues, señor... pero, amigo mio, esta pobre lámpara se está apagando, mi pluma corre ya de pésima gana...

Las doce dan, yo me duermo;  
Quédese para mañana.

TRISTAN MEDINA.

## LAS GRANDES CACERIAS.

EL OSO GRIS.

De todos los cuadrúpedos de América, el oso gris es el verdaderamente temible; así es que sus costumbres, sus hábitos, sus hazañas, son el tema favorito de los cazadores del Oeste. Su tamaño es

enorme, su fuerza prodigiosa, su rapidez superior con mucho á la del hombre que procura escaparse por medio de la fuga. Sus uñas llegan á tener hasta nueve pulgadas de longitud. Aunque muy aficionado á las frutas, á las bellotas y á las raíces, es carnívoro al mismo tiempo que hervívoro. Ataca al bisonte, le echa por tierra, y le arrastra hasta un lugar en que pueda devorarlo tranquilamente. Si el hombre lo provoca, levántase sobre sus patas traseras y acepta el combate; y cuando el hombre lo acosa, él es quien ataca.

Herido, se pone furioso, y entónces se truecan los papeles: es el oso caza al hombre.

Antes era conocido en el Missouri y en las tierras bajas; pero, como las tribus de las praderas, ha tenido que irse retirando ante la civilización, y no se encuentra hoy sino en las regiones elevadas de las montañas Rocallosas; por ejemplo, en los Picos Negros, gran cadena situada á unas 33 leguas al Este de las montañas mencionadas. Ocúltase allí en las cuevas, ora en agujeros que escarva debajo de las raíces, ó en las cavidades de los troncos de árboles.

Indios ó blancos, los cazadores consideran la caza del oso como la más heroica de todas cuantas pueden hacerse en el Continente Americano. A caballo es como la atacan con preferencia y se le aproximan á veces bastante cerca; pero, ¡ay del caballo y del ginete que se encuentran al alcance de sus poderosas garras!

El hombre debe tener ojo y mano certeros para herir al animal en un lugar vital, porque es muy difícil de matar, y raras veces un tiro—por mortal que parezca—acaba con él, á no ser en el corazón ó en la cabeza.

\* \*

Unos americanos que iban en una expedición comercial, habían establecido una noche su campamento al pié de los Picos Negros. A poco, por las numerosas huellas que descubrieron entre las hierbas, reconocieron que habían plantado sus tiendas precisamente en medio de uno de los lugares más favoritos de reunión de uno de esos animales. Desde luego desapareció todo el encanto que para los viajeros podía tener su campamento. Sin embargo, pasaron la noche sin novedad; pero á la mañana había amanecido, se convencieron, de que habían tenido sobrada razón para temer.

Entre los que componían la caravana, encontraba un tal William Cannon, que había sido soldado y había estado de guarnición en uno de los fuertes de la Frontera. Era un cazador sin experiencia y un pobre tirador, lo que le hacía ser con frecuencia el blanco de las burlas de sus compañeros. En vano se había ejercitado en tirar; de nada le había servido.

Durante el curso de la tarde, salió solo, y á su gran satisfacción tuvo la buena suerte de matar un bisonte. Como quiera que se encontraba á una distancia considerable del campamento, cortó la lengua y algunos de los mejores trozos del animal; formó con todo un paquete y se lo echó al hombro, sujetándolo por medio de una correa, y se dirigió contentísimo hácia el campamento.

Repentinamente, al pasar por una estrecha cañada, oyó que caminaban detrás de él. Volvióse y vio lleno de terror, que lo seguía un oso gris atraído, probablemente, por el olor de la carne que llevaba Cannon había oído hablar tanto de la invulnerabilidad de los osos, que ni siquiera pretendió tirarle; pero habiéndose sacado la correa, dejó caer su paquete y echó á correr. El oso, sin pararse siquiera á oler la carne del paquete, púsose á perseguir al hombre. Casi iba ya á alcanzarlo, cuando Cannon pudo llegar á un árbol y trepó á él como una ardilla, después de arrojar al suelo su carabina, que le estorbaba para la ascension. A poco, el oso estaba al pié del árbol; pero como los osos grises no saben trepar á los árboles, contentóse con establecer un riguroso sitio.

Llegó la noche. Cannon no podía saber, en la oscuridad que le rodeaba, si su enemigo se había marchado, ó estaba allí todavía; pero su miedo se lo representaba como centinela infatigable.

Pasó, pues, la noche encaramado en el árbol, presa de las ideas más terribles. Al amanecer, vio que el oso se había marchado. Bajó del árbol, recogió su carabina y volvióse á toda prisa al campamento, sin ocurrírsele ir á buscar su paquete que había dejado tirado en el camino.

\* \*

Otro cazador, persiguiendo á un corzo, cayó en uno de esos pozos profundos que se forman en las praderas después de las grandes lluvias y conocidos con el nombre de *sumideros*.

Con gran terror suyo se encontró en contacto, en el fondo de aquel agujero, con un oso de enorme tamaño.

El monstruo lo agarró: entablóse una lucha desigual, y el desgraciado cazador, mordido y arañado gravemente, con un brazo y una pierna fracturados, logró, sin embargo, matar á su formidable enemigo.

Durante varios días permaneció en el fondo de aquel agujero, alimentándose con la carne, cruda por supuesto, del oso. Por último, recobró fuerzas suficientes para poder trepar hasta la orilla del pozo, y pudo arrastrarse hasta una cañada formada por un arroyo casi seco, bebiendo con delirio el agua fresca, que lo reanimó, y durante varios días, arrastrándose de charco en charco, solo se alimen-

tó con pescaditos y anguilas que en ellos encontraba.

Un día vió á un lobo matar á un corzo en una pradera vecina. Al instante, arastrándose como pudo, fuera de la cañada, logró espantar al lobo y se acostó junto al corzo muerto. Permaneció allí bastante tiempo para hacer varias succulentas comidas que le volvieron parte de sus perdidas fuerzas.

Volviendo despues á la cañada, siguió el curso del arroyo hasta un punto en que se cambiaba en río; y dejándose llevar por la corriente, llegó hasta su desembocadura en el Missouri, encontró un árbol varado en la orilla, que con dificultad suma pudo empujar al agua hasta que flotó, se trepó sobre él y llegó hasta en frente del fuerte de Connell-Bluffs.

Afortunadamente llegó allí de día; de otra suerte, habría pasado, río abajo, delante de aquel solitario fuerte. Mandaron de éste un bote en su auxilio, recogiéndolo más muerto que vivo.

Atendido eficazmente, al cabo de algun tiempo pudo verse del todo restablecido.

GENERAL MARQUERITE.

## EL HADA DE LOS CANGREJOS.

(CUENTO ESTHONIO.)

En las cercanías de Revel había una vez un leñador, que habitaba una miserable cabaña situada en la linde de un bosque, cerca de un camino abandonado. Loppi (así se llamaba nuestro héroe), era pobre como Job y como él paciente. Para que nada faltara á esta semejanza, el cielo, en su misericordia, le había otorgado una esposa de peor carácter que la del patriarca. Se llamaba Masicas, lo que significa fresa de los bosques. No era malvada por naturaleza, y no se incomodaba más que cuando la contradecían ó no se hacía lo que ella quería, pero fuera de estos casos, era inaguantable. Si estaba callada desde la mañana hasta la noche, mientras su marido estaba en el bosque, en cambio gritaba desde la noche hasta la mañana cuando su marido estaba en la cabaña. Verdad es que no reinaba en ella la abundancia.

Un día de gran miseria, gruñía la amable Masicas más que de costumbre, y el pobre hombre se echó al hombro un saco vacío, su sola riqueza, y huyó de la cabaña suspirando. Con aquel saco iba todas las mañanas en busca de trabajo, ó por mejor decir, á mendigar alguna limosna, considerándose feliz cuando podía llevar á su choza un pedazo de pan negro, una col ó algunas patatas, dadas por caridad.

Pasaba por la orilla de un estanque, iluminado por los albores del nuevo día, cuando distinguió en la hierba, húmeda por el rocío, una forma negraza é inmóvil que parecía un animal. Se aproximó sigilosamente y vió que era un enorme cangrejo, dormido sin duda por la fatiga. Cogerle por enmedio del cuerpo y echarle en el saco fue asunto de un instante.

¡Qué suerte! pensó Loppi. ¡Y qué contenta se pondrá mi mujer! ¡Mucho tiempo hace que no hemos celebrado un festín semejante!

Iba saltando de alegría, cuando repentinamente se paró palideciendo. Del fondo del saco salió una voz sepulcral, una voz humana. ¡Era el cangrejo que hablaba!

—Hermano mio, decía, detente y devuélveme la libertad. Soy la reina de los cangrejos y tengo más de cien años. ¿Qué harás con mi viejo cascarón? No abuses de la casualidad que me ha puesto en tus manos, y piensa que soy como tú una criatura del buen Dios. Ten piedad de mí, si quieres que algun día la tengan contigo.

—Amiga cangreja, respondió el leñador; predicas maravillosamente, pero no debo escucharte. Por mi parte te dejaría escapar de buena voluntad, pero mi mujer espera mi regreso para comer, y si volviera con las manos vacías, contándole lo ocurrido, armaría un escándalo que se oiría en Revel. Sería capaz de recibirme á escobazos.

—¿Qué necesidad tienes de decirselo á tu mujer?—preguntó la cangreja.

Loppi se rascó la oreja, despues la frente y lanzando un gran suspiro dijo:

—Amiga mia, si conocieras á Masicas no hablarías así. De grado ó por fuerza tiene una manera irresistible de sacar la verdad. Es todo una mujer.

—Querido amigo, replicó la cangreja, ya veo que perteneces al regimiento de los maridos bonachones. Te felicito; pero como este cumplimento á secas no te serviría para nada, te ofrezco comprar mi libertad á un precio que no disgustará á Masicas. No me juzgues por las apariencias. Soy hada, tengo algun poder, y si me escuchas no lo pasarás mal, pero si te haces el sordo pronto te arrepentirás.

—Soy incapaz de hacer daño á nadie. Arréglate para que Masicas no quede descontenta, y estoy dispuesto á volverte la libertad.

—¿Qué peces prefiere tu mujer?

—No lo sé. Nosotros, pobres gentes, no podemos ser muy melindrosos. Lo que necesito es no volver á mi choza con las manos vacías.

—Ponme en el suelo, dijo la cangreja, y mete tu saco abierto en este rincón del estanque. Bien... y ahora: ¡Peces, al saco!

—¿Quién ha visto jamás prodigio semejante? En el instante quedó el saco lleno de peces, tan lleno que estuvo á punto de escaparse de las manos de su dueño.

—Ya ves que no has obligado á una ingrata, dijo la cangreja al asombrado leñador. Puedes venir aquí todas las mañanas y llenar el saco, repitiendo estas palabras: ¡Peces, al saco! Pero no me limites á esto; has sido bueno conmigo y yo lo seré hácia tí. Si algun día tienes otro deseo, vuelve aquí y llámame con estas palabras: ¡Socórreme, amiga cangreja! Escucha, para concluir, un amistoso consejo: ¿Quieres ser feliz en tu matrimonio? Sé discreto, y no digas á tu mujer lo que ha ocurrido hoy.

—Procuraré hacerlo, señora hada, respondió el leñador.

Y cogiendo á la cangreja por la cintura, la puso suavemente en el agua, en la que se sumergió y desapareció. En cuanto á él, emprendió alegremente su regreso á la cabaña.

Apenas entró el leñador, abrió el saco, del que salió un barbo de una vara, una gruesa carpa dorada, dos hermosas tencas é infinidad de peces de otras clases. A la vista de toda aquella riqueza, lanzó Masicas un grito de alegría y se abrazó al cuello de Loppi.

—¡Maridito mio! ¡mi querido marido! ¿Ves cómo tu mujercita tenía razon al hacerte salir al amanecer para buscar fortuna? ¡Qué hermosa pesca! Vé al jardín en donde hay aún algunos ajos y cebollas, y despues al bosque, para traer setas. Voy á hacerte una sopa que no haya comido jamás un emperador. Despues la carpa, y tendremos un festín de burgomaestre.

La comida fué alegre; Masicas no tenía más voluntad que la de su marido, y Loppi creía haber vuelto á la luna de miel. Pero al día siguiente fué recibido el pescado con más frialdad, al cuarto día empezó Masicas á hacer gestos y el domingo estalló la tempestad.

—¿Has jurado encerrarme en un convento? ¿Soy una monja para que me condenes á viernes perpétuo? No hay nada más desabrido que este pescado, y sólo al verlo se me revuelve el estómago.

—¿Qué es lo que ahora te falta? exclamó el honrado Loppi, que no había olvidado aún su miseria anterior.

—Nada más que lo que come toda honrada familia de campesinos. Un buen caldo y un pedazo de cerdo asado. No me falta más para ser feliz. ¡Ya ves que me contento con poco!

—Es verdad,—pensó el pobre leñador,—que los peces de estanque son un poco insípidos, y que no hay cosa tal como una buena tajada de lomo para reponer un estómago debilitado. ¿Pero será capaz el hada de concederme un favor tan grande?

Y al amanecer del siguiente día corrió al estanque y llamó á su bienhechora:

—¡Socórreme, amiga cangreja!

Al pronunciar estas palabras, salieron primero del agua unas patas y despues la cabeza de la cangreja.

—¿Qué me quieres, hermano? preguntó una voz conocida.

—Para mí nada, dijo el leñador. ¿Qué puedo yo desear? Pero mi mujer está delicada del pecho y comienza á cansarse del pescado; quisiera otra cosa; por ejemplo, un buen caldo y un asado de cerdo.

—¿No hace falta más que eso para hacer feliz á tu cara mitad?—preguntó la cangreja.—Sé venturoso, hermano mio. A la hora de comer dá tres golpes en la mesa con tu dedo meñique, repitiendo á cada golpe: ¡Sopa y asado, apareced! y serás servido. Pero ten cuidado; quizás no sean siempre tan modestos los deseos de tu mujer. No te hagas su esclavo ó te arrepentirás cuando sea ya tarde.

—Procuraré seguir tus consejos, dijo Loppi suspirando.

En la hora marcada, apareció la comida sobre la mesa y Masicas quedó en el colmo de la alegría. La mansedumbre de un cordero, la ternura de una paloma, son nada en comparacion de la bondadosa gracia con que servía á su esposo.

Aquellos días venturosos duraron una semana; pero pronto empezó á nublarse el tiempo, y por fin estalló la tempestad sobre el inocente.

—¿Cuándo concluirá este suplicio? ¿Se quiere que me muera de asco por comer ese caldo repugnante y ese cerdo lleno de grasa? No soy mujer para soportar mucho tiempo semejante desprecio.

—¿Qué es lo que ahora quieres, amor mio? preguntó tiernamente Loppi.

—Una comida decente. Un pato relleno, dulces, bizcochos, etc.—

¿Qué responder? Loppi hubiera hecho de buena gana algunas observaciones, pero no se sentía con ánimos para arriesgar la paz del matrimonio. Una mirada de su esposa le hubiera hundido en los abismos.

El pobre hombre no pegó los ojos en toda la noche.

Al amanecer emprendió el camino del estanque y se paseó largo tiempo, sin atreverse á dar el paso que intentaba. Al fin se decidió á gritar:

—¡Amiga cangreja, socórreme!

—¿Qué quieres, hermano?—dijo inmediatamente una voz que le hizo estremecer.

—Para mí nada, respondió. ¿Qué puedo yo desear? Pero el estómago de mi mujer comienza á cansarse del caldo y del asado de cerdo y quisiera alguna cosa más ligera, como por ejemplo, un pato relleno y unos pasteles.

—¿No es más que eso? respondió la buena hada; procuraremos satisfacerla tambien. Vuelve á tu casa, y no tienes necesidad de venir; cada vez que tu mujer quiera variar de alimentos que pida lo que quiera, y la mesa la obedecerá como una fiel servidora.—

Dicho y hecho. Al regresar á su cabaña halló el leñador una buena comida preparada; platos y fuentes de estaño, cucharas de hierro batido y tenedores de acero de tres dientes; el hada había hecho las cosas en grande. Un pato relleno, un hermoso *pudding* al ron, ciruelas, nada faltaba en la mesa, ni siquiera el frasco de *cummin* para alegrar la fiesta. Esta vez podía creerse Loppi exento para siempre de disgustos.

Pero algunas veces es una desgracia para un marido el inspirar á su esposa una idea demasiado alta de su señor. Masicas tenía bastante inteligencia para comprender que había algo de magia en aquella maravillosa abundancia, y como es natural, quiso saber cuál era el buen génio que les protegía. Loppi intentó callarse, pero fué imposible. ¡Que el primer marido capaz de resistirse le tire la primera piedra! Si lo hace será más temerario que Alejandro y más bravo que César.

Masicas había jurado no revelar á nadie esta preciosa confidencia, y cumplió su juramento (no tenía una vecina en dos leguas á la redonda) pero si guardó el secreto, tuvo buen cuidado de no olvidarlo.

Pronto se presenta la ocasion á quien la busca. Una

noche que Masicas habia encantado á su marido por su buen humor y sus caricias, le dijo:

—Loppi, mi buen Loppi, has hallado la fortuna, pero no sabes servirla de ella. No piensas ya en tu mujercita, que come como una princesa, pero va vestida como una mendiga. ¿Soy tan vieja y tan fea para que me dejes envuelta en harapos? Lo que te digo no es por coquetaría; porque no hay un solo hombre al que desee agrandar. Me hacen falta vestidos de señora —añadió con la más seductora sonrisa— y ya sé que el hada no te rehúsa nada. ¿Puedes negarte á la petición de la que no vive más que para tí?—

—Cuando una mujer no pide más que un vestido para aparecer más hermosa á los ojos de su marido, ¿quién es el bárbaro que niegue este placer á su mitad aún cuando necesitara cada día un vestido nuevo? Loppi no era un monstruo; con sus pobres ropas parecía Masicas que habia robado la espléndida comida de cada día.

A pesar de estas buenas razones, no estaba Loppi muy tranquilo cuando emprendió el camino del estanque. Comenzaba á temer que aquello era demasiado, y así es que no sin cierto espanto llamó á su bienhechora.

—*Amiga cangreja, socórreme!*

—¿Qué quieres, hermano mio?—dijo el hada, apareciendo en la superficie del agua.

—Para mí nada. ¿Qué puedo yo desear? Pero sois tan buena y tan generosa que mi mujer tiene nuevos deseos. La buena comida le gusta; pero no es suficiente satisfacción para ella. Sus harapos le hacen recordar nuestra antigua miseria, y necesita ahora vestidos de dama.—

La buena cangreja comenzó á reírse.

—Vuelve á tu casa, hermano mio, los votos de tu mujer quedarán colmados.

Loppi dió infinitas gracias y quiso á toda costa besar la pata de su amiga. Regresaba á su casa, cantando alegremente, cuando tropezó con una hermosa dama vestida de seda y pieles finas; se inclinó humildemente para saludar á aquella noble extranjera, cuando la princesa lanzó una sonora carcajada y le abrazó cariñosamente. Era Masicas mucho más bella y distinguida.

Esta vez era feliz; pero la desgracia de las gentes felices, es que los deseos engendran los deseos. ¿Para qué servía el hacer de gran señora, cuando se vive aislada en una miserable cabaña, sin una vecina á quien hacer reventar de rabia, sin un espejo para mirarse de pies á cabeza?

Hacia ya ocho días que Masicas paseaba sus galas, cuando dijo á su marido:

—He reflexionado sobre nuestro nuevo estado, y resulta que es ridículo. No puedo continuar viviendo de esta suerte. Una mesa suntuosa y un traje elegante no corresponden á un asilo abierto á todos los vientos. El hada tiene muy buen sentido y te ama mucho para no conocer que nos debe un castillo en el que pueda yo hacer de señora feudal todo el día. Después de esto no tendré ya nada que desear.

—¡Ay! ¡Estamos perdidos!—exclamó Loppi.— Afuerza de estirar la cuerda se romperá, y caeremos en una miseria más cruel que la anterior. ¿Por qué no contentarse con lo que tenemos? ¡¡ cuántas gentes serian felices con gozar de nuestro bienestar!

—Loppi—dijo Masicas impaciente—nunca se hará nada de tí; eres un pollo mojado... ¿Te ha ido mal por seguir mis consejos? No temas nada; yo respondo de todo.—

Tanto, que el buen hombre se puso en camino, aún cuando le temblaban las piernas. El único medio que halló para infundirse valor, fué jurarse interiormente que si la cangreja le decía que no, se arrojaría al agua de cabeza.

Nada más valiente que los cobardes acorralados, y con voz formidable se puso el leñador á gritar:

—*Amiga cangreja, socórreme!*

—¿Qué quieres, hermano mio? dijo el hada.

—Para mí nada. ¿Qué puedo yo desear? Mi mujer, á pesar de todos los beneficios de que nos habeis colmado, me persigue noche y día para que os haga, bien contra mi gusto, una nueva petición.

—¡Hola! ¡hola! Me parece que has confiado nuestro secreto á tu esposa. Ya puedes despedirte de la paz de tu casa. ¿Y qué quiere aún esa hermosa dama, que cree tenerme en su poder?

—Un castillo, buena hada; un castillo pequeño para que la casa responda á los hermosos trajes que la habeis dado. Haced de Masicas una baronesa, y será tan dichosa que ya no tendremos más que pedir.

—Hermano—respondió gravemente la cangreja—cúmplase la voluntad de tu mujer.—

Y desapareció bruscamente.

Mucho trabajo le costó á Loppi hallar el camino. El país habia cambiado de aspecto; por todas partes se veían campos cultivados y prados llenos de ganados. Ante su vista se alzaba un soberbio castillo rodeado de un florido jardín. ¿Qué castillo era aquel? Lo contemplaba con admiración, cuando descendió por la escalinata una dama regíamente vestida. ¡Cosa extraña! Aquella castellana le sonreía y le alargaba la mano. Era Masicas, que le dijo:

—Al fin no tengo ya nada que desear! Abrazame, mi querido Loppi. Te doy gracias y se las doy á la buena hada.—

El buen hombre estaba encantado. En ménos de una hora habia pasado de la pobreza á la riqueza, del desprecio á la consideración, para vivir en un suntuoso castillo, al lado de una mujer bonita y de buen humor. El pobre Loppi lloraba de alegría.

Pero por desgracia no hay sueño sin despertar. Masicas gozaba de todos los placeres de la riqueza y los honores. Todos los barones y baronesas de las cercanías se disputaban la honra de visitarla y recibirla; el gobernador de la provincia estaba á sus pies; no se hablaba más que de sus trajes, de su castillo, de sus caballerizas y de sus establos. ¿Qué faltaba á Masicas para ser la más feliz de las mujeres? La ambición le mordía el corazón; se sentía hábil para mandar y no se lo ocultaba á su marido. La gran dama quería convertirse en reina.

—¿No ves con qué respeto me obedecen todos?—decía á Loppi.—¿Por qué? Porque tengo razón. Tú mismo, que eres mas terco que un mulo, te ves obligado á reconocer que jamás me he equivocado. He nacido para ser reina.—

Loppi trató de discurrir, pero le respondieron secamente que no era más que un nécio. ¿A quién debía su castillo? A la que le habia obligado á su pesar á recurrir á la cangreja. Lo mismo ocurriría ahora; seria rey á su pesar, y debería la corona á su esposa.

Loppi no tenia malditas las ganas de reinar. Almorzaba bien y comía mejor, y sus deseos no iban más allá. Pero amaba sobre todo el sosiego, y no podia ignorar que con su cara mitad no la tendria sino á condicion de someterse á la voluntad y al capricho de la gran señora. Se rascó el frente, suspiró, hay quien dice que lanzó algunos juramentos, pero se puso en camino.

Al llegar al estanque llamó con quejumbrosa voz á su amiga la cangreja. Vió salir del agua las negras pinzas y oyó el—*¿qué quieres, hermano mio?* Pero permaneció algun tiempo sin responder; tan exorbitante le parecia lo que iba á pedir. Al fin contestó:

—Para mí nada. ¿Qué puedo yo desear? Pero mi mujer comienza á cansarse de ser baronesa.

—¿Qué quiere ahora? dijo el hada.

—¿Quiere ser reina? murmuró Loppi.

—¡No tienes mala suerte por haberme salvado la vida! Esta vez haré aún la voluntad de tu mujer. ¡Saludo al esposo de una reina y te deseo muchas felicidades! ¡Adios!

Cuando Loppi regresó, se habia convertido el castillo en un palacio y su mujer en una reina.

Lacayos, pajes y chambelanes corrían afanosos por las galerías para ejecutar las órdenes de la soberana.

—¡Alabado sea Dios!—pensó el leñador—por fin he hallado la tranquilidad. Masicas no puede desear ya nada en este mundo, y tiene tanta gente á su alrededor, que podrá yo dormir en paz sin que le dé la manía de despertarme.—

Nada más frágil que la dicha de los reyes, como no sea la de las reinas. Apenas habian trascurrido dos meses, atacó á Masicas otro nuevo deseo, y mandó un recado á Loppi para que se presentara ante ella inmediatamente.

—Me aburro ya de ser reina, le dijo. El servilismo de estos cortesanos, me repugna, y quiero mandar á hombres libres. Visita por última vez el hada, y consigue lo que deseo.

—¡Bondad divina! exclamó Loppi, ¿si no te basta una corona, ¿qué es lo que deseas? ¿Quieres quizás ser el buen Dios en persona?

—¿Por qué no? respondió tranquilamente Masicas. ¿Estaría el mundo peor gobernado?

Al oír aquella blasfemia, miró Loppi con estupor á su esposa. Evidentemente habia perdido el juicio la pobre mujer.

—Haz lo que quieras—dijo—no molestaré al hada con semejante locura.

—Eso es lo que vamos á ver—gritó furiosa la reina. ¿Olvidais quién soy yo? Si no me obedeces en el instante, hago que te corten el pescuezo.

—¡Voy corriendo! exclamó aterrado el leñador. Morir por morir—pensó—tanto vale que sea por mano del hada como por la de mi mujer. ¡Quizás la cangreja tenga piedad de mí!—

Marchaba como un hombre ebrio, y se halló en la orilla del estanque, sin saber cómo habia llegado hasta allí. Inmediatamente comenzó á gritar como un loco:

—*Amiga cangreja! socórreme!*

Ninguna voz respondió á la suya. El estanque permaneció silencioso, sin que se oyera ni el vuelo de una mosca. Llamó segunda vez, sin obtener respuesta, y á la tercera, le contestó una voz severa:

—¿Qué quieres?

—Para mí nada. ¿Qué puedo yo desear? Pero la reina, mi esposa, me ordena el venir aquí por última vez.

—¿Qué quiere ahora?

Loppi cayó de hinojos, y exclamó:

—Perdóname, no es culpa mia, pero quiere ser el buen Dios.—

La cangreja sacó medio cuerpo fuera del agua, y tendiendo hácia Loppi una pinza amenazadora, gritó:

—Tu mujer es loca de atar, y tú debias ser ahorcado, ¡jimbécil! La cobardía de los maridos es la que alienta la locura de las mujeres. ¡A la perrera, miserables, á la perrera!

El hada se hundió en el estanque, con tal cólera, que el agua silbó como si hubieran sumergido en ella un hierro candente.

Loppi cayó en tierra, como herido por un rayo. Cuando volvió en sí, y se puso en marcha, reconoció el camino que habia recorrido tantas veces. La linde del bosque, limitado por raquíticos abetos, charcos de agua por todas partes y más lejos una miserable choza; habia vuelto á la pobreza. ¿Qué dirá Masicas? ¿Cómo la consolaré? No tuvo mucho tiempo para estas tristes reflexiones, porque una bruja cubierta de harapos le saltó al cuello, como si quisiera extranjarle.

—¡Por fin vienes, canalla! ¡Nos has perdido por tu necesidad y tu cobardía! Tú eres el que has irritado contra mí á tu maldita Cangreja. Ya me lo temia, porque jamás has hecho nada por mí, y siempre has sido un egoísta. Morirás á mis manos.—

Y le hubiera arrancado los ojos, si Loppi no hubiera conseguido sujetar los brazos de su mujer.

—¡Ten cuidado, Masicas! ¡Cálmate, ó te pondrás mala!—

¡Trabajo inútil! Loppi sentia que se le acababan las fuerzas, cuando repentinamente se le hinchó el cuello á aquella fúria, su cara enrojeció, é inclinándose violentamente hácia atrás, levantó los brazos y cayó al suelo como una masa. Estaba muerta.

Loppi lloró á su mujer, como debe hacer todo buen marido, y la enterró al pie de un grande abeto próximo. Sobre la tumba colocó una lápida, que rodeó con un muro de piedras para que no penetraran los animales del bosque. Cumplido aquel triste deber, volvió á su cabaña é intentó vivir.

Pero se apoderó de él la desesperación, porque no habia nacido para vivir solo.

—¿Qué haré ahora? decía llorando, Héme aquí aislado, abandonado y encargado de mí mismo. ¿Quién pensará ahora por mí, hablará por mí y obrará por mí, como lo hacia mi querida esposa? ¿Quién me despertará diez veces durante la noche para decirme lo que debo hacer al día siguiente? No soy más que un cuerpo sin alma; un cadáver, porque la

vida se me ha ido con mi pobre Masicas. No me resta ya más que morir.—

Y decia la verdad. Al volver el invierno, un campesino que entraba en el bosque vió un hombre tendido sobre la nieve. Era Loppi, muerto de frío, de miseria y de pesar, sin que un amigo ó un vecino le hubiera cerrado los ojos. Su helada mano tenia un punzon, con el cual habia grabado sobre la tumba este último homenaje rendido á la que habia sido el encanto de su vida:

Á LA MEJOR DE LAS ESPOSAS, EL MÁS INCONSOLABLE DE LOS MARIDOS.

E. DE LABOULAYE.

## MEMORIAS DE UN LOCO.

### PRÓLOGO.

#### I

Segismundo es un tierno amigo de mi infancia. Tenemos la misma edad.

Nacimos en casas contiguas, y casi nos hemos criado juntos.

Apenas pasábamos más horas separados que las del sueño.

Muchos días comíamos en la misma mesa; él en mi casa ó bien yo en la suya.

Nos hemos sentado en los bancos del mismo colegio, siendo allí iniciados juntos en los primeros rudimentos del saber.

Segismundo y yo éramos más que hermanos, porque casi no podíamos vivir el uno sin el otro.

Lo que el uno queria, el otro tambien lo deseaba.

Mis contrarios lo eran tambien suyos; y aquellos que él distinguia, merecian tambien mi aprecio.

Nos partíamos nuestras golosinas y nuestros juguetes. Nuestras ideas eran comunes, lo mismo que nuestros goces.

Nos comunicábamos nuestros pesares y nuestros más íntimos sentimientos.

En nuestra dulce y expansiva amistad, nunca hubo una sombra, ni una desconfianza, ni un recelo, ni un desengaño.

Nos amábamos de todo corazón, y uno descansaba en el afecto del otro.

Así corrieron nuestros primeros y felices años.

Segismundo era un niño delicado. Sus grandes ojos negros tenían un tinte de melancolía indefinible. Su tersa y espaciosa frente, alguna vez se contraía en señal de reflexión. Era de carácter modesto, de abnegados sentimientos y de palabra insinuante y persuasiva. Aunque era naturalmente reservado, tenia el corazón abierto para mí.

Llegó, sin embargo, para nosotros, la edad de las pasiones tumultuosas y ardientes.

Llegó esa edad de los dorados sueños, de las ilusiones fantásticas, de los delirios del alma.

La primavera de la vida es como la primavera de la naturaleza. Las flores se abren voluptuosamente á un rayo de sol abrasador, el rocío esmalta de perlas su matizada corola, los pájaros en armoniosos trinos entonan sus amorosas endechas: todo se anima. La vida por do quiera rebosa, el alma siente indefinibles armonías, la fantasía crea vagas y ondulantes formas, que se desvanecen al pretender alcanzarlas, y el corazón padece una sed insaciable de emociones desconocidas.

¡Ah! es el amor, esa terrible dolencia del alma que mata como las enfermedades agudas, y que mientras nos hace soñar con el paraíso, nos desespera con los tormentos del infierno.

Hacia tiempo que yo notaba un cambio en Segismundo. Me parecia que algo me ocultaba, y que por primera vez se mostraba conmigo reservado.

Un día en que nos hallábamos solos, le dije:

—Tú padeeces, Segismundo. Es menester que me confies tus penas, para que yo pueda consolarte.

—Tú tambien me ocultas algun secreto, me replicó. Hace tiempo que no eres el mismo.

—Es verdad, no somos los mismos; por primera vez nos guardamos reserva, no pude menos que añadir.

—¿No somos amigos como antes? exclamó como interrogando su propia conciencia.

—Sí, somos amigos, lo seremos siempre; pero no somos los mismos. Yo conozco que hay en tí algo que antes no habia; y por mi parte, confieso que un sentimiento nuevo y misterioso ha germinado en mi alma.

Por toda respuesta, Segismundo suspiró.

Nos habíamos comprendido, pues nuestros sentimientos seguían siendo idénticos.

—Cuéntame tus pesares, le dije, confía, como siempre, en mi amistad, ten fé en mi cariño y dispon en todo caso de mi ayuda.

—Ya que quieres poseer mis secretos, ¿por qué no cuentas los tuyos?

—Pues voy á darte ejemplo de amistad y de confianza. Tú, que tambien sientes, comprenderás fácilmente mi corazón. Hace algun tiempo, paso las noches en inquieto insomnio y los días en delirantes afanes. Hay un sér que atrae mi alma como el imán, y en pos del cual se vá; sin poderlo detener, mi pensamiento. Es la imagen de un ángel. El cielojlo ha enviado para consolar á los mortales y endulzar sus amarguras, haciéndoles concebir un mundo superior á nuestro mundo. Cándida es su frente, inocente su mirar, esbelto y flexible su talle. Una sola vez ha posado en mí sus tranquilos ojos, y he experimentado un estremecimiento nervioso que casi me ha hecho perder el sentido. Yo no cambiaria el timbre de su voz por una celestial melodía, ni una de sus íntimas confidencias por todos los tesoros que puede crear la imaginación. Quisiera poseer el mundo para ponerlo á sus pies, quisiera tener mil vidas para ofrecérselas. Creo que esto en el mundo se llama amor; y si es así, yo amo con delirio, yo bendigo el amor que tortura cruelmente mi corazón.

Los ojos de Segismundo se habian ido animando y tomando una expresión extraña, su cuerpo se agitaba, y hasta sus labios parecían querer abrirse. Es que yo hablaba lo que él

tambien sentia, es que una misma boca era órgano de dos almas.

—Tienes razon, esto es, esto debe ser el amor, pues yo tambien amo, yo tambien sueño, yo tambien deliro!

—¡Segismundo!

—¡Pedro! exclamamos casi á la par, y nos abrazamos tiernamente.

Ambos padecíamos el mismo mal, y nos confortábamos al confiarnos nuestros amorosos desvelos.

Despues de un momento de silencio, y cuando habia calmado nuestra agitacion, se me ocurrió preguntar á mi amigo:

—¿Cuál es el nombre de la que amas, Segismundo?

Este vaciló; pero comprendiendo que la consecuencia nos exigia no guardarnos reserva, contestó levantando los ojos:

—Su nombre ha venido del cielo. El me conforta cuando desfallezco. El sonrío al moribundo y le consuela en la hora de la agonía ¡Esperanza, Esperanza! ¡Bendita seas!

Al pronunciar este nombre, yo sentí un golpe mortal, como si un rayo me hubiese herido; se me nublaron los ojos y perdí el sentido.

¡Ah! nos habíamos comprendido, seguíamos siendo los mismos, participábamos aun de los mismos sentimientos.

Al volver en mí, estaba Segismundo de pié á mi lado. Hubo entonces una escena muda y elocuente. Nos miramos con insistencia, brotaron de nuestros ojos ardientes lágrimas, y nos echamos de nuevo uno en brazos del otro.

Largo rato corrió nuestro llanto, el más amargo de mi vida. Nuestros suspiros, originados por una misma desgracia, se mezclaron.

—¡Dios mio, qué fatalidad!

—¡El infierno se ha interpuesto entre nosotros!

—¿Tienes celos de mí, Segismundo?

—No lo sé, ni quiero tampoco darme cuenta de lo que me pasa.

—Dime al menos si alguna vez has hablado con ella, si te ha mirado, si te ha dado alguna esperanza.

—¡O! no pronuncies este nombre, que me hace daño, —me dijo con alcerado acento.

De repente se levantó como inspirado por una determinacion súbita, y exclamó:

—¡Adios! —y salió con precipitacion.

—¡Segismundo, amigo mio! —gritaba yo tratando de alcanzarle; —mas todo fué inútil.

Quedéme solo y desconsolado.

El amigo querido de mi infancia y yo éramos rivales. Una mujer se habia interpuesto entre nosotros de una manera implacable.

Éramos rivales en el primer amor, en esa primera esencia que solo una vez brota de nuestra alma. ¿Qué será de nuestra dulce amistad, que ha crecido y se ha desarrollado con nuestra vida?

¡Tan jóvenes y ya no cabíamos los dos en el mundo! ¿Qué será de nosotros? Antes quiero morir, que faltar á la amistad de mi querido Segismundo; pero antes tambien morir, que renunciar á ese amor que me consume.

## II

Habian pasado ocho dias.

Durante este término estalló una insurreccion.

El general Prim y los suyos perdian las herraduras de sus caballos entre las fragosidades de los Montes de Toledo.

Yo me habia ido á las montañas de Cataluña, y me hallaba en las filas de los insurrectos.

Llegó el dia.... de Enero de 1866, y nuestra division marchaba por las alturas de Rojals, casi cercada por las tropas del Gobierno.

No habia sonado aun el primer tiro. La campaña hasta aquellos momentos se habia reducido á marchas y contramarchas de largas jornadas, la gente estaba murmurando y ardia en deseos de batirse.

Creíase generalmente que el jefe de la expedicion nos llevaba engañados, y que tardaríamos poco en ser copados por las tres columnas que nos rodeaban y parecian escoltarnos.

Nuestra vanguardia, en dos largas filas, subia como serpenteando la falda de una montaña, mientras que la retaguardia venia bajando de las alturas que quedaban detrás.

De repente se oyeron sonar tiros á nuestra espalda.

Yo volví el rostro, y observé en lo alto de la montaña á algunos de los nuestros que á grandes voces pedian auxilio.

Era que un grupo de nuestra gente, aburrída de las marchas, se habia rezagado; y esperando las tropas, las saludó á tiros así que estuvieron á su alcance.

Los soldados contestaron cortésmente con una descarga cerrada.

La accion estaba comprometida, y ya no se podia retroceder.

Toda la division hizo alto instintivamente, y el jefe se escapó á una de caballo, lo cual contribuyó á confirmar nuestras sospechas.

Yo retrocedí y me lancé á socorrer á los nuestros, y muchos otros compañeros tomaron el mismo partido.

Al llegar á lo alto de la montaña, un grito de sorpresa se escapó de mis labios: encontré allí á Segismundo.

Nos abrazamos por última vez con efusion; y sin articular una palabra, nos separamos conmovidos para entrar en combate.

Nos habíamos comprendido, seguíamos siendo los mismos, nos animaban iguales sentimientos.

La lucha fué empeñada por nuestra parte con el desorden que produce la falta de direccion.

Cada uno se batia por su cuenta y segun su propio instinto.

A pesar del arrojado de los nuestros, pronto se inclinaron las ventajas de parte de la superioridad del número y de las armas, y sobre todo de la disciplina del enemigo.

No sé lo que duró la accion; pero recuerdo que al fin me cogieron del brazo y me obligaron á seguir. Era uno de los nuestros que me hacia retirar para impedir que yo cayera muerto ó prisionero.

Entonces eché una mirada á mi alrededor buscando á Segismundo, más fué en vano.

Yo me resistia á seguir, pero mis compañeros me arrastraban, porque las tropas se nos venian encima.

Llamaba yo á voces á mi amigo, preguntaba por él á todos los que veia; pero nadie me contestaba, á no ser el silbido de las balas.

Nuestra gente estaba dispersa, las tropas avanzaban en nuestra persecucion la noche extendia su tenebroso manto, pero mi afan era encontrar á mi pobre amigo, mi preocupacion saber lo que habia sido de Segismundo.

Mientras tanto, los compañeros me empujaban hácia adelante; y sin detener nuestra forzada marcha, me vendaron con un pañuelo la mano que tenia ensangrentada por una herida; más yo desconsolado seguia preguntando por Segismundo.

A las once de la noche nos detuvimos en una casa escondida entre los montes. Descansamos un poco, tomamos un ligero refrigerio y seguimos errando por aquellos montes pero yo no habia podido saber una palabra de mi amigo predilecto.

Seguimos largo tiempo la penosa peregrinacion, y por fin me encontré en tierra extranjera.

—¡Adios patria, amistad, amor! ¡Cuándo os volverá á ver!

## III

Han pasado muchos años.

De Segismundo nunca habia vuelto á tener noticias.

Esperanza, el ídolo de mis ensueños, el encanto de mi vida, está casada con un rico propietario.

Ni una sola acusacion, ni una sola queja, sale contra ella de mis labios.

Ella ha ignorado siempre mi amor, é ignoró probablemente el que habia inspirado á Segismundo.

Pedir correspondencia á mi pasión me habria parecido un acto interesado; llegar á poseer mi ídolo del modo que suele poseerse una mujer, lo habria creído una profanacion; en poder de otro, me parece un sér divino que ha bajado á la tierra para sumergirse en el lodo.

Amo todavía á Esperanza, más para ello me esfuerzo en idealizarla, me la imagino pura é inocente como la primera aurora de la creacion al salir el mundo de la mano de Dios.

Segismundo y yo seguimos iguales, ambos hemos perdido el amor y la amistad. ¿Qué nos queda ya en esta vida?

Si al ménos pudiera encontrar á mi amigo, nos contaríamos nuestras aficciones, nos consolaríamos mutuamente, y quizás volverían á brillar para nosotros los felices dias de nuestra infancia.

Durante mucho tiempo busqué é inquirí en vano; parecia háberselo tragado la tierra.

Habia ya desesperado de todos los medios, cuando un dia, encontrándome abismado en la meditacion de mis recuerdos, llamaron á la puerta de mi habitacion. Era el cartero que traia un voluminoso pliego con sellos de América.

Mi corazon latió violentamente; un vago presentimiento llenó mi alma de alegría.

Abrí el paquete con precipitacion, y encontré un manuscrito y una carta.

Hé aquí el contenido de ésta:

«Hermano y amigo del alma:

»Desde que nos separamos, he hecho constantes votos por tu ventura.

»Espero que Dios me habrá oído.

»Te escribo desde el seno de la virgen América, en presencia de una naturaleza primitiva y exuberante, que parece acabada de crear.

»Yo ando errante por el mundo, sin casa ni hogar, sin amor y sin familia.

»Es inútil que me escribas, es en vano que me busques. Hoy estoy aquí, más no sé dónde estaré mañana.

»El recuerdo de Esperanza no se borra de mi mente.

»Trato de huir, de aturdirme, de devorar el espacio y el tiempo, sin poder hallar nunca un momento de paz para mi alma atribulada.

»Consérvame tu amistad, que es mi único refugio, mi único recuerdo grato.

»Mi corazon padece de una sed ardiente, y paso el tiempo como los condenados del infierno de Dante.

»Te envío en el adjunto manuscrito la historia de uno de mis dias, y te lo dedico. Como éste paso la mayor parte.

»Sea esta relacion un desahogo de mi alma, que se infiltre en la tuya, sea un vínculo eterno de nuestra fiel amistad.

»Si algun dia me curo de mi funesta pasion, te volveré á ver.

Tuyo siempre. —Segismundo.»

La lectura de esta carta me dejó triste.

Indudablemente he perdido á mi amigo para siempre.

Me creará, sin duda, correspondido de Esperanza, unido quizás á ella con eternos lazos, y con ella entregado á los sueños lánguidos de mis ideales amores.

Indudablemente Segismundo huye de mí, como si temiera perturbar ó destruir mi supuesta felicidad, ó como si esta fuese el mayor de los tormentos para su alma siempre fiel á su fraternal cariño.

¡Pobre amigo mio! ¡Cuán grande es su abnegacion, y cuán inútil su cruento sacrificio!

¡Cómo se esterilizan, cómo se pierden en el vacío en este mundo, los más generosos, los más nobles sentimientos!

Y entretanto, yo no puedo escribir á Segismundo para hacerle saber la verdad, y tener con él esas dulces expansiones, cuya secreta fruicion es tan sólo patrimonio de una verdadera amistad.

Nuestras almas gemelas, separadas violentamente por la fuerza repulsiva de un amor funesto, permanecen todavia extraviadas, sin poder recobrar su centro natural de atraccion.

Sin embargo, Segismundo, siempre generoso, me envía á través de los mares los ecos de su alma sensible.

Ese manuscrito contiene los effluvios de sus sentimientos, que rebosando en su corazon lacerado, llegan hasta mí flotando por encima de las olas oceánicas.

Voy á sumergirme en su lectura, voy á bañar mi alma en su ternura inagotable, voy á beber en su corazon, como el viajero fatigado en el desierto bebe las aguas frescas y cristalinas de la fuente pura que brota entre el umbroso follaje.

Tal vez en ella encontraré el consuelo de que se halla anhelante mi pecho.

PEDRO ARNÓ.

(Continuará.)

## EL CENTENARIO DE BOLIVAR.

Hace algunos instantes que he recibido una afectuosísima carta del distinguido caballero que se halla al frente del Ministerio de Estado de esta noble nacion, —en la que los americanos hemos visto y veremos siempre la madre tradicional de nuestra raza, —acompañándome una comunicacion en la que me hace saber que, por iniciativa suya, el ilustrado y liberal Don Alfonso me ha concedido la Encomienda de Carlos III, como muestra del aprecio que merece mi campaña en pró de España y de las Repúblicas americanas.

Si en las altas regiones, hoy, como en la ilustrada prensa española hace tiempo, se reconoce la sinceridad con que procedo en esta gran campaña de la fraternidad, trabajando porque se borren hasta los últimos recuerdos de la lucha de la Independencia, creo haber conquistado el derecho de que se crea patriótico y levantado cuanto pueda decir para conseguirlo, para alcanzar ese momento histórico, que será el punto de partida de una vida completamente nueva para España y para nuestras jóvenes repúblicas.

En este momento me hallo empeñado en un trabajo que, por desgracia, no ha dado todavia los resultados que habria sido de desear en obsequio de esa dulce fraternidad, de esa simpática armonía que, en la historia, no debió dejar de existir un solo dia, y que, por fortuna, ya no faltará en el porvenir.

Diré de lo que se trata:

El presidente de Venezuela, general Guzman Blanco, que á sus dotes extraordinarias de administrador y hombre de Estado, —dotes que he tenido la fortuna de dar á conocer en España en varias publicaciones, y en dos de las conferencias que aquí he dado —reune la de ser un protector entusiasta de las letras, siendo él mismo un distinguido hombre de letras, —ha decretado que se celebre el centenario del inmortal Simon Bolivar, en Julio, no sólo con las grandes fiestas populares que en tales casos celebran los pueblos libres que saben rendir culto á la memoria de los patrios que les dieran gloria y renombre, sino pidiendo á las musas y á la literatura que, con sus producciones, se asocien á la solemne apoteosis que se prepara en honor del libertador de cinco repúblicas.

Habiendo invitado á los literatos y poetas de toda la América, que orgullosos se preparan á tomar parte en el brillante torneo de la inspiracion y del talento, ¿cómo podia haber olvidado el general Guzman Blanco, á los poetas y literatos españoles, él que es tan español, que ama y que respeta tanto á España?

Desearo conquistar este nuevo lazo de union entre la madre patria y los que un dia fueron sus hijos, pasó una nota á la Sociedad de Escritores y Artistas, —á la que tengo la insigne honra de pertenecer —invitándolos á tomar parte en el homenaje que la musa y las letras preparan para celebrar el centenario del inmortal Bolivar.

Con el mismo objeto me he dirigido á varios de los hombres eminentes en las letras, que aquí tengo la fortuna de conocer, y á los que debo atenciones y simpatías, que son verdadero orgullo de mi vida.

Desgraciadamente no he sido feliz en mis gestiones.

Con toda la delicadeza de verdaderos caballeros y la expansion de amigos sinceros, casi todos ellos me han dicho, «que un sentimiento de españolismo patriótico no les permite contribuir á enaltecer la memoria del que precisamente se hizo grande ante la América combatiendo contra España.»

Lo sé: las inspiraciones del patriotismo no se discuten, se respetan; pero se discuten, sí, y se combaten tambien, las falsas apreciaciones para juzgar un hecho, sobre todo cuando ese hecho es histórico.

Pasada aquella época de los combates homéricos de la independencia; apagado el recuerdo que ellos pudieron dejar en el ánimo de unos y otros; juzgados los hechos con esa calma serena que busca la justicia y la imparcialidad, ¿habrá un solo español inteligente que crea en la actualidad, y méros que pueda sostener, que la guerra de la independencia fué contra España nacion, contra España pueblo?

¡Pero esto no se le puede ocurrir á nadie!

En América se peleó contra los representantes armados del Gobierno que á la sazón tenia España; pero no se peleó contra España, donde existian millares de personas que combatian la política de ese Gobierno en América; y por consiguiente, tratándose de un hombre de la talla colosal de Bolivar, de un hombre que al fin llevaba sangre española en sus venas; de un hombre que tenia más

genio y más talento que Napoleón; de un hombre verdaderamente extraordinario, ¿por qué no han de poder enaltecerlo también los poetas y literatos españoles?

¿El genio, debe por ventura tener una patria con fronteras limitadas?

No tengo la vana pretension de creer, que mi pobre palabra pueda tener la influencia de aquietar los escrúpulos de mis amigos los poetas y literatos españoles, á quienes he pedido su luminoso y brillante concurso para el Certámen del Centenario de Bolívar; pero deseo cuando ménos combatir la razon que invocan para no asociarse á él, sosteniendo con toda fé y sinceridad, que cualquier español puede enaltecer al hijo de Caracas, sin comprometer al hacerlo, ninguna de las más justas exigencias del patriotismo ni de la susceptibilidad española.

Es más: ¿no sería esta participacion un nuevo y sólido eslabon enlazado á la cadena que hoy liga á los españoles y americanos, un valioso gaje de fraternidad ofrecido por España á la joven América?

Así lo creía. Por eso solicité el concurso de esta brillante pléyade, cuya ausencia en el solemne tributo al héroe legendario, será lamentada con verdadero pesar.

¡Y rara coincidencia!

Al mismo tiempo que yo me ocupaba de solicitar este concurso en honra del ilustre venezolano, otro compatriota suyo, ilustre también por su gran talento y los importantísimos servicios que durante sesenta años ha prestado á la causa de América, y de la fraternidad entre españoles y americanos, el que fué secretario del mismo Bolívar, recibía del rey de España un elocuente testimonio de su aprecio.

En carta suya que acabo de recibir de Caracas, me dice el eminente Sr. Antonio Leocadio Guzman, padre del actual presidente, estas palabras:

«Al fin del día de ayer, me sorprendió el señor ministro presidente de S. M. el rey Don Alfonso, poniendo en mis manos una nota del señor ministro de Estado, fecha 20 de Noviembre último, comunicándome que su augusto soberano, queriendo darme una prueba de su real aprecio, se ha servido concederme por decreto del mismo día, la gran cruz de la Real orden de Isabel la Católica.»

«A muchas y graves consideraciones del orden político y del orden moral da lugar la concesion de la gran cruz de Isabel la Católica, al que fué secretario por los tiempos de Ayacucho del libertador Simon Bolívar. Por entonces esa misma cruz era concedida á mi venerado padre, buen español, fiel soldado, teniente rey de Caracas y Venezuela.»

«Median entre las dos concesiones los años de medio siglo. ¡Cuánto ha adelantado la luz de la civilización!»

Esto dice el ilustre prócer Sr. Guzman.

Conocí á tiempo la resolucion del rey, y más que eso, el placer con que accedió á la indicacion de mandarle la cruz, lo que me complazco en consignar, al paso, para que mayor sea el del noble anciano al saberlo.

Y, si el monarca ha condecorado con tanta hidalguía al secretario de Bolívar, ¿por qué no habian de celebrar el centenario de éste los poetas y escritores españoles?

He recorrido las principales repúblicas del continente de Colon, y puedo asegurar que pocas son tan españolas como Venezuela; que en pocas es tan grande y afectuoso como allí, el cariño que se profesa á España y á los españoles, y por eso, precisamente, me consideraría feliz si pudiese contribuir á que los hombres de talento superior que en esta tierra dan lustre á las letras, se asociasen complacidos á la apoteosis solemne que el patriotismo de Guzman Blanco prepara en honor de uno de esos hombres que aparecen de vez en cuando en el camino de la humanidad, llevando en la frente la luz del genio.

HÉCTOR F. VARELA.

## EL CARNAVAL.

El Carnaval es deseado por la mayoría de las gentes.— ¿Por qué?— Porque es una carcajada entre los dolores de la vida.

(Yo.)

### I

¡Febrero! Hé aquí, lectores, el mes de las locuras humanas.

Cuando abrimos el Almanaque y leemos: «Febrero», en seguida nos asalta á nuestra mente el recuerdo de estas palabras: «El Carnaval, época inquieta en que nuestras pasiones se desatan para vivir sin freno, y dar á cada paso mil muestras de las ridículas estravagancias que dan vida á los sueños que forja nuestra mente»

Estudiemos, pues, lo que en sí es esta época de locura y disipacion.

### II

¡El Carnavall!

Es preciso recurrir á muy lejos para saber de dónde parte tan popular fiesta, que los antiguos judíos llamaban *Goral*, los persas *Saceas*, los griegos *Krodias*, los árabes *Puriu*, los musulmanes *Beiran*, los romanos *Saturnales* y *Comiciales*, distintas si se quiere á las *Bacanales* y *Lupercales*, en su índole, aunque iguales en su esencia,

como lo eran asimismo las *Aucillas* y las *Vestales*.

También los fenianos y los británicos conocen el Carnaval bajo el nombre sajón de *Christ-Mas*.

Pero ninguno de estos pueblos puede decirse que celebraban estas fiestas como el antiguo romano.

Comenzaba el 6 de Marzo, empezando por renovar el fuego sagrado, haciéndose á la par la fiesta de los comicios, la de los arrendamientos, la de los jóvenes que tomaban el traje civil, y la de las mujeres que servían á la mesa á sus propias esclavas, así como los hombres lo hacían con sus esclavos en las *Saturnales*.

Por entonces, durante las fiestas, se entiende, Roma era una verdadera Babilonia.

Se acercaba la primavera, el mes de las flores y de las parleras golondrinas. Marzo, mes dedicado á Marte, era la época más ardiente en las pasiones de aquel pueblo que invadía los catorce bosques sagrados, penetraba en sus ocho círculos de recreo, abría sus sesenta anfiteatros, se luchaba en los seis palenques, corrían las aguas en las cinco naumáquias, y, en fin, el teatro de Marcelo, con sus 40.000 espectadores; el de Balbo, con sus 50.000, y el de Pompeyo, con sus 70.000, todos se convertían en un océano inmenso de cabezas humanas, donde sólo imperaba el desorden y el libertinaje más aterrador, para cualquier espíritu honrado.

Ovidio, el famoso poeta latino, en sus «Fastos» dice hablando de aquellos días:

*Nubere si tua voles... differ...*

Esto es, que se diferían los matrimonios, ó, como si quisiéramos significar, que la locura era una cosa y el bienestar otra muy distinta.

### III

Pero no todos tomaban parte en estas fiestas.

Mientras duraban las Saturnales, los hombres graves se encerraban en sus casas, y dejaban que los demás se entregasen á locuras que caen por lo común bajo la acción de una careta.

Un sábio y hombre de Estado, Horacio, á quien le manifestaron por qué no oponía medios para que cesasen aquellas fiestas tanto escandalosas por demás, y en las que á veces no se presenciaba más que cuadros llenos de inmoralidad y de corrupción, respondió: «que del agua mansa le daba miedo, y que era conveniente verla á veces agitada: que en todas las naciones, en Egipto, en la Pérsia, entre los Escitas y aun en la misma Grecia, se le permitían al pueblo ciertas épocas de expansión, y lo que hierve, cuece, y así cuezan los que hierven, ya se calmarán muy luego, y conocerán algo, y hallarán muy pronto en la calma y el sosiego lo que ahora buscan en la agitacion y en el bullicio.»

Y mientras las fiestas duraban, la historia enmudecía, las bibliotecas estaban desiertas, el Senado se cerraba, los tribunales estaban disueltos, y los ricos se ausentaban hasta las casas de campo.

Se hubiera dicho con entera propiedad, que la época de las Saturnales formaba en la vida de los pueblos una especie de descanso en que todo lo serio y grave dormía, y en que la población se entregaba á un sueño agradable que nadie se permitía interrumpir.

Los esclavos soñaban que eran amos, y tenían ya rotas las cadenas que les ataban desde la cuna.

Los pequeños, los plebeyos, soñaban que eran grandes.

Los opresores soñaban á su vez que eran oprimidos por los que hasta entonces habian sido sus víctimas.

«No turbeis ese descanso,—decía un poeta de aquellos tiempos;—no desvanecais esas ilusiones, que harto que volverán en sí los desdichados, y conocerán que las Saturnales son un sueño público para que olvide el pueblo las faltas del Gobierno que le manda.»

Otro poeta, también romano, nos pinta á un esclavo que se aprovecha de las licencias de las fiestas y le habla con suma franqueza, diciendo:

*Age, libertate quando ita majores voluerut.*

Y el esclavo le responde: «Tú eres el amo, es verdad; pero á tu vez eres esclavo de tus vicios: *Aliis verbis miser*. Aquel no es esclavo que no ejerce imperio sobre su propio corazón, que no se espanta á la vista de su pobreza, ni de la muerte, ni de los grillos; que resiste valerosamente á sus pasiones y desempeña honores; que concentrado en sí mismo, rueda por el camino de la vida sin sentir en ella ni aun los enojos del infortunio. ¡Atrévete á decir que eres libre!... *Liber, liber sum*...» El poeta hace como que se enfada con su esclavo; pero en realidad ha dicho ya por su boca todo lo que quería, y le ha sabido levantar sobre el hombre libre.

### IV

Las fiestas del Carnaval, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los siglos, cuando estuvieron en moda fué durante el mando de Heliogábalo, tipo soez, engendrado por Caracalla en una saturnal del año 204, y que, por sus vicios, fué el déspota más repugnante que registra la historia, y que á nadie se le parece, ni con nada puede compararse.

El día 8 de Marzo del año 222, último día de sus célebres Saturnales, creó el culto del sol, del cual fué sacerdote, desde niño, en Siria.

Su goce en las funciones populares, era locura bruta.

A los catorce años se vió coronado y vencedor de Máximo, cuya derrota y muerte le dejaron en posesion del imperio. La locura se apoderó de aquel cerebro embrutecido por las pasiones más sensuales. Introdujo en Roma el culto de sus dioses, y, despues de adoptar á Severo, le quiso asesinar. Convidaba á comer á sus íntimos, y se entretenía en arrojar sobre ellos un inmenso cúmulo de ramos de flores, hasta sepultarlos vivos, y decía que sucumbían bajo el peso de la gloria. *Onore voluptatis*. Otras veces mandaba quemar tanta mirra, que el humo ahogaba á todos, mientras el monstruo gritaba «que morían llenos de honor.»

Desde 217, en que mandó este déspota, las Saturnales tomaron proporciones bárbaras, y así se ha trasmitido hasta nuestro tiempo, que ya, más moralizados y graves, le llaman *Carnaval*, y despojados de las barbaridades de otros tiempos, le festejamos anualmente en Febrero, mientras los árabes en Ralia (Marzo) y los judíos en Tebbth (Abril).

### V

Tal es, pues, la tradicion histórica que tiene el Carnaval, en cuyo reinado nos encontramos en este momento.

Durante él, la juventud ligera quedará satisfecha de los goces que les brindan los salones, los teatros, los bailes y los casinos, á donde toda acude con la careta ó el disfraz que más cuadra á sus locas ilusiones.

No dejemos pasar desapercibida tan halagüeña fiesta.

En los demás días del año el mundo brinda con placeres á los que acuden con cara descubierta á gozar de la alegría y del festin.

Pero la gravedad es nuestra norma.

La circunspeccion es nuestro estilo.

La decencia es nuestro porte.

La hipocresía nuestro exterior.

Y la decencia nuestras palabras.

Esto ya cansa para los doce meses del año.

Es preciso conmutar la escena, siquiera sea momentáneamente.

Hay que trocar los papeles, aunque por pocos días.

Para esto viene Febrero, el segundo mes del año.

El Carnaval nos abre las puertas para que entremos por todas partes con la cara tapada; para que no nos dé vergüenza de nosotros mismos y demos rienda suelta á nuestros deseos, cometiendo todos los actos de locura que se nos antoje y dándonos licencia la máscara para que toda persona seria pueda correr, saltar, hacer acciones libertinas y lanzar imprecaciones como un carretero de Aragon ó como un loco de la casa de Orates.

Por eso, cuando entramos en un salon de máscaras, no encontramos un solo hombre que sostenga formalidad.

Ni con una mujer que no sea atrevida.

Ni con un viejo que no sea locuaz.

Ni con un joven que no sea libertino.

Porque con la máscara los más graves vacilan.

Los más prudentes titubean.

Los más modestos están orgullosos.

Los más castos se sienten como Cupido.

Los más hipócritas se precian de obscenos.

Los más decentes son los atrevidos.

Los más circunspectos rien á carcajadas.

Los más justos son los que faltan más pronto.

¡Grande transformacion que hace de la humanidad la careta!

¡Notable revolucion que obra entre nosotros el disfraz con que cubrimos el rostro!

Y esto se comprende fácilmente.

La vieja jamona que aún guarda recuerdos de su infancia; y el vetusto canoso que recuerda sus floridos quince años, disfrutan de las expansiones del inesperto mancebo ó de la incauta zagala, por la acción de la careta.

El marido que no encuentra en su esposa los halagos que busca; la mujer que presa de los celos, ó empujada por el vicio no es fiel esposa, y el amante que burla la indulgencia de su amada; todos encuentran, con la careta, ocasion para gozar, para vivir, para soñar.

Y todos arrancan goces de la sociedad que representa un torbellino en los días de Carnaval, invadiéndolo todo, burlándose de todo y sacando partido, hasta de los dolores más profundos del sufrimiento, para olvidar las penas de la vida.

Porque el Carnaval atesora inmensos placeres para todas las edades de la vida.

Y diversiones para los mil diferentes gustos.

Y distracciones para todas las clases.

Y sensaciones nuevas hasta para los más gastados.

Y curiosidades para los más desimpresionados.

El Carnaval es, en conjunto, la diversion que caracteriza á cada pueblo, y personifica á la vez las pasiones que viven agitándose en la humanidad.

No dejemos pasar estas Bacanales modernas sin tomar parte en ellas.

No dejemos de prestar atencion á estos rasgos de la sociedad, donde encontramos un estudio completo de todas las clases, y exclamemos cada año al entrar el mes de Febrero:

¡Oh, tempora!... ¡Oh, mores!

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

## IRMA.

(Concluirá.)

Se animaron las figuras de los bajo-relieves del Partenon, la Magdalena volvió á nosotros su hermoso rostro en que ardía la llama del pecado; la *Venus de Milo* extendió su hermoso cuerpo sin brazos, *Diana cazadora* bajó de la cierva de los cuernos dorados en que graciosamente cabalgaba, y uniéndose á ellos la *Justicia* y la *Victoria*, se dirigieron á mí y me obligaron á arrodillarme delante de la estatua y á prometerle amor eterno. El *Moisés*, el *Apolo*, el *Arnaldo*, presenciaban la escena desde su sitio; los amorcillos que había en las mesas volaban en todas direcciones batiendo el viento con sus alas de mariposa, y mientras los duendes, los trasgos, los sátiros, las esfinges bailaban frenética danza, los coros de santos y vírgenes entonaban con una voz que no se oía, más débil que el ruido que hace un pájaro al rozar con sus alas la superficie de un arroyo, un canto epitalámico que no olvidaré nunca.

Cuando volví en mí despuntaba la aurora. Nada estaba cambiado en el estudio; todo había sido un sueño.

## IV

Quince días pasé al lado de mi tía moribunda, calmando sus sufrimientos con mi cariño; trascurridos estos, el mal se agravó mucho, y la pobre anciana murió en mis brazos bendiciéndome. Toda su fortuna venía á aumentar la herencia de mis padres; pero sabes que yo no soy ambicioso y este nuevo favor de la suerte no logró conmoverme en lo más mínimo. No era dinero lo que yo necesitaba, sino amor, un amor ardiente como el mío, que respondiese á mis deseos. Por eso, terminados los funerales de mi tía, deje á mi abogado el arreglo de mis asuntos, y emprendí mi vuelta á Toledo.

Así que llegué me dirigí á casa de mi amigo. Abrió la puerta un criado y me precipité en el taller anhelante, nervioso; pero apenas recorrí sus rincones con ávida mirada, di un grito ronco, grito de viejo avaro que va á buscar un tesoro y sólo encuentra la caja vacía que irónicamente le han dejado los ladrones: la estatua no estaba allí.

El criado me había seguido; me volví á él y no sé qué le pregunté, pero sacó una carta del bolsillo y entregándome, añadió:

—Si el señor me hubiese dejado hablar...—

No quise escucharle. La carta era de mi amigo. Rompí el sobre y comencé á leer aquellas letras—escritas el día anterior,—tras las cuales veía yo una sentencia de muerte dictada contra mis dulces ilusiones. Decíame en ella que dos días antes se había presentado un caballero francés, cuyo nombre me daba, M. Jules de la Ronchery, el cual, tras grandes instancias, había comprado la estatua que tanto me gustaba. «El precio que me ha dado por ella,—decía mi amigo,—es inferior al que yo quería sacar de su venta; pero, á pesar de esto, acepté enseguida su trato. La demasiada predilección que Vd. manifestaba por ella empezaba á inspirarme algún cuidado. Tiene Vd. un carácter demasiado impresionable, y su manía era peligrosa.» Llamado á Londres para un asunto de interés él mismo llevaba la estatua á París, y esperaba que á su vuelta estaría yo en Toledo, y, curado de mi locura, le daría las gracias por lo que había hecho.

Yo no puedo decirte lo que pasó por mí al leer esta carta. Un velo se extendió por mi vista, y pálido, convulso, sintiendo que la tierra giraba á mi alrededor, que el taller se movía, que el río elevaba sus aguas del nivel ordinario, amenazando ahogarme, que la bóveda del cielo caía, caía espesando la atmósfera y gravitando con fuerte peso sobre mi cabeza, loco de espanto y de terror, salí de casa y eché á correr, sin norma ni dirección, por la primera calle que se abrió delante de mí.

Oí pasos á mi espalda, una voz argentina que vibraba con dulces ecos repitiendo unas cuantas palabras en francés, y por un movimiento que no pude contener, como si aquella voz tuviera timbres simpáticos que respondieran al estado de mi ánimo, volví la cabeza y me aparté para dejar paso á quien tan armoniosamente hablaba; pero apenas me fijé en la joven extranjera que en unión de un respetable anciano venía detrás de mí, mi corazón latió con violencia. Aquella niña, de diez y ocho años, alta y esbelta, rubia como una virgen de Murillo, con sus ojos que se movían á uno y otro lado como en un nimbo de luz, con expresión dulce á la vez y melancólica, con sus labios de rosa levemente contraidos como ensayando una sonrisa, sus largas pestañas haciendo vaga sombra en sus mejillas, su frente pura y tersa, blanca como el armiño, leve gasa transparente bajo la cual se veían pasar sus pensamientos en tropel como bandada de mariposas agitando sus alas multicolores; aquella niña bella y candorosa como un ángel, que excitaba la llama del espíritu sin inspirar torpe deseo á la materia, era mi estatua viva; mi estatua, que había tomado forma; mi estatua, á quien un Prometeo desconocido infundiera la chispa divina de la vida que necesitaba para moverse, diciéndola: ¡Levántate y anda! como dijo á Lázaro el artesano de Judea. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Cómo se había operado el hecho portentoso? ¿Quién lo sabe! Y por otra parte, ¿qué me importaba saber cómo había sucedido, si el misterio era verdad? Galatea había bajado del pedestal. Conservando la corrección de la estatua había admitido el alma de la mujer, y aquellos ojos, fijos en otro tiempo sobre mí, se movían ahora, causándome una impresión extraña; aquel pecho, antes de mármol como el mármol, duro, palpitaba al presente con suave regularidad; aquellos rizos de piedra habíanse descompuesto en mil y mil hebras, que el sol había dorado y que se agrupaban como un nido de pájaros detrás de su alta cabeza, junto á su cuello de cisne.

Habla al desgraciado reo que, en pie sobre el tablado, dirigiéndose ya al banquillo, ve moverse allá, á lo lejos, un hombre que le trae el indulto, y con el indulto la vida, y con la vida la esperanza; habla á la pobre madre que, tendida sobre la cuna de su hijo le juzga ya muerto, y de pronto, pasado el ataque, le ve otra vez abrir los ojos para envolverla en una mirada, precursora, quizá, de la salud: ellos podrán decirte lo que sentí en tal momento. Cuando todo

eran sombras á mi alrededor, las nubes en el cielo, la noche en el abismo, el dolor y la desesperación en todas partes, un rayo lejano rasgaba las tinieblas para traerme una esperanza. Yo no traté de explicarme el misterioso enlace que unía la creación del artista á la creación de la naturaleza: tenía miedo de explicármelo. Hice un esfuerzo, sujeté mi pensamiento, y me resistí á pensar. Y atraído como por un encanto, eché á andar tras los extranjeros, decidido á no perderlos de vista, y aprovechar la primera ocasión para presentarme á ellos, ofreciéndoles mis servicios.

Esta ocasión llegó bien pronto. El anciano y la joven penetraron en la catedral, y llenos de admiración ante la obra del arte, la recorrieron afanosamente. Un *cicerone* les acompañaba, pero no conocía el francés, y como ellos no sabían tampoco el español, de aquí que pudiera servirles de bien poco. Parados ante el sepulcro de D. Alvaro de Luna, pedían, en vano, á su acompañante noticias del condestable. Entonces me acerqué yo, y al oírme hablar en su idioma, me saludó el anciano afectuosamente, acogiendo con muestras de gratitud mi ofrecimiento de enseñarles la ciudad. Desde entonces no nos separamos. Fuí á todas partes con ellos, y me enteré de algunas circunstancias de su vida. Antiguo prefecto de los Vosges el anciano, retirado ya de la vida activa de los negocios, se dedicaba solamente á reponer la salud quebrantada de su hija, huérfana de madre, temperamento delicado que solo á fuerza de cariño conseguía salvar de las enfermedades. Irma,—que así se llamaba,—era una niña muy débil, verdadera flor de invernadero, que tenía necesidad de todos los cuidados de la estufa.

Convaleciente de una larga enfermedad, la recetaron los médicos un viaje que la distrajera, y su padre la trajo á España, cuyo sol radiante juzgaba á propósito para el carácter melancólico de su hija. La joven se sentía bien, ligero tinte rosado empezaba á animar sus pálidas mejillas, y su rostro aparecía más animado desde que pasó los Pirineos. Valencia la había encantado; Granada, Córdoba y Sevilla quedaron como tres hadas caprichosas agrupadas en un rincón de su cerebro. Todo esto me lo refirió ella durante aquellos días que tan cortos se me hicieron, en los cuales sentí tantas veces la satisfacción de provocar su infantil asombro, mostrándole la esplendor de la Vega, la grandiosidad de los monumentos de que Toledo está sembrada.

Y cuando recorríamos por la noche la ciudad, que, iluminada fantásticamente por la luna, semejaba un palacio mágico, Irma, en medio de ella, en sus calles estrechas y sombrías, en sus plazas irregulares, con su aire de candor y de inocencia, parecía la maga de este palacio.

Satisfecho con la dicha inmaterial de que gozaba, no quería pensar en que, al cabo de unos cuantos días, los viajeros,—aves de paso—volverían á su país dejándome otra vez solo, completamente solo y para siempre.

Y no quería pensar en ello, porque el plan que al ver á Irma por primera vez me había forjado, era en un todo irrealizable. El primer día que los acompañé, cuando pude admirar la extremada delicadeza, el esquisito sentimiento de la joven, me fuí á mi casa, después de dejarlos en la fonda, decidido á volver á la mañana siguiente y decir á su padre:—Amo á Irma; la amaba antes de conocerla. Soy lo suficientemente rico para que vea usted en mi declaración otros móviles que este amor que desde hace ya tanto tiempo me posee. Déme usted su mano, y en vez de un hijo tendrá dos, y dos seremos también para cuidar de esa preciosa vida.—Estaba decidido á someterme á las condiciones que me hubiera impuesto, á abandonar á España, á establecerme en París... Creo que, á habérmelo impuesto, hubiera renegado de mí. Estaba loco. Pero al otro día que pasó con ellos dejé para el siguiente hacer mi petición, y así fué trascurriendo el tiempo, y antes de que la presentase, una noche que Irma, sumamente cansada, no quiso acompañarnos á visitar el antiguo barrio de los Judíos, el anciano me habló de su hija, de los proyectos que abrigaba sobre ella.

Estaba prometida á un primo suyo, célebre abogado de París; se querían desde niños, y sólo el viaje prescrito por el médico había aplazado la unión, que se verificaría á su regreso á Francia. Este matrimonio colmaba los deseos del pobre padre, que esperaba que el cambio de vida operase en Irma saludable influencia. Al oírle tuve que apoyarme en la pared para no caerme. Por segunda vez había entrevisto la dicha, y por segunda vez el caprichoso fantasma se alejaba, como niebla arrastrada por el viento, llevándose en sus pliegues otro pedazo de mi alma...

Yo me hubiera echado á los pies del anciano para contarle las amarguras de mi vida; le hubiera pintado con colores tomados en la paleta de la verdad mi situación desesperada, mi ánimo abatido, mi corazón rompiéndose en pedazos, cansado ya de la lucha con lo imposible; pero no debía hacerlo, y no lo hice. ¿Qué importa á la golondrina errante los pesares del árbol en que un momento se detiene, para después alzar su vuelo y no volver á verle más? Si lo hecho no se podía deshacer, ¿qué turbar con una arruga la tersa superficie de aquel lago tranquilo y transparente?

Decidí, pues, callar, y haciendo abstracción de mi modo de ser, de mi inclinación á lo extraordinario, refugiarme en el estudio y pedir á la naturaleza y al arte consuelo á los dolores de mi alma.

Ocho días pasaron en Toledo Irma y su padre. Una tarde los acompañé hasta la estación del ferro-carril, presa de esa extraña emoción que se experimenta al separarse de seres queridos. Ellos también sentían dejarme tan solo, porque yo les había dicho que estaba solo en el mundo, y durante la semana que vivimos en tal intimidad, me habían cobrado algún afecto. Al subir al tren volví á mí el anciano, y después de abrazarme con cariño, me alargó su tarjeta.

—Vaya usted pronto á Francia,—me dijo,—y tanto Irma como su primo, que ya será su marido, y yo, tendremos un verdadero placer en estrechar de nuevo su mano y pagarle en París la deuda de gratitud que dejamos contraída en Toledo.

—Sea usted dichosa, señorita,—dije yo á Irma.

## V

Tristes se deslizaron los días que siguieron á esta partida. La marcha del escultor me había privado del único

amigo que contaba en Toledo; la marcha de Irma hacia más sensible mi soledad. Mientras ella estuvo aquí, á su lado no me apercibía del tiempo; de noche su recuerdo lo llenaba todo. Viendo en ella la estatua que había dado forma á todas mis fantasías, se modificó el efecto que me causó la pérdida de esta; pero cuando me hallé solo tuve miedo de mi aislamiento. Toledo me parecía un vasto sepulcro; denso velo me ocultaba sus bellezas.

En vano pedí al arte un bálsamo reparador de mis heridas; el arte no me decía nada. Inútilmente también acudí á la naturaleza; estaba muerta. Y es que la naturaleza y el arte reflejaban mi dolor y se vestían el fúnebre ropaje que las daba mi pensamiento.

Por un instante pensé llamarte; pero por un instante nada más. Gozaba en mi pena, porque el pesar tiene también placeres infinitos que solo conoce el que sufre mucho. Pensé también irme de Toledo, volver á mi antigua vida agitada; pero esto no me satisfacía ya. Además, en Toledo la había conocido, y había, por lo tanto, algo de ella en este pueblo semejante en esto al fanático, creía yo sagrado el lugar que la aparición había hollado con sus pies.

Así viví en Toledo un largo período, más de un mes, paseando en silencio el cadáver de mi alma, encerrada como en un misero atahud dentro del barro de mi cuerpo, indiferente á todo, al bien y al mal. Una mañana, apenas salió el sol, me desperté sobresaltado. Un sueño horrible me había agitado durante toda la noche.

Como de costumbre, soné con Irma, pero Irma enferma, con Irma que, semejante á una lámpara moribunda, iba extinguiéndose poco á poco; con Irma, que tosía mucho, y al separar el pañuelo de sus labios ocultaba en él pequeñas manchas de sangre, mirándome tristemente. Salté del lecho conmovido por aquel sueño que tenía todas las apariencias de la realidad. Irma, rendida por su mal, se me había aparecido un momento agitando sus alas de mariposa para deslumbrarme con la magia de sus colores y perderse después en el espacio. Irma iba á morir, y al dejar para siempre la tierra, me recordaba la estatua como diciéndome:—¡Me has amado en ella antes de conocerme; séguela amando por mí!—Y me levanté decidido á correr en busca de la una ó de la otra; busqué febrilmente la carta de mi amigo el escultor, en la cual recordaba vagamente haber visto el nombre del comprador de la escultura, y no pude contener un suspiro de satisfacción al encontrarla en mi cartera. Pero enseguida no sé qué pasó por mí. El asombro, el espanto, el terror, el miedo á lo desconocido, á lo extraordinario, me sobrecogieron á la vez: en la carta de mi amigo estaba el nombre del *amateur*, pero este nombre era M. Jules de la Ronchery, y así se llamaba también otro viajero que en aquellos días estaba en Toledo: el padre de Irma.

No cabía duda. Los dos nombres estaban allí delante de mi vista, como los dos términos de un problema indecifrabable, destacándose el uno sobre la blancura de la tarjeta, brillando el otro escrito por mi amigo entre los garabatos de su carta. Los dos nombres eran iguales, mejor dicho no eran más que uno. Y las letras de que se componía, semejantes á hierros candentes, atravesaban mis ojos clavándose en mi cerebro y produciéndome vértigos horribles, delirios insensatos en que Irma y la escultura se confundían, helada la joven por el frío de la estatua, y animada ésta por la vida de la joven. Y estrechando convulso contra mi pecho la carta en una mano y la tarjeta en la otra, me dejé caer sobre mi mesa apretándome las sienes con violencia y resistiéndome á pensar, porque mis pensamientos me inundaban un pavor insuperable.

Aquella misma tarde salí para Francia. Iba dispuesto á buscar á Mr. de la Ronchery; á rogarle que me diese á su hija ó me vendiese su estatua. Podía pedir en este caso todo cuanto quisiera. Toda mi fortuna era poco, y estaba dispuesto á dársela. Desistía de querer explicarme el misterio de Irma y la escultura, el misterio de aquel padre y aquel comprador que se confundían en uno solo. Y desistía, porque mis dudas son de esas que vuelven loco á un hombre, y yo quería mi razón, yo quería vivir para amar, para apagar mi sed de lo infinito en aquella corriente de agua pura que saltaba delante de mí.

Mr. de la Ronchery no estaba en París. Irma había empeorado á su regreso de España, en términos que hacían temer por su existencia, y vivía en el campo en un precioso *chalet*, donde pasaba los veranos cuidando á su hija.

Sin perder tiempo me trasladé al *chalet*, siguiendo las indicaciones que me dieron, y aquella misma tarde llegué á él. La verja del jardín estaba abierta. Un hombre con el rostro alterado, me llevó á la casa y me dirigí á un criado, á quien di mi tarjeta y que me dijo, guiándome al despacho:

—Tenga usted la bondad de esperar un momento mientras paso su tarjeta. No sé si el señor podrá recibirle, porque la señorita está muy mala.—

Cuando me ví solo en el despacho lo registré con la vista. Allí, á un lado, esperando sin duda mejor colocación, aperibí al punto la estatua, la obra maestra del escultor ignorado, mi amor de tantas horas de vigilia, mi sueño de tantas noches, y al volverla á ver me dirigí hacia ella, extendiendo los brazos para darla el abrazo del recuerdo, el abrazo del amante que no ha visto, durante mucho tiempo, á su querida, pero en el mismo momento y sin causa alguna á que pudiera atribuirse, sonó un ligero ruido y la escultura se deshizo en mil pedazos. Y cuando yo retrocedía con asombro y desesperación, oí de atrás de mí la voz ahogada en llanto del criado, que me decía:

—El señor os suplicale dispenseis porque no puede recibirlos: la señorita acaba de espirar.—

Y caí desmayado sobre los restos de la estatua.

## VI

Cuando Pepe Alonso acabó de contar su extraña historia, el alba empezaba á blanquear en el horizonte. Dobló la cabeza sobre el pecho, y rompió á llorar en silencio.

Quince días después, murió en mis brazos.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

## ANUNCIOS.



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA.  
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑIA).

## SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.

Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5; de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden también billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.ª clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.ª preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE  
JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES

DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,

Y

UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª

MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA

SASTRES,

3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

## MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50 pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

## DOLORAS

Y

## CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5'50 en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

## EL BANDOLERISMO

## ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO  
Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORÍGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES

DE

## TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía.—Caños, 1.—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

## BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripción á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

## Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edición está próxima á agotarse.

OBRAS EN PRENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.

LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles,

CAMPOAMOR

## COLON.

POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmeradamente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda España.

Diríjanse los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

BANCO DE ESPAÑA.

Los portadores de los resguardos números 3.426 al 4.025, expedidos por la Dirección general de la Deuda pública, en representación de cupones de Deuda perpétua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.º del actual, presentados en aquella Dirección, pueden concurrir á la Caja de este Banco á percibir su importe desde el día de mañana.

Madrid 26 de Enero de 1883.—El Secretario, Juan Morales y Serrano.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

PRÉSTAMOS AL 5 1/2 POR 100 EN METÁLICO.

Este Banco realiza todos sus préstamos hipotecarios á largo plazo en metálico, y al dicho tipo de interés hasta nuevo aviso.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con, primera hipoteca, sobre fincas rústicas y urbanas, dando HASTA EL 50 POR 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningún gasto, ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

CÉDULAS HIPOTECARIAS

En representación de los préstamos antes realizados, el BANCO emite CÉDULAS hipotecarias.

Estos títulos, de un capital nominal de 500 PESETAS, devengan un INTERÉS DE 5 POR 100 anual, y tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas y la subsidiaria del capital del Banco.

Los que deseen adquirir dichas Cédulas podrán dirigirse en Madrid DIRECTAMENTE á las OFICINAS DEL ESTABLECIMIENTO, ó por medio de Agente de Bolsa, y en provincias á los Comisionados del mismo.

OBRAS NUEVAS.

VIDA DE LORD BYRON, POR Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.º menor, de más de 200 páginas,

impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico tratado del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20

GOTTSCHALCK, POR LUIS RI-

cardo Fors, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicación de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente genio y vastísimo talento. Reales.. 30

TEATRO NUEVO, POR JOSÉ

Roman Leal.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *Olocura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introducción interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su

pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al *Drama social* con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolución el problema de la Finalidad, que dice es inmanente. Siguen á esta sección los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra sección cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relación con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicionde lujo, reales.... 20

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazón que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecía que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un *guía de París y sus cercanías*, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposición. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un *precioso plano de París y los del Louvre*, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupción durante veintitres años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª

Caños, 1.